



50 años de libertad

**Luces y sombras
de la democracia
española**

ESCRIBEN EN ESTE NÚMERO... **Neus Tomàs, Martín Caparrós, Ignacio Escolar, María Ramírez, Iñigo Sáenz de Ugarte, Gabriela Sánchez, Violeta Assiego, Esther Samper, Daniel Sánchez Caballero, Enrique Domínguez Uceta, Ariadna Martínez, José Manuel Romero, Jordi Gracia, Isaac Rosa y Álvaro Corazón Rural**

CITAS DE INVIERNO EN EL REAL

CARMEN

DE GEORGES BIZET

10 DIC – 4 ENE

NUEVA PRODUCCIÓN DEL TEATRO REAL



Patrocina

Fundación
BBVA

Dirección musical Eun Sun Kim / Iñaki Encina

Dirección de escena Damiano Michieletto

Coro y Orquesta Titulares del Teatro Real

Pequeños Cantores de la ORCAM

ARIADNA Y BARBAZUL

DE PAUL DUKAS

26 ENE – 20 FEB

NUEVA PRODUCCIÓN DEL TEATRO REAL



Dirección musical Pinchas Steinberg

Dirección de escena Àlex Ollé (La Fura dels Baus)

Coro y Orquesta Titulares del Teatro Real

ENEMIGO DEL PUEBLO

DE FRANCISCO COLL

12 – 18 FEB

ESTRENO EN EL TEATRO REAL

Dirección musical Francisco Coll

Dirección de escena Àlex Rigola

Coro y Orquesta Titulares del Teatro Real

I MASNADIERI

DE GIUSEPPE VERDI

10 Y 14 FEB

Ópera en versión de concierto



GIULIO CESARE IN EGITTO

DE G. F. HÄNDEL

19 Y 21 FEB

Ópera en versión de concierto



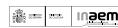
ENTRADAS EN **TEATROREAL.ES** · 900 24 48 48 · TAQUILLAS

Venta para grupos en grupos@teatroreal.es

Descarga la app



Administraciones Públicas



Mecenas principal
tecnológico



Mecenas principal
energético



Mecenas principales



Mecenas



FUNDACIÓN
MUTUA MADRILEÑA



repsol
Fundación



IMPULSE



#50. DICIEMBRE 2025

50 años de libertad

Muerto el dictador, tras los vertiginosos años de la Transición, en los 80 comenzó uno de los períodos más prósperos de la historia de España. Entramos en Europa, conquistamos derechos antes solo soñados; estrenamos carreteras, aeropuertos, rutas de AVE. Florecieron la cultura, el deporte, la sanidad y la educación públicas. Y sí, también la corrupción. De los políticos y del jefe del Estado, el rey Juan Carlos de Borbón. En esta revista repasamos las luces y las sombras de 50 años de libertad.

DIRECTOR

Ignacio Escolar

DIRECTORES ADJUNTOS

Neus Tomàs
Ander Oliden
José Manuel Romero

EDITOR DE LA REVISTA
Gumersindo Lafuente

DISEÑO

David Velasco
Olga Blanco

EDICIÓN

Isabel Navarro

ILUSTRACIÓN DE PORTADA
Javier Mariscal

EDITA
Diario de Prensa
Digital, S.L.

Gran Vía, 46. 28013 Madrid
Tel. 91 548 96 67

DL: M-4188-2013
ISSN: 2255-3932

FOTOMEÓNICA
Esther García

IMPRIME
SolgestXXI, S.L.

DISTRIBUYE
SGEL, S.A.

www.eldiario.es



FOTO: PETR SVAJ/GETTY IMAGES

Un largo y accidentado camino

Iñigo Sáenz de Ugarte PÁGINA 8

Europa, punto de partida

Maria Ramírez PÁGINA 16

La democracia, Europa y el crecimiento económico trajeron la diversidad

Gabriela Sánchez PÁGINA 22

Derechos que no se heredan

Violeta Assiego PÁGINA 30

Salud, un sistema excelente cada vez más en peligro

Esther Sampere PÁGINA 36

De la escuela para todos al mercado educativo

Daniel Sánchez Caballero
PÁGINA 40

Tal como éramos, tal como somos

Enrique Domínguez Uceta
PÁGINA 44

Los "ángeles del hogar" que sacudieron los cimientos de un país asfixiado por el nacionalcatolicismo

Ariadna Martínez PÁGINA 50

Corrupción, un mal sin cura

José Manuel Romero PÁGINA 56

Por fin sin caspa ni guadrapa ni sacrística

Jordi Gracia PÁGINA 64

Orgullo y tentaciones del éxito deportivo

Álvaro Corazón Rural PÁGINA 70

'Cachitos de democracia': apuntes para medio siglo de crónica sentimental

Isaac Rosa PÁGINA 76

TRIBUNAS

Ignacio Escolar

Un país sin autoestima
PÁGINA 4

Martín Caparrós

Medio siglo de España
PÁGINA 6

Neus Tomàs

¿Qué es para ti la democracia?
PÁGINA 82

HUMOR

Manel Fontdevila

PÁGINA 28

Bernardo Vergara

PÁGINA 74

Un país sin autoestima

Recordar de dónde venimos es la única manera de saber quiénes somos. Nuestro presente es muy mejorable. Pero, si miras medio siglo atrás, simplemente no hay color. ¿Por qué nos cuesta tanto reconocerlo?

Presentación

Ignacio Escolar

Director de elDiario.es. @iescolar



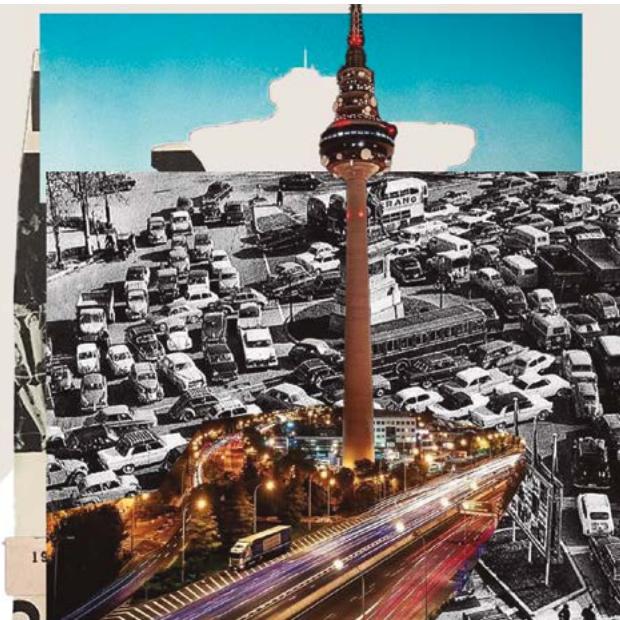
Hay una manera eficaz para evaluar los cambios en la vida. Recordar el pasado, pero no de año en año, sino de lustro en lustro. Dónde estabas hace cinco años, hace diez, hace quince, hace veinte... Cómo era entonces tu familia, tu trabajo, tu casa, tu vida. Quién eras entonces. Quién eres hoy.

Cuando recuerdas en lustros, y no en meses o en años, el paso del tiempo se comprende mejor. Es inevitable caer en la nostalgia, en la idealización del pasado. Pero los cambios profundos se distinguen bien.

Con los países, la escala cambia, pero el procedimiento es válido también. En vez de cinco años, cincuenta. Una medida que demuestra a las claras el éxito o el fracaso de una nación.

En el caso de España, los datos objetivos son los que son. Hay que irse a ejemplos como Taiwán o Corea del Sur para encontrar una historia de éxito tan enorme como el último medio siglo español. España era un país pobre, inculto y atrasado. Subdesarrollado para los estándares europeos. Secuestrado por una dictadura y por la moral católica. Era un convento y un cuartel.

Hoy España es uno de los países más prósperos y libres del mundo. La esperanza de vida supera los 83 años –una de las más altas del planeta–, y el nivel de desarrollo humano la sitúa entre el 10 % de naciones con mejores condiciones de vida. Es una democracia



PATRICIA BOLINCHES

plural y europeísta. Tiene sanidad universal, educación pública y libertades civiles que hace medio siglo parecían inalcanzables. La renta per cápita más que duplica la media mundial y es casi 20 veces más alta que medio siglo atrás. Es un país donde las mujeres votan, deciden, gobiernan. Uno de los lugares del mundo donde amar a quien quieras o decir lo que piensas no te cuesta la cárcel.

Medio siglo ha dado para mucho. Me resulta sencillo ponerme en esa escala porque es la medida de mi vida. Nací el 20 de diciembre de 1975. Justo un mes después de la muerte de Franco. Cuando esta revista llegue a nuestros socios y socias, yo también cumpliré 50 años.

Veo las fotos de mi infancia, en un pequeño pueblo de Burgos, y me parece estar viendo otro país. Las calles de tierra, los hombres con boina, las mujeres con el ne-

gro del eterno luto. Recuerdo a mi tío Álvaro y sus historias de cuando era emigrante en Suiza. La casa de mis abuelos, con las vacas en el establo y sus madrugones todos los días del año para ordeñar y sacar el estiércol. El baño de la casa donde vivía con mis padres, que estaba en un antiguo balcón; en invierno, había que dejar el grifo levemente abierto para que las tuberías no explotaran por congelación y, algunas mañanas, allí amanecía un pequeño carámbano de hielo. Recuerdo el Cítroën 2CV que compró mi madre a plazos, y su cara de felicidad cuando lo estrenó.

No ha habido, en la historia de España, una transformación mayor que la vivida en este medio siglo. No hay, en ningún momento del pasado, una etapa de mayor prosperidad. Nunca hubo un periodo mejor que celebrar. Tampoco el imperio español, salvo para quienes confunden el poder de los Austrias con el bienestar del pueblo español.

No diré que todo sea perfecto. Sin duda no lo es. Hay muchísimo por mejorar y algunos asuntos –como el acceso a la vivienda– donde hemos ido para atrás. Las libertades, tan duramente conseguidas, están hoy en cuestión. La democracia también corre el riesgo de una involución autoritaria. La prosperidad económica no ha alcanzado a todos los barrios por igual. El ascensor social sigue roto, aunque casi todos los jóvenes hoy llegan a la universidad. La memoria sigue siendo la gran asignatura pendiente. En parte explica por qué ofende tanto la celebración del último medio siglo en algunos sectores de la derecha: les molesta que se recuerde lo nefasta que fue la dictadura, el péjimo periodo anterior.

Nuestro presente es muy mejorable. Pero, si miras medio siglo atrás, simplemente no hay color. A ojos de un extranjero –lean, en esta misma revista, el fantástico artículo de Martín Caparrós– la transformación de España es siempre vista con admiración. Algo que cambia cuando la mirada es la propia. ¿Por qué nos cuesta tanto a los españoles reconocer los méritos de nuestro propio país? ¿Por qué tenemos la autoestima tan baja?

Como todos los traumas, para entenderlo hay que mirar al pasado; a la muy deficiente construcción nacional española. El historiador José Álvarez Junco lo explicó como nadie en una obra imprescindible: 'Mater Dolorosa. La idea de España en el siglo XIX'. En ese ensayo, explica cómo se torció en nuestro país ese concepto progresista: la nación. Una idea revolucionaria, nacida del 1789 francés, y que transformaba al pueblo en soberano, a los súbditos en ciudadanos. De esa nación progresista –que aquí se despreció como "afrancesada"– surgió en España una mutación reaccionaria: el nacionalcatolicismo. Su conclusión más nefasta viene del propio hito fundacional, el 2 de mayo de 1808. Como fue el pueblo más bruto, y no los ilustrados, quien se rebeló en Madrid contra el francés, llegaron a la nefasta

conclusión de que el español cuento más analfabeto más patriota. La ignorancia, y una ensalada de falsos mitos sobre Numancia, la reconquista y el Cid, sustituyeron a un verdadero proyecto nacional con una idea de futuro para el país.

Miremos la historia, de cincuenta en cincuenta años, para entender cómo hemos llegado hasta aquí. En los últimos dos siglos, España perdió las colonias, vivió cuatro guerras civiles, sufrió varias dictaduras y se convirtió en la caricatura del hidalgo, del Quijote, alguien con sueños de una gloria pasada que más bien son delirios. Y así llegó España a 1975, con la nación de los ciudadanos –que no súbditos– por construir. Una patria donde quienes la celebran piensan en desfiles militares, en vez de en hospitales públicos. Para algunos de estos supuestos patriotas, es coherente llevar una pulserita rojigualda y esconder su dinero en Panamá.

En la derecha, se instaló una idea de España enfrentada a medio país –a la que se vuelve a tachar de "antiespaña"–. Y en la izquierda, esa España excluyente provocó una reacción. Un complejo. Una desilusión. El modelo autonómico ha sido parte del éxito. Y a la vez, ha provocado una respuesta furibunda de quienes confunden federalismo con debilidad de la nación. Esos que tanto dicen querer España, y de apretarla tan fuerte, un día se la van a cargar.

Por eso nos sigue costando tanto querernos como país. Porque durante demasiado tiempo el patriotismo fue monopolio de los reaccionarios y el rechazo a la bandera, la respuesta natural de quienes defendían la libertad. En España, el amor a la patria se confundió con el amor a la dictadura, y a la democracia le ha costado construir un relato propio. El resultado es esta paradoja: un país que ha vivido su mejor época y, sin embargo, no se la cree.

Superar esa contradicción no exige olvidar el pasado –como plantea la derecha– sino comprenderlo. Mirarlo de frente, sin miedo ni indulgencia. Recordar de dónde venimos es la única manera de saber quiénes somos. La historia de España no es solo la de sus reyes ni de sus guerras, sino también la de quienes lucharon por la libertad, la ciencia, la cultura, la justicia y la igualdad; la de las Misiones Pedagógicas, la de Ramón y Cajal, la de Rosalía de Castro, Clara Campoamor, María Moliner, Miguel Hernández y Concepción Arenal, la de Lorca, Buñuel, Machado, Pardo Bazán o Pérez Galdós. En ellos, entre otros nombres, está la verdadera herencia nacional que deberíamos reivindicar.

Medio siglo después de la muerte de Franco, este país tiene motivos de sobra para recuperar su autoestima. No la altanería hueca del nacionalismo, sino el orgullo tranquilo de quienes saben de dónde vienen y adónde quieren ir. Ese, y no otro, debería ser el verdadero patriotismo español.



Medio siglo de España

El periodista y escritor argentino, autor de 'El hambre', 'Namérica' o sus recientes memorias 'Antes que nada', recuerda el impacto de su primera vez en Madrid a inicios de los 70, y la radical diferencia con el momento y el país actual, pese al empeño de algunos en decir y reiterar "que este país se hunde"



PATRICIA BOLINCHES

Llegué a Madrid por primera vez a principios de 1970. Tenía 12 años y mi recuerdo es borroso y preciso al mismo tiempo: una ciudad lluviosa y triste, enredada en el humo de sus buses, con personas que se veían en blanco y negro, con personas que miraban hacia abajo, con personas que me contaban unas vidas que yo –que venía de una dictadura sudamericana– no podía creer: me sonaban a novelones del siglo XIX repletos de matrimonios fracasados pero ineludibles, de mujeres encerradas en sus casas –resignación y si dios quiere–, de muchachos que

habían leído tan poquito, de primos que iban a un cumpleaños de 13 con corbata, de olor a frito y a tabaco de anoche y a sardinas. Era la ciudad que unos años después me encontré en uno de los mejores fragmentos de la literatura en castellano del siglo pasado: ese que empieza diciendo que “Hay ciudades tan descabaladas, tan faltas de sustancia histórica, tan traídas y llevadas por gobernantes arbitrarios, tan caprichosamente edificadas en desiertos, tan parcamente pobladas por una continuidad aprehensible de familias, tan lejanas de un mar o de un río, tan ostentosas en el reparto

de su menguada pobreza...”.

En esos días viajé un poco por Castilla: carreteras de dos vías llenas de pozos y peligros, sus bares basurales, los campos trabajados con arados de bueyes, las boinas oscuras y los vestidos negros, esas manos: vi tantas manos hechas de raíces. En esos días uno de cada cuatro españoles vivía bajo la línea de pobreza, cada familia tenía al menos un parado y la emigración –a Francia y Alemania, Madrid y Cataluña– era la forma más habitual de buscarse una vida razonable. (En esos días el PIB per cápita argentino, con perdón, era 1.372 dólares y el español, 1.211. El año pasado el argentino fue 12.820 y el español, 33.500: uno se multiplicó por nueve; el otro, por 27.)

En esos días uno de cada ocho adultos españoles no sabía leer ni escribir y nueve de cada diez no habían ido más allá de la escuela primaria; solo el 3% había llegado a la universidad. En esos días no existía el divorcio ni la potestad de las madres sobre sus hijos y una mujer debía tener la autorización de su marido para trabajar o abrir una cuenta bancaria o salir de su ciudad; tampoco podía votar, pero nadie podía. En esos días se aprobó una ley –“de Peligrosidad Social”– que incluía penas de cinco años de cárcel para los homosexuales y la creación de dos cárceles: una en Badajoz, para los “pasivos”, y otra en Huelva para los “activos”; en ambas intentaban “curarlos” a fuerza de lobotomías y de electroshocks.

En esos días, por supuesto, cualquier actividad política podía llevarte a la cárcel o, incluso, al pelotón de fusilamiento o el garrote vil. En esos días había infinidad de libros prohibidos y los diarios y revistas eran obsesivamente censurados. En esos días cualquier

palabra pública contra el poder suponía un riesgo incalculable.

Y hoy recupero todos estos recuerdos porque en medio de mi viejazo general hay uno muy particular: las discusiones con jóvenes –últimamente la noción de joven abarca a casi todos– españoles que me dicen que su país se hunde. Es cierto: para quien lea los diarios o mire la televisión o escuche la radio, España se disuelve, pronto será una dictadura, ya es una dictadura, el grado de enfrentamiento es terminal, así no hay quien viva, huyamos ya. (A mí, ingenuo inveterado, este logro no deja de admirarme. Y lo mismo les sucede, en general, a amigos y colegas norteamericanos con quienes lo charlamos: la envidia nos correo.

Por eso estas líneas intentan ser un homenaje del humilde mundo sudaca a la invencible madre patria: sabemos que es laborioso, que es difícil, que requiere una dosis extrema de imaginación y sacrificio crear esta imagen de país destruido cuando las condiciones ayudan tan poco. Por eso mismo, nuestra admiración sin límites hacia quienes lo consiguen: partidos de oposición, prensa de ídem, trolls y rolls y sushis de basura, alarmistas de todos los colores, taxistas con o sin taxi, cuñados acuñados en cualquier material).

Y entonces todos estos jóvenes españoles, decíamos, que me explican que su reino se hunde, y sus reacciones cuando les digo que no conozco muchos ejemplos de cambio tan profundo y exitoso como el de este país en este medio siglo. Corea y ellos, les digo, y algunos se sorprenden, otros incluso se dan por ofendidos: les resulta más familiar y confortable el relato de la desgracia y decadencia. Y yo suelo decirles que sí, que por supuesto, que siempre hay buenas razones para criticar la

propia sociedad, que siempre hay razones aún mejores para intentar cambiarla, pero que ningún análisis tiene sentido si no se basa en datos ciertos. Y que ellos no vivieron –pero, parece, tampoco estudiaron, tampoco les contaron– la España de sus abuelos y por eso no pueden valorar y disfrutar la enorme fortuna de vivir en un país donde la salud y la educación están garantizadas para todos, donde la violencia está entre las más bajas del mundo, donde casi todos comen lo que necesitan, donde los servicios públicos en general funcionan, donde pueden decir lo que quieren y donde pueden oponerse sin gran riesgo a los que quieren cargarse todo lo anterior.

No saberlo, no tenerlo en cuenta, es necesidad, o su madre y abuela: la ignorancia, que no es más que la necesidad cuando triunfa. El conocimiento del pasado cambia la percepción del presente. Nadie entenderá la mejora que significa que las personas no tengan más remedio que trabajar ocho horas por día si no sabe que, hace cien años, era habitual que trabajaran 13 o 14.

Insisto: el proceso español, aunque muchas mañanas la televisión lo disimule, es uno de los más exitosos de las últimas décadas. Insisto: no son razones para dejar la crítica de lado. Quizás incluso sean lo contrario: excelentes razones para entender que cuando esa crítica se ejerce sin miedo y sin descanso construye realidades como esta. Una que, aunque la mayoría insista en no saberlo, nos pone entre los países más privilegiados de la Tierra.

Y no, como quisieron las tradiciones tradicionales españolas, por tener ningún poder sobre los otros; solo por poder vivir –no todos pero cada vez más, cada vez más– como nos merecemos.

Un largo y accidentado camino

En medio siglo, siete presidentes del gobierno han pasado por la Moncloa. Desde Adolfo Suárez hasta llegar a Pedro Sánchez, un largo y convulso trayecto marcado por la reconversión industrial, la entrada en la OTAN, el cambio de moneda, las huelgas generales, el crecimiento económico, la llegada de los nuevos partidos, el fin de ETA y la abdicación del rey Juan Carlos



Íñigo Sáenz de Ugarte

Corresponsal político y subdirector de elDiario.es

A quella foto de César Lucas fue el símbolo de la victoria socialista de 1982. Felipe González y Alfonso Guerra unen sus manos para levantarlas en señal de triunfo desde una ventana del hotel Palace en la noche del 28 de octubre. González contó años después en varias ocasiones que estaba abrumado por la responsabilidad en ese momento. Pero el resultado arrollador –diez millones de votos, un 48,1 % y casi veintidós puntos de ventaja sobre Alianza Popular– no fue una total sorpresa para los dirigentes socialistas.



La convulsión del 15M

El 15 de mayo de 2011 miles de personas se concentraron en 50 ciudades para exigir que se revirtiera la precariedad bajo el lema 'Democracia Real Ya'. Algunas de estas protestas derivaron en acampadas espontáneas que se alargaron durante más de un mes pese a las citas electorales, las intervenciones policiales y las advertencias judiciales. En la imagen, la Puerta del Sol de Madrid, durante los primeros días de la acampada del Movimiento 15M. FOTO: OLMO CALVO



Se dijo que era el fin de la Transición por aquello de fijar un desenlace con el regreso de la izquierda al poder después de la larga noche que había comenzado en 1939. No es que lo de antes a partir de 1977 no fuera una democracia, pero al menos se había acabado el periodo en el que todo el sistema político estaba cubierto por andamios y señales de obras. El eslogan de la campaña –‘Por el cambio’– no es un prodigo de originalidad. Tiene más enjundia lo que responde González cuando le preguntan por su significado: “Que España funcione”. Parece de un pragmatismo casi decepcionante. Pero también es efectivo. España no funcionaba o al menos no lo hacía de la forma que esperaba la gente. No había Estado en ese momento que sirviera para construir una democracia o el que había no servía más que para ir tirando.

Hasta entonces había sido “Felipe” para todo el mundo. Julio Feo advierte a todos en Moncloa que a partir de entonces será “el presidente”. La revista Cambio16 lo certifica en portada con una foto de un serio y encorbatado González y el titular: “Bienvenido, señor presidente”. Los ministros se tratan de usted en el Consejo de Ministros, por muy amigos que sean. Guerra cuenta que un ministro, de indudable inocencia, preguntó en la primera reunión: “¿Y aquí cómo se vota?”. Le respondió que todos podrían debatir algunos asuntos, pero que la decisión última sería del presidente. El Gobierno, incluido su presidente, cuenta con 17 integrantes. Todos hombres. Era un tiempo en que estas cosas pasaban casi desapercibidas.

Una semana después de las elecciones y antes del debate de investidura, ETA asesina al general Víctor Lago, jefe de la unidad más importante del Ejército, la División Acorazada Brunete. “Evidentemente, esta acción vale para ellos lo que veinte en el País Vasco”, dice a *El País* Manuel Ballessteros, jefe del Mando Único de la Lucha Contrael terrorista.

Los ministros de Economía en la primera década de González, Miguel Boyer y Carlos Solchaga, representan una tendencia liberal que le acompaña en su presidencia. Lo que toca es construir un Estado de bienestar en el que la sanidad sea un derecho universal y se modernicen unas infraestructuras que son impropias de un país europeo. Para esto último, habrá que esperar al ingreso en la Comunidad Europea.

Antes de eso, habrá que cumplir con la promesa de un referéndum sobre la OTAN. El giro ya se intuía en el eslogan de 1981: ‘OTAN, de entrada, no’. La campaña en marzo de 1986 termina siendo un plebiscito sobre la figura de González. ¿Quién gestionará el ‘no’ a la OTAN?, avisa. En realidad, el partido ya no utiliza las siglas, sino que sólo habla de “Alianza Atlántica” en sus discursos. Alianza Popular intenta aprovechar el dilema y pide la abstención. “Soy un atlantista convencido, pero este es un referéndum fraudulento”, dice Manuel Fraga en una entrevista en *ABC*. Su intención es que la derrota fuerce la dimisión de González.



CINCO DÉCADAS EN 12 DATOS

Los presidentes de la democracia

La democracia española ha visto pasar por el Gobierno siete presidentes desde 1977. El mandato más largo es el de Felipe González (PSOE), que estuvo 13 años en el cargo, y el más breve el de Leopoldo Calvo Sotelo (UCD), que duró poco más de un año.



FUENTE: LA MONCLOA

La huida de Roldán y la condena a Mariano Rubio hunden el gobierno de González. En 1996 ya no quedan trucos en la chistera y el PP supera al PSOE por 290.000 votos

Gana el 'sí' con el 56,8% de los votos y una participación del 59,4%.

Desde el primer momento, el Gobierno debe gestionar sus contradicciones. Impulsa una liberalización de la economía y devalúa la peseta en su primera reunión. Al mismo tiempo cumple promesas que benefician a los trabajadores. Aprueba la reducción de la jornada laboral a 40 horas semanales. En una respuesta que recuerda a todo lo que ha hecho la patronal en los últimos 40 años, la CEOE prevé que será un desastre para la economía. Anuncia que tendrá "un coste teórico" de 180.000 millones de pesetas y exige que suponga una reducción equivalente de los salarios. Si los asalariados trabajan menos, tendrán que cobrar menos, dice.

La huelga general

La reconversión industrial termina por arruinar las relaciones entre el PSOE y el sindicato UGT. Puede que fuera inevitable en varios sectores, pero el coste social es inmenso. Se pierden de inmediato decenas de miles de puestos de trabajo. Pueblos y ciudades que viven de plantas industriales que ya no son rentables se quedan sin su principal fuente de empleo. Un plan de empleo juvenil termina causando el estallido. UGT y CCOO convocan una huelga general en 1988 que el Gobierno desdena. Pero su éxito es espectacular. Las ciudades están vacías como si sus habitantes hubieran desaparecido.

En 1989, el rey Juan Carlos tiene un encuentro con el general Manglano, jefe del Cesid y uno de sus principales confidentes. Le cuenta que lleva años recibiendo dinero de Arabia Saudí. En primer lugar, "36 millones de dólares para la Transición". Años después, un préstamo sin intereses de 50 millones que le permite obtener "una ganancia de 18 millones". Las entregas se suceden. Entre donaciones y préstamos, que no está claro que se devolvieran, el jefe de Estado recibe financiación de una dictadura extranjera por valor de 136 millones de dólares. El Gobierno oculta a la opinión pública tanto su fortuna en el extranjero como sus infidelidades. El rey es intocable y como tal se le protege.

El 1992 es una fiesta. La Expo de Sevilla y los Juegos Olímpicos de Barcelona son el culmen de la euforia. Es "el año de España", dice la revista norteamericana *Newsweek*. España es un país que ha dejado atrás los fantasmas de su pasado, coincide la prensa internacional, un ejemplo para los países de Europa del Este inmersos en la transición a la democracia. En ese año, la economía empieza a dar los primeros síntomas de agotamiento. Pronto llega el choque con la realidad. El índice de paro salta del 16,9% en 1991 al 20%

un año después. Y sigue subiendo. El 23,8% en 1993 y una décima más en 1994. Políticamente, es mucho peor. Toda la corrupción incrustada en el sistema sale a la luz. El juez Baltasar Garzón vuelve a la Audiencia Nacional después de una breve incursión en la política y descubre

que Amedo y Domínguez están dispuestos a cantar sobre los crímenes de los GAL. En la Ejecutiva Federal del PSOE en 1995, González define las investigaciones como una gran conspiración contra él: "Existe un intento claro de destrucción del Gobierno y toda la tarea hecha en estos años. La estrategia se parece mucho a la empleada contra Azaña en los años 30". No le servirá de nada.

La huida de Luis Roldán y la condena de Mariano Rubio hunden la imagen de su Gobierno. En 1996 ya no quedan más trucos en la chistera y aun así el Partido Popular solo supera al PSOE por 290.000 votos. "Nunca una derrota había sido tan dulce y una victoria tan amarga", dice González sonriendo en la noche electoral. Pero, por dulce que sea, sigue siendo una derrota.

Al igual que ahora el PP habla de desmontar el sanchismo cuando llegue al poder, Jose María Aznar presume de que ha llegado el momento de demoler el felipismo. Le acompaña una nutrida brigada mediática convencida de que Felipe González ha puesto en peligro a la democracia con su forma autocrática de gobernar, una acusación idéntica a la que se hace ahora a Pedro Sánchez. Como dice Luis María Anson en 1998, "se rozó la estabilidad del propio Estado" en la tarea de demolición: "La cultura de la crispación existió porque no había manera de vencer a González con otras armas".

ETA, Aznar y Miguel Ángel Blanco

Trece años, cinco meses y tres días de gobierno no son tan fáciles de borrar como quisieran. El PP se lo toma con calma y apuesta por centrarse en la liberalización de la economía. El buque insignia es la privatización de las empresas públicas como Telefónica, Tabacalera, Endesa y Repsol. Algunas de ellas caen en manos de amigos de Aznar o personas de su total confianza.

"España va bien", repite Aznar en el Congreso, como si con su sola presencia hubiera enderezado el rumbo. Ayudada por el ciclo económico, España entra por una senda de crecimiento sostenido con gran creación de empleo y descenso de la inflación que facilita la entrada en el euro.

El Gobierno se enfrenta a un agravamiento de la amenaza terrorista cuando ETA pone en el punto de mira a concejales del PP y del PSOE. La tensión llega al punto más alto

con el secuestro y asesinato de Miguel Ángel Blanco. La respuesta popular es inmensa y garantiza al Gobierno que no sufrirá desgaste por mantener una línea dura contra ETA. La sorpresa salta cuando Aznar hace público en noviembre de 1998 que se van a iniciar negociaciones: "He autorizado contactos con el entorno del Movimiento Vasco... de Liberación". El PP se pliega a los deseos de su líder. Carlos Iturgaiz, presidente del PP vasco, pide a las viudas de sus compañeros asesinados por ETA "un poco más de sacrificio por la paz". Los contactos secretos con Herri Batasuna y luego con ETA en Ginebra no llevan a nada y la organización terrorista rompe la tregua.

La llegada del euro

Con la entrada en vigor del euro con España dentro, Aznar parece haber culminado sus aspiraciones. El naufragio del 'Prestige' y la catástrofe ecológica desnudan a un Gobierno convencido de que siempre se saldrá con la suya. Aznar no aprende la lección sobre los límites del poder y suma a España al grupo de países que apoya la invasión de Irak. Aun así, el PP está convencido de su victoria en 2004, esta vez con Mariano Rajoy de candidato. Las últimas encuestas de la campaña dan una ventaja de unos tres puntos al PP. Pero el 11M lo cambia todo. España sufre el mayor ataque terrorista de su historia tres días antes de las elecciones. El Gobierno decide que la autoría de ETA es lo único que le salvará y en poco más de 48 horas su plan se viene abajo. La derecha nunca aceptará que esa derrota tiene más que ver con sus errores y el ejercicio arrogante del poder que con los méritos del rival.

José Luis Rodríguez Zapatero entra en Moncloa sin ninguna experiencia previa en un Gobierno. Elige a 16 personas para su Consejo de Ministros, de las que siete son mujeres. Demuestra audacia al retirar las tropas españolas de Irak. Zapatero hace todo lo que Felipe González no quiso o no podía hacer, en especial sobre memoria histórica. La democracia ha vivido durante décadas sin tocar las estatuas y monumentos que tienen un carácter de homenaje al franquismo y al dictador. Hay que esperar hasta 2005 para que se retire la estatua ecuestre de Franco en Nuevos Ministerios en Madrid y tres años más tarde la de Santander. Entre medias, el Parlamento aprueba la ley de memoria histórica con la intención expresa de reparar el daño sufrido por las víctimas de la dictadura. El PP la denuncia por considerarla una forma de "reabrir heridas", aunque nadie achaca a los españoles del presente los crímenes del pasado.

Las costuras del sistema político comienzan a agrietarse con la feroz oposición del PP a Jose Luis Rodríguez Zapatero, que se hace aún más dura cuando el presidente acepta negociar con ETA. Antes de los contactos, el PP ya está

deslegitimando al Gobierno. Rajoy acusa al presidente de "traicionar a los muertos". Zapatero no se deja intimidar. Hay que esperar a octubre de 2011 para que ETA haga público "el cese definitivo de su actividad armada". La organización terrorista nunca consiguió los objetivos políticos que exigió a lo largo de su historia.

No es la convulsión creada por esas negociaciones la que hunde a Zapatero. "La economía va como un tiro", había dicho en su primer mandato. Hasta que naufraga a partir de los efectos de la tormenta que se origina en EEUU con la quiebra de Lehman Brothers. No es un caso de simple contagio. La burbuja inmobiliaria ha desatado una loca carrera especulativa en muchas de las entidades financieras sin que el Banco de España haya hecho nada útil al respecto. La crisis de la deuda en el sur de Europa obliga a un fuerte recorte del gasto público que no impide que se doble la deuda pública hasta un 70 % del PIB en 2011. El PSOE pierde el 38 % de sus votos en las elecciones de ese año.

Mariano Rajoy recibe el poder sin hacer prácticamente nada y gracias a promesas que sabe que no podrá cumplir. "Cuando gobierne, bajará el paro", había prometido en 2010. El desempleo seguirá subiendo hasta el 26,9 % en el primer trimestre de 2013 y la deuda sobre el PIB hasta el 100 %. La salida de la crisis es lenta y agónica.

La abdicación

A Juan Carlos de Borbón se le acaba la suerte. Su accidente en Botsuana en 2012 en un viaje en el que le acompaña su "amiga íntima" Corinna –así la definen los titulares– termina por hundir todo un escenario de mentiras y delitos. El monarca ha seguido recibiendo durante años dinero del Golfo Pérsico que oculta en Suiza con los mismos mecanismos de las organizaciones criminales internacionales. Solo un año antes de Botsuana afirma en su discurso de Nochebuena: "La justicia es igual para todos". No para él, como pronto se comprobará. Su permanencia en el trono es tan tóxica que pone en peligro la supervivencia de la monarquía. Después de haberse negado a considerarlo, en 2014 presenta la abdicación y entrega la corona a su hijo Felipe.

El sistema autonómico era uno de los grandes logros de la nueva España surgida tras la Constitución de 1978. Todo descarrila con el desafío del 'procés'. El Gobierno del PP y los indepes son dos trenes condenados a un choque frontal en 2017. Rajoy decide enviar a los antidisturbios para impedir el referéndum del 1-O. Sólo contribuye a que las imágenes de las cargas salgan en las televisiones de toda Europa. Carles Puigdemont ha desobedecido todos los autos del Tribunal Constitucional y hasta se ha hecho fotos con ellos. Al final, declara una independencia que dura ocho segundos y ofrece unas negociaciones que ya son imposibles.



Seguros de tu éxito

Sí a todo.

¿A que suena bien?

La solución más completa para tu empresa contra los riesgos de impago.

Máster Oro Integral

Te ofrecemos la cobertura más amplia y los mejores servicios,
con un especialista en tu negocio siempre a tu lado.

900 104 438 | cesce.es

Contáctanos 



Huye a Bélgica mientras que otros como Oriol Junqueras se quedan para afrontar las consecuencias penales de sus actos. El juicio del procés en el Tribunal Supremo no es suficiente para cerrar esta historia. A partir de ese momento, Catalunya condiciona por completo la política española hasta nuestros días.

Las elecciones de 2015 abren un nuevo capítulo de la democracia española. Desaparece el bipartidismo que ha regido la alternancia en los gobiernos. El tótem del “consenso

del 78” es ya historia. Las movilizaciones del 15M ya habían dado en 2011 el primer toque de atención. La España real estaba comunicando a la España oficial que había dejado de representarla en muchísimos asuntos. En los comicios, dos nuevos partidos, Podemos y Ciudadanos, reciben ocho millones y medio de votos y 109 escaños. Políticos como Rajoy creen que se trata de “una moda” y que la fragmentación del voto será un fenómeno pasajero. No pueden estar más equivocados.

Al igual que lo que ocurrió con Felipe González, la corrupción termina por dar el golpe definitivo al PP. Antes de llegar al poder, Rajoy había intentado presentar a su partido como una víctima, como hizo González en 1995. “Esto no es una trama del PP, como algunos pretenden. Esto es una trama contra el Partido Popular”, dice Rajoy en 2009 sobre la investigación judicial y policial de la Gürtel. Solo es el primer capítulo. Las finanzas internas del PP rebosan de dinero negro, como queda patente cuando se investiga a su tesorero, Luis Bárcenas, y se descubre que la caja B se ha empleado para la rehabilitación completa de la sede de la calle Génova, y luego están los sobresueldos en efectivo que ha recibido durante años la cúpula del partido.

La sentencia de la Gürtel recuerda a Rajoy que hay facturas en política que se pagan muchos años después. La moción de censura lleva a Pedro Sánchez al poder. Empieza una época en la que la política no deja de sorprender. Solo veinte meses antes, la carrera política de Sánchez parecía muerta y enterrada cuando se vio forzado a presentar su dimisión como líder del PSOE. No será la primera vez en que sus adversarios le subestimen.

Sánchez es de los políticos que se reinventan a sí mismos en función de la coyuntura. Intenta conseguir una mayoría con Ciudadanos y fracasa. Se rinde a los números tras los comicios de noviembre de 2019 y asume que solo puede gobernar con Unidas Podemos. Rechaza la amnistía de los políticos condenados por el procés al creer que le servirá con los indultos, pero luego la acepta para asegurarse el

En 2011, Podemos y Ciudadanos reciben más de ocho millones de votos. Políticos como Rajoy creen que la fragmentación del voto será pasajera. Se equivoca

apoyo del partido de Puigdemont. La España que gobierna es muy diferente a la de los años ochenta. El pragmatismo de los tiempos de González pierde sentido. Ya no es tiempo de resignarse a lo posible, sino de buscar lo que antes parecía imposible, como una política feminista que no espera a que la sociedad evolucione poco a poco.

A partir de 2020, el Gobierno navega a través de circunstancias excepcionales, como la pandemia y los efectos económicos de la invasión

de Ucrania. Afronta también el último esfuerzo por salvar a la monarquía del legado de Juan Carlos. Felipe VI le retira los 200.000 euros anuales de asignación al quedar meridianamente claro, no por los tribunales españoles, que su padre conserva una fortuna en el exterior. La única manera de proteger la imagen de la monarquía es enviar a Juan Carlos a vivir al extranjero. Con todo el dinero que ha recibido de las monarquías del Golfo Pérsico, no es una sorpresa que elija los Emiratos Árabes.

La extrema derecha

España deja de ser la excepción europea. La extrema derecha, cuyo mayor capital es el rechazo a la inmigración, se convierte en la tercera fuerza política y el socio indispensable si la derecha quiere llegar al poder. El PP se lanza a una furiosa ofensiva contra el PSOE. También lo hizo contra González y Zapatero, pero esta vez declara que Pedro Sánchez es una amenaza real para la democracia. España vive una tensión insoportable en el sistema político. Mientras, la sociedad no alcanza ese nivel de confrontación y la economía se recupera de la pandemia y reduce el desempleo al nivel más bajo desde 2007.

La derecha pierde la oportunidad de las elecciones de 2023 que ya creía ganadas. Se decide a pintar a España como lo peor de Europa, precisamente cuando Francia y Reino Unido no pueden conjurar su crisis estructural y Alemania se sume en el pesimismo al ver que no levanta cabeza un modelo económico que pensaba que era indestructible. El futuro sí plantea un interrogante amenazante para la sociedad española. Los jóvenes se han acostumbrado a escuchar que vivirán peor que sus padres, no solo por el precio de la vivienda. Para conservar su legitimidad, la democracia no puede limitarse a asegurar la celebración de elecciones libres. Debe ofrecer una garantía de que el futuro será más próspero. De lo contrario, la historia demuestra que puedes recibir sorpresas desagradables.



Un rincón de Mallorca donde lo importante son los pequeños detalles.

En el corazón de la isla hay una pequeña ciudad
donde la cultura, la tradición, la gastronomía y el
calzado se unen para ofrecer algo especial.



Ajuntament d'Inca



Momento decisivo

Felipe González firma el tratado de adhesión a la CEE el 12 de junio de 1985 ante la mirada del Rey Juan Carlos. Detrás de González, Manuel Marín, secretario de Estado de Relaciones con las Comunidades Europeas; en el centro, con gafas, Gabriel Ferrán de Alfaro, embajador permanente ante la CEE. La ceremonia tuvo lugar en el salón de Columnas del Palacio Real

FOTO: MANUEL HERNÁNDEZ DE LEÓN/ EFE



Europa, punto de partida

Las negociaciones de adhesión fueron más largas de lo previsto. Empezaron en febrero del 1979 y España no logró entrar en el club comunitario hasta enero de 1986. Francia recelaba de la competencia de agricultores y pescadores y también temía una "avalancha" de trabajadores españoles



María Ramírez

Corresponsal en Gran Bretaña de elDiario.es

Sobre las doce y media de la mañana del 28 de julio de 1977, el entonces ministro de Exteriores, Marcial Oreja, entregó tres cartas al belga Henry Simonet, en el Palacio de Egmont, en Bruselas. Una por cada organización de la que España quería ser miembro: la Comunidad Económica Europea, la Comunidad Económica del Carbón y del Acero y la Comunidad de la Energía Nuclear. Lo que se llamaba entonces las Comunidades Europeas. Las cartas estaban escritas en español y firmadas por Adolfo Suárez, que había ganado las primeras elecciones de la nueva democracia unas semanas antes.

Simonet, ministro de Exteriores que presidía entonces el Consejo, dijo que era un momento "histórico" también para la comunidad europea.

"España ha llegado en el día de hoy al final de un camino que iniciara el 9 de febrero de 1962 y que se vio obstaculizado por una serie de problemas políticos que hoy la joven democracia española ha sabido salvar", escribía el diario ABC desde Bruselas. La "serie de problemas políticos" era la dictadura, que hacía impensable la integración de España en la organización de los gobiernos democráticos de Europa. El "camino" durante el franquismo se había quedado en la negociación de un acuerdo comercial.

Las elecciones de 1977 habían dado al país un aire de esperanza. “Más allá de todas las reservas, parece que hay un amplio optimismo de que España irrumpirá pronto en el mundo como una nación sana, moderna y vital, en paz consigo misma y dispuesta a integrarse en una comunidad de estados avanzados con confianza y amistad”, escribía Flora Lewis, corresponsal del The New York Times desde Madrid.

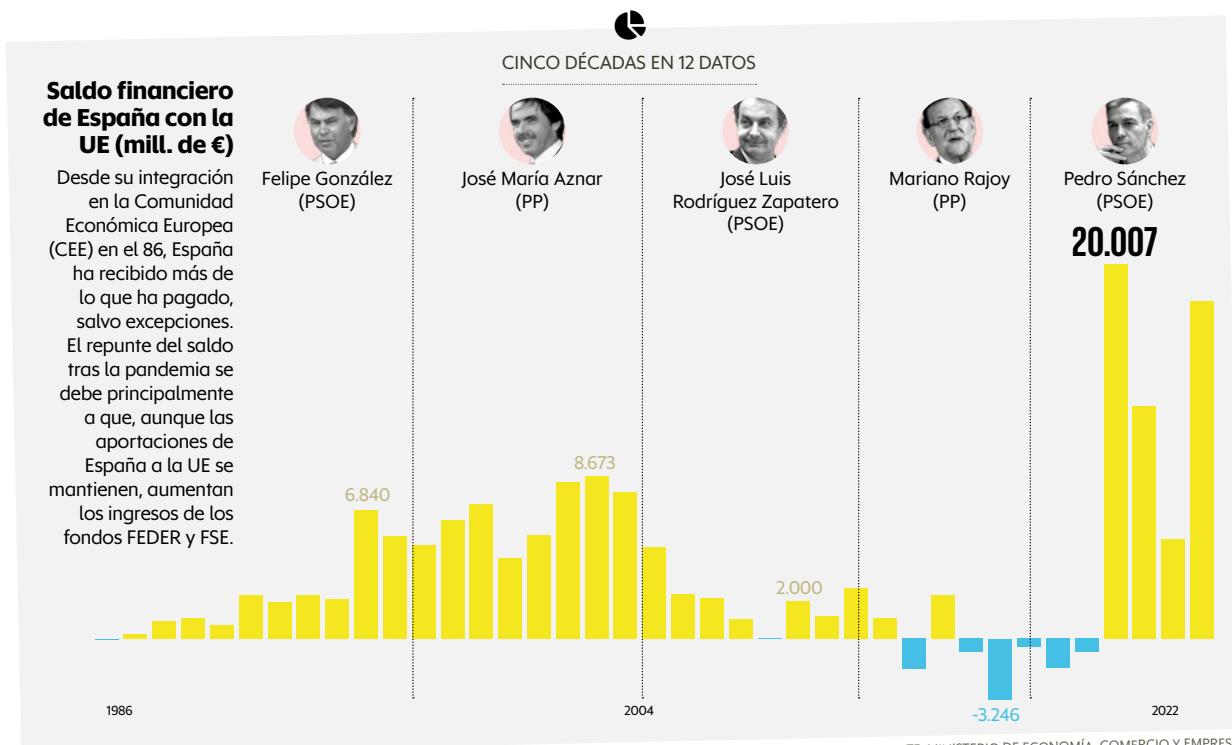
“Todo está cambiando, rápidamente y con bastante fluidez; casi todo ha cambiado ya”, escribía también el filósofo Julián Marías en The New York Times en octubre de 1977. “Los años de Franco parecen increíblemente lejanos. Casi todo lo que parecía imposible ya ha sucedido. Lo prohibido ocupa ahora el primer plano: los partidos políticos, incluidos los comunistas; las elecciones, las huelgas, la autonomía regional; la Generalitat ya ha sido autorizada; las banderas de las distintas regiones ondean, la televisión gubernamental transmite programas en las lenguas minoritarias que coexisten con el español en algunas regiones”.

Marías, que fue encarcelado en 1939 por no apoyar al franquismo y a quien el régimen prohibió después ejercer como profesor universitario, hablaba de “un cambio profundo y silencioso en la sociedad española” antes del final de la dictadura. Él creía que la llegada de la democracia era aceptar “la realidad” de “una clase media propia de un país europeo” marcada por las ganas de convivencia pacífica: “La concordia es más fuerte que el espíritu de discordia”.

La idea de que la sociedad ya había cambiado y era equiparable a la de los vecinos europeos era una constante. “La juventud española, entre las más liberales de Europa”, titulaba Diario 16 un artículo en noviembre de 1977. Con datos de una encuesta en grandes ciudades europeas, Diario 16 destacaba que los jóvenes españoles apoyaban más el divorcio, las relaciones sexuales entre solteros y la tolerancia que otros europeos de la misma generación. El artículo destacaba que los jóvenes españoles eran “menos machistas” que los franceses y los británicos porque el 90% decía que los hombres debían hacer “todas las faenas del hogar”, y eran junto a los suecos los que más de acuerdo estaban con la afirmación de que mujeres y hombres debían cobrar lo mismo por el mismo trabajo.

El ímpetu ibérico

La mayoría de la población tenía entonces menos de 35 años y el ímpetu ibérico –también en Portugal– contrastaba con cierta desilusión en otros países de Europa con democracias más veteranas, que sufrían la misma crisis económica que España y las mismas oleadas de violencia, pero sin la ilusión de la novedad. “Todos los días pasaban cosas. Es verdad que en una situación muy mala, con el terrorismo de ETA, con una crisis económica importante, pero vivías la política como una cosa muy positiva”, explica a elDiario.es Jaume



Duch, hoy consejero de Exteriores de la Generalitat de Catalunya después de 35 años como funcionario en el Parlamento Europeo, donde empezó como asistente de una de las primeras eurodiputadas y llegó a ser director general de comunicación del Parlamento.

Duch tenía 13 años cuando murió Francisco Franco y empezó la Universidad en Barcelona en plenas negociaciones de adhesión. Se apuntó al primer seminario universitario sobre las Comunidades Europeas de Barcelona mientras estudiaba Derecho Internacional Público. "La cronología me ayudó muchísimo", dice.

La promesa de Europa era una inspiración para su generación, que vio un horizonte mucho más amplio del que tenía alrededor. "Lo primero que me atrajo fue la idea de que los europeos podemos hacer las cosas juntos", recuerda Duch. "En ese momento se soñaba con una Europa mucho más integrada a la que tenemos ahora y la gente hablaba de los Estados Unidos de Europa o de la Unión de los pueblos. Era un lenguaje mucho más ambicioso. Esa idea me fascinaba. Ponía a España y luego a Cataluña dentro de España en una perspectiva diferente, mucho más de futuro, mucho más moderna".

Las negociaciones de adhesión fueron más largas de lo previsto, en especial por la resistencia de Francia, que rechababa de la competencia de agricultores y pescadores españoles. También había reticencias por la supuesta "avalancha" de trabajadores españoles.

Las negociaciones empezaron formalmente en febrero de 1979 y España entró en el club comunitario en enero de 1986, en una organización que sobre todo ofrecía entonces las ventajas del mercado común, pero donde todavía no existía la libertad de movimiento.

La joven democracia española se había tenido que enfrentar a una deuda exterior récord y una inflación que en 1977 rozaba el 30%. En 1982, cuando Felipe González ganó las elecciones, la inflación todavía rondaba el 14%, el desempleo llegaba al 16% y las cuentas públicas estaban en números rojos inaceptables para Bruselas. En plena crisis, hasta el comercio con los vecinos europeos se había estancado, y España no lograba ya ni vender tanto carbón, su principal exportación.

Y todo entre la incertidumbre, el terrorismo y el miedo de la vuelta del autoritarismo.

"Los españoles a los que se les había pedido democratizar su vida política para poder ser admitidos en la Comunidad Europea, se encontraron después con que la Comunidad parecía más interesada en analizar su petición en términos de criterios económicos más que las credenciales constitucionales impecables de Madrid", escribían Paul Preston y Denis Smyth en un libro sobre la adhesión para el 'think-tank' británico Chatham House publicado en 1984.

"En contraste, la OTAN ya le había dado la bienvenida a la democratizada España en sus filas en 1982".

La adhesión era una apuesta económica, pero para España también importaba el espaldarazo político que se concretaba por fin en una realidad.

"Nuestra historia está en Europa y también fuera de Europa, pero en Europa estaremos todos. España va a acabar definitivamente con el complejo de inferioridad histórica que provocó su aislamiento y va a recuperar definitivamente su curso y su papel en Europa", dijo en el Congreso de los Diputados en marzo de 1985 Fernando Morán, el ministro de Exteriores que firmó la entrada europea con el Gobierno de Felipe González.

Cuando España entró oficialmente en el club, Jaume Duch trabajaba en el servicio de prensa de Unió Democràtica de Catalunya, y en las elecciones de 1987 tras la entrada de España y Portugal, el partido consiguió un escaño. Su primera eurodiputada, Concepció Ferrer, buscaba a alguien que supiera "algo" de Europa y Duch, recién graduado y profesor en el seminario de Comunidades Europeas, empezó a trabajar con ella en los plenos en Estrasburgo. En 1989, Duch se presentó a las oposiciones para funcionarios de lengua española y portuguesa, quedó el primero y se mudó definitivamente a Bruselas.

Desembarco en Bruselas

En los primeros años en el Parlamento, más pequeño y menos poderoso, recuerda la buena acogida de los nuevos. "Esa integración se hizo muy rápido. Recuerdo la alegría de la ampliación", dice Duch. "Yo no vi ni rechazos ni situaciones extrañas. Al contrario, la sensación que tuve fue de que nos estaban esperando".

Mientras llegaban los primeros funcionarios españoles como Duch a Bruselas y Estrasburgo, la generación que estudiaba entonces tenía a "Europa en el día a día", como cuenta ahora a elDiario.es Miriam González Durántez, abogada especialista en comercio, que trabajó durante años en la Comisión Europea y fundadora de España Mejor, un proyecto en defensa de la transparencia y las reformas democráticas para 2025. "Fue el momento de la adhesión que tanto cambió España" y ella, que estudiaba en la Universidad pública de Valladolid, recuerda que "lo pedía todo". Así consiguió una beca para estudiar en el Colegio de Europa de Bruselas, cantera de funcionarios europeos, en una de las primeras promociones con España ya dentro de la Comunidad Europea.

Entre sus primeros recuerdos de la democracia está el reparto de pegatinas naranjas y verdes de la UCD de Adolfo Suárez a las puertas de los cines de los pueblos. Lo que más nítido tiene de aquellos primeros años fue el miedo

durante el intento de golpe de Estado en 1981. Su padre había sido uno de los primeros alcaldes de la democracia y eso suponía un riesgo extra.

“En el salón de nuestra casa teníamos puesta la radio, intentando coger Radio París para saber lo que estaba ocurriendo, para saber si teníamos que salir de ahí, si eso ponía en peligro la seguridad de los que habían estado muy activos en esos primeros años de democracia, como era mi padre”, recuerda González.

El golpe del 23-F había sido, de hecho, un importante recordatorio de que la adhesión era mucho más que una ayuda económica para España, ya que las relaciones comerciales reforzadas con los socios comunitarios no eran, en realidad, tan novedosas.

A pesar de la falta de libertades, el aislamiento político de España no había derivado durante la dictadura en un aislamiento económico total. La imagen de la autarquía no se corresponde con los datos del comercio.

Carbón, acero... y agricultura

“Pese al embargo político, las relaciones comerciales no se interrumpieron. Ningún país de Europa occidental dejó de comerciar con España después de la guerra civil, y después de 1945 España negoció acuerdos con varios países europeos”, explica Julio Crespo MacLennan, historiador y autor de ‘Spain and the Process of European Integration, 1957-85’, que publicó como académico en la Universidad de Oxford. La escasez después de la Segunda Guerra Mundial de productos agrícolas y materias primas hizo que España no estuviera del todo aislada del mercado común, que no interesaba a Franco cuando estaba centrado en el carbón y el acero, pero sí cuando se movió hacia la agricultura.

La petición española formal de adhesión al mercado común en 1962 quedó apartada y derivó en un acuerdo comercial firmado en 1970. Según las autoridades comunitarias, se trataba solo del “comienzo de un acercamiento económico”; según las españolas, era la demostración que “España pertenecía a Europa”.

Cómo la idea de Europa fue calando se muestra en las encuestas de la época: en 1966, el 60% de los españoles mayores de 21 años ni siquiera tenía opinión sobre si España debía participar en el mercado común, según un sondeo del Instituto de Opinión Pública. Dos años después, los que no sabían o no contestaban eran el 33% y la mayoría estaba a favor de unirse al mercado común.

Pese a algún interés por Europa de sectores reformistas y los empresarios como Ramón Areces y Emilio Botín, el franquismo nunca dejó de rechazar el espíritu europeo de una conciencia común. Desde el primer gobierno, la dictadura “veía el europeísmo como sinónimo de democracia y

de liberalismo”, escribe Crespo. En los primeros años de la posguerra, Franco siempre se refería a Europa con una hostilidad que contrastaba con halagos a los potenciales aliados en Estados Unidos y Latinoamérica.

La oposición en el exilio combinaba a menudo el ideal europeísta con el anti-franquismo. Salvador de Madariaga, entre los fundadores del Colegio de Europa, intentó unificar los grupos alrededor de la idea de Europa. Sus conferencias en París y en Toulouse en los años 50 ayudaron a mantener el interés vivo por España en Europa.

Contra los fusilamientos de Franco

En cierto sentido, la cuestión española fue el primer empujón en la primigenia comunidad europea de nueve a convertirse en una organización más política y que abrazaba su función democratizadora como parte de su esencia.

Unos días después de los últimos fusilamientos de Franco el 27 de septiembre de 1975, los ministros de Exteriores europeos reunidos en Luxemburgo suspendieron las negociaciones comerciales con España como castigo al régimen, y ocho gobiernos retiraron sus embajadores como protesta (no lo hizo Irlanda, que dijo sufrir el terrorismo como España). El Gobierno francés, conservador, era reticente pero al final aceptó el gesto abanderado sobre todo por el Gobierno socialdemócrata de Países Bajos. El primer ministro holandés, Joop M. den Uyl, había encabezado la marcha contra los fusilamientos en Utrecht.

La presión internacional no sirvió para salvar a los últimos fusilados, y el 1 de octubre el alcalde de Madrid, Miguel Ángel García-Lomas, llamó a la movilización “contra la injerencia extranjera” y Franco habló en sus discursos de la “conspiración masónica”. El eslogan “di ‘no’ a Europa” apareció en muros por la ciudad.

La solidaridad democrática desde las instituciones europeas era una novedad y fue recibida entonces como un cambio y un salto político.

“De repente, la palabra ‘Europa’, que hasta ahora significaba aburrimiento para los jóvenes, tiene colores más atractivos”, escribió un editorial de *Le Nouvel Observateur*.

El impulso político que nació entonces a regañadientes arrancó la gran transformación de la Comunidad Europea hacia la integración y la libre circulación. En los años 80, incluso el Reino Unido, que apoyó la ampliación hacia el sur igual que luego la respaldaría hacia el este, ya veía argumentos más políticos que económicos en su defensa de la entrada de España.

“En un mundo incierto necesitamos un área de estabilidad en Europa Occidental, y la Comunidad Europea es la mejor manera de conseguirlo”, dijo la primera ministra británica, Margaret Thatcher, que apoyaba la entrada de España y puso

A Franco no le gustaba Europa. Pese al interés de sectores reformistas y de empresarios como Areces y Botín, el franquismo rechazaba el espíritu europeo de una conciencia común

como condición que se abriera el paso hacia Gibraltar.

Los primeros años de España en Europa coincidieron con la ebullición hasta el Tratado de Maastricht, firmado en 1992.

“La sensación generalizada era de que todo iba a ir a mejor. Daba igual que hubiese dificultades, siempre iba a ir a mejor. Y, desde luego, pensábamos que los valores democráticos europeos, de cooperación, de multilateralismo siempre iban a estar ahí. Qué inocencia”, dice hoy Miriam González Durántez, que justo entonces se graduó en el Colegio de Europa, el sueño ideado por Salvador de Madariaga en Bélgica y por el que ya habían pasado varias promociones de españoles llegados de un país en libertad.

En 1991, cuando ella llegó a Bruselas, la democracia española ya no era una novedad, pero “se veía a España con interés, se admiraba la Transición”. Cuenta también que notó la brecha entre su educación universitaria pública de España y el “brillito” que tenían sus compañeros llegados de Oxford, Cambridge y otras universidades europeas.

En su promoción, que lleva el nombre de Mozart, conoció a Nick Clegg, su futuro marido y viceprimer ministro del Reino Unido, el país que en gran medida impulsó el salto de aquellos años. “Margaret Thatcher empezó a decir que no. No obstante, fueron los juristas británicos los que concibieron la idea del mercado interior. Es decir, que todo iba en la buena dirección”, recuerda. Después de trabajar en la Organización Mundial del Comercio y en otros puestos en el sector privado, Miriam González empezó a trabajar en la Comisión Europea en la segunda mitad de los años 90, en un momento en que –considera– la Unión Europea dejó tareas sin completar antes de correr a la unión monetaria.

González desarrollaba sus funciones para la Comisión Europea en asuntos de comercio y de relaciones exteriores, donde España seguía teniendo un papel limitado. Después de dejar la Comisión, trabajó como abogada dedicada al comercio internacional en Londres, donde se mudó mientras Clegg estuvo en el Gobierno. Ahora, sopesa lanzar un nuevo partido político centrista en España.

¿Tanto tienes, tanto mandas?

Cree que la sensación de periferia de España ya no tiene que ver con los complejos del pasado ni con la posición geográfica. “Es por el nivel de renta per cápita”, explica González. Recuerda que aunque tras la ampliación de 2004 y 2008 España pasó a aportar más fondos de los que recibía, la Unión Europea siempre ha estado para hacer grandes trans-

ferencias de fondos a España más allá de los primeros años tras la adhesión, en especial durante la crisis de la zona euro y la pandemia.

“No somos el peor caso. El peor caso sigue siendo Italia, que a pesar de ser un país fundador se le tiene que seguir haciendo transferencias de recursos del norte al sur”, explica González. “Si no estás entre los

que aportan siempre, vas a tener menos capacidad de influir y de decidir. Eso es así. Cuanto más poder económico, más poder político tienes”.

También duda de que España pueda ayudar a modernizar Europa cuando no es un ejemplo de transparencia y buenas prácticas dentro de casa. Y le preocupa especialmente en un momento en que cree que Europa está en peligro mientras muchos políticos no pasan de las buenas palabras.

Una UE cada vez más politizada

En sus giras por España con su asociación España Mejor, Miriam González suele tener reuniones abiertas con ciudadanos en ciudades y pueblos, con variedad de poblaciones por renta y educación, y dice que encuentra “una preocupación real por la democracia, mucho más que por la economía”. Le ha sorprendido “en un país que sigue siendo tan proeuropeo” cierta animadversión en particular hacia la Comisión Europea y su presidenta, Ursula von der Leyen. “Hay un punto de emocionalidad en esa crítica que es un poco raro”, comenta.

“Si no se empieza a apoyar la democracia, pero de manera básica, de manera organizada, como ocurrió después de la Segunda Guerra Mundial, va a ser una etapa muy complicada para los europeos”, dice.

Jaume Duch comparte esta inquietud de González, en particular por el ascenso de la extrema derecha, que ataca de manera expresa los valores, derechos y “una manera de entender la sociedad” que encarna la Unión Europea. Pero también ve algo “positivo” incluso en la identificación de la presidenta de la Comisión Europea por el nombre.

“En cierto sentido, eso quiere decir que se está consiguiendo esa Europa política. Claro, cuando todos hablábamos es que la Unión Europea tiene que ser política y no solo económica, estamos hablando de que haya un gobierno europeo para lo bueno y para lo malo”, explica Duch. “Si túquieres criticar a la Unión Europea, al final acabas criticando a Von der Leyen. ¿Por qué? Porque es tu referente europeo. En el fondo, eso es una batalla que ha ganado la politización de la propia Unión Europea”.

La democracia, Europa y el crecimiento económico trajeron la diversidad

En 1985 estaban registrados en nuestro país 242.000 ciudadanos extranjeros y en 2008 llegamos a cinco millones. Durante la crisis económica el flujo migratorio se invirtió y desde 2017 crece cada año. España ya no es lo que era. ¿Por qué la extrema derecha insiste en decir que es un problema?

**Gabriela Sánchez**

Periodista de elDiario.es especializada en migraciones

El franquismo daba sus últimos coletazos cuando los padres de Niserine Chelbat, dedicados al turismo en Marruecos, se asentaron en la Costa del Sol. Rondaban los 70, España había empezado a abrirse al exterior tras décadas de aislamiento y los españoles observaban con fascinación la llegada de miles de extranjeros atraídos bajo la promesa de "sol y playa". Las fronteras empezaban a abrirse, pero apenas llegaban inmigrantes, el país aún no era atractivo para ellos y la diversidad brillaba por su ausencia.

"Siempre digo orgullosa que soy hija de la democracia española porque nací en el 78", dice. Nacida y criada en Torremolinos de padres marroquíes, Chelbat ha sido testigo de la transformación demográfica vivida en España desde el inicio de la democracia. En los 80 y primeros 90, era la única alumna de ascendencia magrebí en su clase. "Aunque en la Costa del Sol el ambiente era más internacional, los



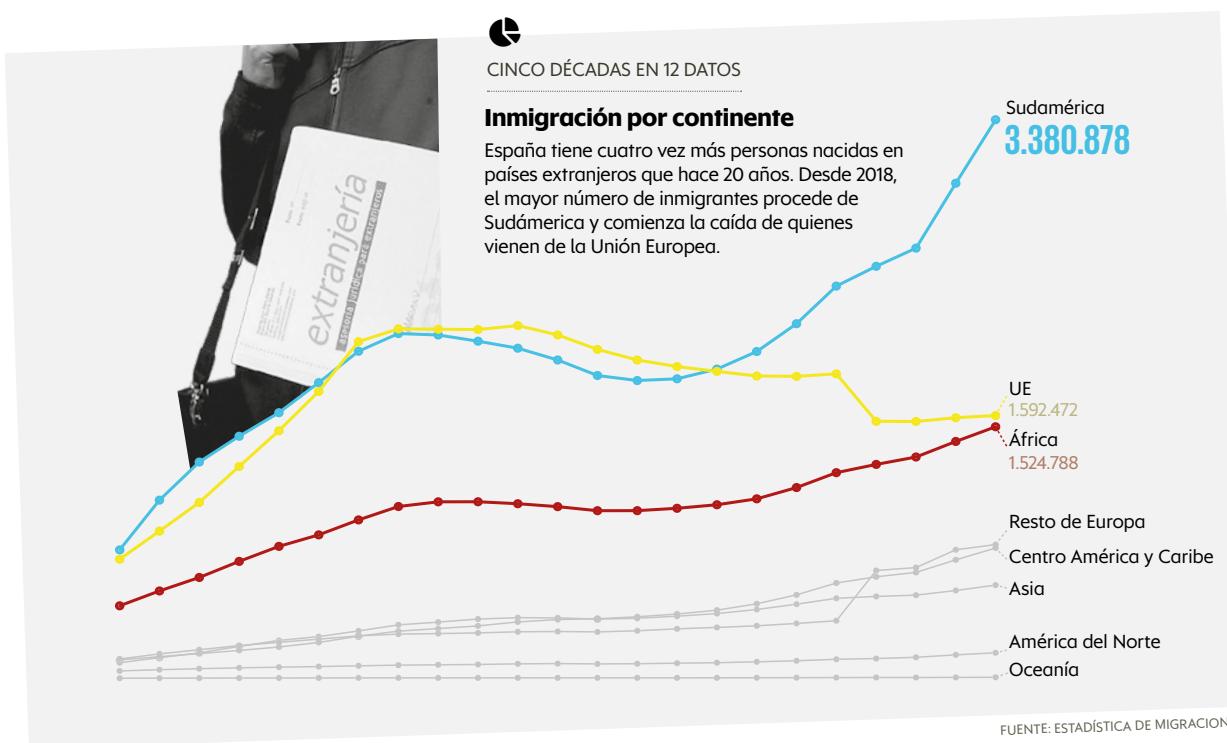
Africa no es un país

Una mujer recién rescatada en el mar de Alborán espera para desembarcar en el puerto de Algeciras. Según Acnur, las principales razones para emigrar desde África van desde los conflictos armados (el 90% de los que salen de Malí) a cuestiones económicas (Marruecos), pasando por la violencia de género (el 49% de quien sale de Costa de Marfil) o por motivos étnicos (el 65% de los que abandonan Sudán).

FOTO: OLMO CALVO



La democracia, Europa y el crecimiento económico trajeron la diversidad



extranjeros eran ingleses, suecos, alemanes, pero no conocía a nadie de origen magrebí. Todo mi círculo era español”, recuerda la malagueña. Apenas dos décadas más tarde, su sobrina cotidianamente estudia rodeada de compañeros de distintos rasgos y procedencias.

Por entonces, cuando Chelbat era una cría, el número de niños nacidos de una madre extranjera no alcanzaba el 1%, según las estimaciones del Instituto Nacional de Estadística (INE). Durante la democracia, el porcentaje ha ascendido al 31%, señala la misma fuente. Un estudio demográfico de la Fundación Funcas, que cruza los números de la Encuesta de Población Activa y el padrón, ha arrojado recientemente un dato aún más revelador para evidenciar el profundo cambio experimentado por la sociedad española en las últimas décadas: casi 4 de cada 10 menores de cinco años residentes en España tienen al menos un progenitor extranjero. La diversidad en la procedencia familiar es ya habitual en las nuevas generaciones.

La llegada de extranjeros a España comenzó a aumentar de manera paulatina tras el inicio de la democracia, después de la entrada del país en la Comunidad Económica Europea en 1986 y especialmente a partir de la década de los 90. Si en 1985 estaban registrados 242.000 ciudadanos extranjeros, la cifra superaba los 600.000 inmigrantes empadronados en 1998. Pero el ritmo del incremento se aceleró en los primeros años del siglo XXI, coincidiendo con el crecimiento económico, el cambio de la peseta al euro y la

demanda de mano de obra extranjera durante la llamada “burbuja inmobiliaria”. El volumen de población inmigrante pasó de representar un 2,6% en los 2000 al conformar un 11% en 2008, alcanzando entonces la cifra de cinco millones de ciudadanos extranjeros.

La mayoría de quienes se asentaron en suelo español en aquellos años procedían de Rumanía, Marruecos y Ecuador. “Hasta la entrada en la comunidad europea, no se consideraba a España un país interesante para la inmigración. Incluso para quienes cruzaban sus fronteras, era solo un país de tránsito para luego ir al resto de Europa”, explica el historiador Antumi Tosajé. Uno de los condicionantes más evidentes para el boom posterior, añade el experto, fue la entrada de España en el euro. “Son lógicas laborales. La UE demandaba trabajadores, y los inmigrantes van allá donde saben que necesitan mano de obra y donde la moneda es fuerte, para que compense con el cambio de divisas”.

El boom de los 2000

Atraída por esa demanda de mano de obra y empujada por la crisis financiera en su país, Pilar Moyolema llegó a Madrid desde Ecuador con sus dos hijos en 2002. Forma parte de aquel “boom migratorio” que ha acabado siendo crucial para explicar la diversidad demográfica actual. Su entonces marido ya se había trasladado a Madrid en los 90 y, como hicieron muchos, la ecuatoriana utilizó la vía que

En España viven 9,38 millones de personas nacidas en el extranjero. La población migrante aporta el 10% de ingresos a la Seguridad Social y representa el 1% del gasto

siguen empleando decenas de miles de latinoamericanos para migrar a España: viajar con un visado de turista y permanecer una época sin papeles hasta conseguir regularizar su situación. Desde su llegada, nunca paró de trabajar: cuidó a jornada completa de los hijos de un militar. "Aunque solo cotizaba por media jornada y eso me perjudicó". Luego, trabajó en los servicios de limpieza de una empresa para después estar empleada en la casa de la misma señora por la que continúa madrugando cada mañana.

"Me dediqué a buscar trabajo. Dando gracias a Dios, a mí me ha ido muy bien", resume la ecuatoriana. "No he sentido humillación, como sí le ha pasado a otras compañeras. Tampoco he sentido que me han apoyado, pero si uno trabaja y sale adelante por sí mismo, no necesitamos que nos ayuden otras personas, porque nos valemos por nosotros mismos. Y eso es lo que les he inculcado también a mis hijos", añade Moyolema.

Desde el boom migratorio de los 2000, no se ha producido un pico tan pronunciado de la población extranjera en España. Durante la crisis económica (2008-2014), cayó el número de ciudadanos inmigrantes y el flujo migratorio se invirtió: mientras regresaron a sus países muchos de quienes habían migrado en esos primeros años del nuevo siglo y apenas llegaban nuevos inmigrantes, los españoles fueron quienes empezaron a marcharse al extranjero en busca de oportunidades laborales.

La tendencia decreciente de extranjeros residentes se mantuvo hasta el 2017. A partir de ese momento, la población inmigrante volvió a crecer año a año, excepto durante el parón producido en la pandemia, pero el ritmo de crecimiento no ha superado los niveles de la primera década de siglo. Y, si antes la mayoría de recién llegados eran ecuatorianos y rumanos, ahora vienen más venezolanos y colombianos, además de la habitual migración procedente de Marruecos. Actualmente, viven en España 9,38 millones de personas nacidas en el extranjero que constituyen el 19.1% de la población total, según datos de principios de 2025. De ellos, más de dos millones de personas tienen la nacionalidad española.

Si le preguntan a Pilar si se siente española, ella sonríe con cierto rubor y niega con la cabeza. Ha vivido en España casi 25 años, tiene la nacionalidad desde hace décadas, aquí ha criado a sus hijos y empieza a ver dar sus primeros pasos a su nieta, pero Ecuador siempre será el hogar al que quiere regresar. Durante años se quedó por sus hijos, pero ya como adultos, no son ellos quienes la afellan a Madrid. Ahora tiene otro "nudo", como ella lo describe, que la ata y

le impide regresar a su país: la señora española a la que cuida desde hace más de una década. No es el dinero, sino el vínculo construido durante los años en que la ha acompañado. No se va a ir, dice, mientras ella la necesite.

Habla de la anciana como si de su madre se tratase. Su compromiso ha dejado de tener una motivación solo económica: la siente como un familiar y no es capaz de volver a Ecuador porque sabe lo importante que su

compañía se ha convertido para la mujer para la que ha trabajado, primero por horas en tareas de limpieza, después como interna para encargarse de su cuidado a tiempo completo y, ahora, ya en una residencia, la acompaña cada mañana, incluidos fines de semana, porque no quiere dejar de verla un solo día. "Me da mucha pena. Hay veces que la hija me insiste en que me tome algún día libre. No, le digo. Veo la necesidad que tiene de que una persona vaya, la visite y le dé un abrazo. Yo no me siento a gusto estando aquí en casa y no ir a verla", se justifica Pilar.

"Ganas no me faltan de irme a mi país. Pienso en volver si se me va la señora, que es la que más me ata, que ni mis hijos me atan como me ata la señora", cuenta la mujer en la casa donde ha vivido durante dos décadas en España, una vivienda de tres habitaciones por donde han pasado varias familias de migrantes. Pilar ha vivido durante años en uno de esos cuartos junto a sus dos hijos, mientras que alquilaba el resto del espacio a otras personas para poder sufragar entre todos el coste. Solo desde hace poco puede permitirse compartir la casa únicamente con su hija Belén, su yerno y su nieta.

Un pilar para el Estado de bienestar

Desde 2018, el aumento de la incorporación de trabajadores extranjeros en el mercado laboral se ha acelerado hasta convertirse en una de las principales piezas que, junto con el turismo y la hostelería, explican la mejoría de la economía española. En la última década, el empleo de los inmigrantes ha crecido más rápido que el de los nacionales hasta superar en 2025 por primera vez en la historia los tres millones de afiliados extranjeros, según los datos de la Seguridad Social. La presencia de su mano de obra destaca en sectores como hostelería (30%), agricultura (24%), construcción (22%) y actividades administrativas (17%).

Según los estudios del Banco de España, la Comisión Europea y la Airef, España necesita 300.000 trabajadores migrantes al año, hasta 2050, para sostener el Estado del bienestar. Los análisis de organismos internacionales como



Pilar Moyolema llegó a Madrid desde Ecuador con sus dos hijos en 2002. Forma parte de aquel "boom migratorio" que ha acabado siendo crucial para explicar la diversidad demográfica de hoy. En la imagen, con su hija y su nieta, en su casa de Madrid. FOTO: JAIRO VARGAS

el Banco Central Europeo, la Organización Internacional del Trabajo y el Fondo Monetario Internacional han señalado el papel clave que la inmigración tiene para el crecimiento económico. Según el Ministerio de Migraciones, la población migrante aporta actualmente el 10% de ingresos a la Seguridad Social y solo representan el 1% del gasto.

Suena la cerradura de la puerta de la vivienda y entra Belén después de pasar un rato en el parque con su hija. La niña, de dos años, irrumpie en el salón con los ojos muy abiertos y uno de sus enérgicos saludos hace reír a su abuela. Si para Pilar regresar a Ecuador es uno de sus mayores anhelos, su hija asiente con seguridad cuando se le pregunta si ella piensa en quedarse. "Mi vida está aquí. He vivido la mayoría de mi vida aquí, mis amigas son de aquí. Y, ahora, ella es de aquí", dice señalando a su pequeña, apoyada entre sus piernas. Su bebé forma parte de ese 39% de menores de cinco años con al menos un progenitor extranjero.

Según el estudio de Funcas, publicado a través de la revista académica Panorama Social, el proceso de inclusión en la sociedad de la llamada segunda generación de inmigrantes en España ha sido "en general positivo y exitoso". El 82% de ellos se identifica como español, según sus conclusiones. No obstante, los investigadores sí advierten de "desigualdades relevantes" que afectan a las condiciones en las que crecen muchos de estos menores, especialmente aquellos cuyos padres proceden de Marruecos y el resto de países africanos. En ellos, alerta el informe, "se concentran con mayor intensidad las desventajas" en relación a la precariedad laboral de los progenitores, lo que puede llegar a tener un impacto en su desarrollo social y académico.

Un estudio del Ministerio de Igualdad en 2021, basado en dos encuestas a 1.300 personas afrodescendientes y africanas, concluyó que pese a que el 71% de los entrevistados tenían nacionalidad española, el 60% no se sentía como tal.

Pese a la transformación demográfica que hubo en España, apenas se hablaba de inmigración; pero el discurso xenófobo actual de VOX puede alterar la convivencia

En el 97, Mohamed migró a España siguiendo los pasos de su hermano. También lo hizo con un visado de turista, llegó a Huelva para visitar a su familiar y se quedó. Trabajó en el sector agrícola sin papeles durante un par de años hasta conseguir regularizarse. Dos años después, su mujer pudo unirse a él a través de la reagrupación familiar y también se dedicó durante un tiempo a la recolección de fruta en los campos andaluces. Ya en los años 2000 llegó su hija, Chaimae Kadourri.

De la inclusión al racismo

La onubense creció, como tantos niños de la denominada "segunda generación", entre la tradición marroquí absorbida en casa y la cultura española de la que se empapaba en el exterior. "Me siento enriquecida de crecer entre dos culturas. Hablar árabe es un privilegio y estoy orgullosa de todo lo que han hecho mis padres por nosotras", dice la joven, trabajadora social en la Asociación Marroquí para la Integración. Kadourri cuenta que, mientras en su infancia no sufrió discriminación, en la adolescencia sí comenzó a sentirla. "Cuando eres niño, los otros niños te tratan como a una más, pero en el instituto empiezan los prejuicios. Tal vez por el desconocimiento de lo que escuchan en casa, empiezas a recibir comentarios como 'Vete a tu país', 'Mora de mierda', etc", lamenta Kadourri. Desconcertada, la adolescente llegó a preguntar a sus padres: "¿Es que es algo malo ser marroquí?". Los ataques que recibía llegaron a empujarla a esconder ese lado magrebí que convive en ella, pero ahora siente orgullo y reivindica las dos culturas que conforman su identidad.

Uno de los factores clave para los demógrafos al estudiar las razones que pueden explicar una mayor tasa de abandono escolar en la población de origen inmigrante es una especie de crisis de la "ambición". La ambición de los menores o adolescentes en relación a sus estudios, si aspiran a llegar a la universidad o si, por el contrario, no entra en sus objetivos. Para Kadourri, esos prejuicios sentidos en el instituto pueden marcar el futuro de muchos menores de segunda generación. "Me he criado en una cultura mixta y te hacen sentir inferior por proceder de un país concreto. Incluso los orientadores tienen prejuicios", asegura.

Pese al rápido cambio demográfico experimentado, las investigaciones sociológicas suelen concluir que la reacción de la población española al aumento de la inmigración "no ha sido problemática" como en otros países europeos, según Héctor Cebolla, del CESIC. "Todos los estudios apuntan

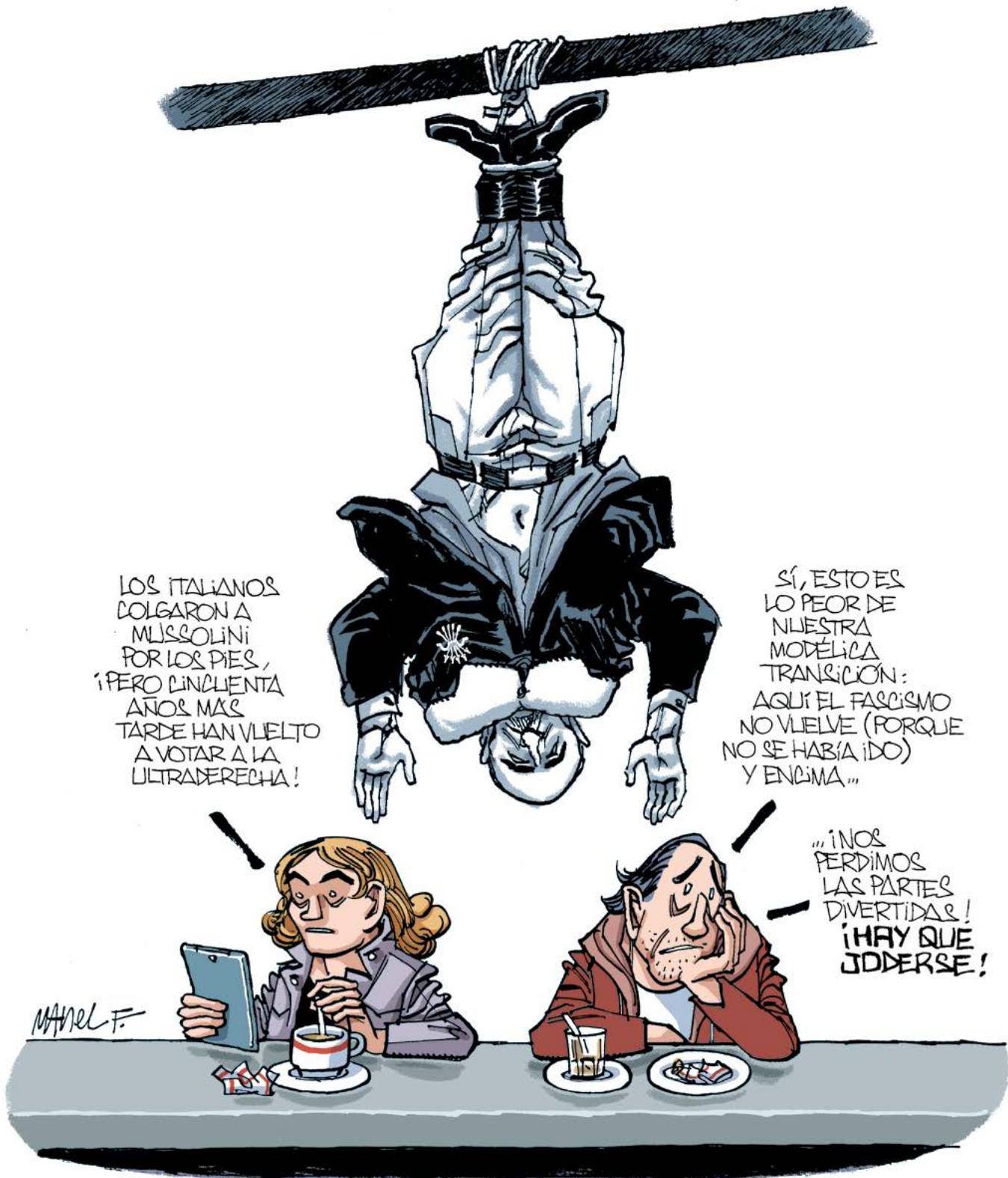
que España es un ejemplo porque absorbió un gran flujo de población extranjera en poco tiempo sin que se produjesen destacables problemas de convivencia", indica el experto, que menciona los altercados de El Ejido y, recientemente, las cacerías de Torre Pacheco como algunos de los "escasos" ejemplos.

"Eso no quiere decir que en España no haya racismo ni invalida que las personas extranjeras se sientan discriminadas en su día a día y haya que avanzar en la deconstrucción de ciertos prejuicios, pero los datos que tenemos evidencian que en España se ha vivido este proceso con más normalidad". Aunque también advierte: "Ahora eso está cambiando".

Había un factor en el panorama político español al que los expertos vinculaban esa "normalidad": "Pese a la transformación demográfica que hubo en España, apenas se hablaba casi de inmigración", indica el investigador del CESIC, que considera que el aumento del debate en la agenda política, azuzado por la extrema derecha y respondido por los partidos progresistas, podría alterar la convivencia que hasta ahora ha caracterizado a la sociedad.

Para el historiador Antumi Toasijé, la discriminación sufrida por la población de origen migrante, especialmente afrodescendiente, ha ido en aumento a partir de 2018. "Hay quién se ha sacudido esa idea de que ser racista es algo terrible, ahora se puede opinar de todo, se puede odiar tranquilamente y no pasa nada", indica el expresidente del Consejo Español contra la Discriminación Racial o Étnica. "Uno de los retos fundamentales para evitarlo es la educación. Es un problema porque se ha vuelto tecnocrática. Desde Bolonia, está solo orientada al mercado laboral y el aspecto humanista ha quedado relegado. Debería ser antirracista, feminista y promotora de los derechos humanos", sostiene este experto antirracista.

El discurso xenófobo azuzado por la extrema derecha, a cuyos postulados se ha aproximado en los últimos años el Partido Popular, sostiene sin datos que la inmigración está amenazando una supuesta "identidad española". Cuando Chaimae Kadourri lo escucha, resopla, y contesta con varias preguntas: "¿Qué es ser española? ¿qué es ser marroquí? Mi nacionalidad es española, pero también me siento marroquí. No he vivido allí, pero sí he crecido en una cultura mixta", resume la veinteañera. "Disfruto con mi vestido de flamenca en la feria y también me puedes ver en la Fiesta del Cordero con un traje típico marroquí. Religiosamente, soy musulmana. Me gusta la tortilla de patata y también el cuscús. Convive todo. No limita, enriquece", resume la trabajadora social.





Signus y Traductores del Viento entregan los premios a la creación desde la sostenibilidad 2025 'Una segunda vida'

En la Galería de Arte Mad is Mad de Madrid, se entregaron los Premios ***Una segunda vida - Ayudas a la Creación desde la Sostenibilidad*** en su IV Edición 2025. Esta convocatoria se encuentra dentro del programa de apoyo a la expresión a través de las artes, la creación y el pensamiento en colaboración de Traductores del Viento.

En esta cuarta edición, a la que se presentaron cerca de veinte proyectos artísticos, se seleccionaron los siguientes proyectos:

El primer premio para Aníbal Sánchez Ruiz por ***Las Venas del Río***, un proyecto de grabado experimental con caucho reciclado que no solo se emplea como soporte experimental, sino también como símbolo de su memoria. Este proyecto parte de un marco narrativo situado en la Amazonía durante los siglos XVIII y XIX en pleno auge de la extracción del caucho. A través de la obra gráfica se evocan los procesos de recolección y las huellas humanas y ambientales que dejó esta práctica.

El segundo premio fue para Eduardo de Elío Ontiveros por ***Espectro***, una obra que habla del

desgaste de la naturaleza frente a la intervención humana en los territorios naturales. El objeto encierra en sí mismo esa contradicción entre lo natural y lo industrial, unido a la recolección de residuos del entorno natural que forman parte también de la obra, como un pequeño intento de reparación.

Todos los proyectos presentados a esta convocatoria artística debían hacer uso de materiales provenientes del reciclado de neumáticos una vez agotada su vida útil como neumático, para darles esa segunda vida a través de la experimentación de los materiales reciclados.

El jurado estuvo compuesto por los artistas: Toña Gomez, Manolo Oyonarte y Juan Ramón Martín, el periodista ambiental Rafael Ruiz, el director y fundador de las Asociación Traductores del Viento, Miguel Angel Invarato y la directora de Comunicación y Marketing de SIGNUS, Isabel Rivadulla.



Una fiesta que también es lucha

Una de las transformaciones sociales más importantes de este medio siglo tiene que ver con los derechos de la comunidad LGTBIQ+. En 1979 se despenalizó la homosexualidad, en 1982 la reasignación sexual dejó de ser delito; en 2005 llegó el matrimonio igualitario; en 2007 se aprobó la Ley de Identidad de Género y en 2023 la Ley para la Igualdad Real y Efectiva de las Personas Trans. En la imagen, miles de personas celebrando el día del Orgullo en Cibeles (Madrid, 2018). FOTO: OLMO CALVO



Derechos que no se heredan

Muchos de quienes hoy desconfían de la democracia lo hacen gracias a los derechos que ella les da: la libertad de expresión, la educación que los formó, la sanidad a la que acceden y el dinero público que les sostiene



Violeta Assiego

Abogada, experta en Derechos de las infancias y de las mujeres

La democracia no solo trajo el derecho al voto, sino también muchos otros derechos que hoy nos parecen lo normal: derechos cuyo valor pasa desapercibido, como si toda la vida hubieran estado ahí. Para la gran mayoría de quienes nacieron en España a partir de los años 80, la educación, la sanidad, la libertad sexual o el simple hecho de salir por la noche sin restricciones –ni horarias ni morales– forman parte de su vida cotidiana, llegándolos a contemplar con la distancia de quien hereda algo sin conocer su precio ni el esfuerzo colectivo que implicó, como si las luchas que los hicieron posibles pertenecieran a una historia que no les concierne.

En la dictadura que algunos idealizan –porque no la vivieron en carne propia o por no haber nacido–, no había libertades políticas ni se podía vivir al margen de la moral católica. Cuando la democracia llegó, con sus luces y sus sombras, cada persona, hombre o mujer, empezó a imaginar un proyecto de vida propio, sin pedir permiso y, sobre todo, sin miedo a un régimen que castigaba cualquier disidencia política, social, religiosa, afectiva o sexual. El espacio público dejó de estar sometido al control policial y el espacio privado a la moral del confesionario. En la España que ahora habitamos, resultarían inconcebibles muchas situaciones que se vivieron en el franquismo. Nos hemos acostumbrado tan deprisa a los derechos que olvidamos que nada garantiza su permanencia.

Los primeros derechos conquistados en democracia fueron los políticos y los civiles. Recuperar la libertad de expresión, de asociación, de reunión y de manifestación supuso devolver a la ciudadanía lo que la dictadura había arrebatado. La legalización de los partidos políticos que hasta ese momento eran tachados de enemigos de España desactivó una lógica de persecución antidemocrática. La calle se convirtió en espacio de convivencia, las manifestaciones por la amnistía se mezclaron con las de los movimientos feministas, LGTBI y vecinales.

El derecho a decidir

La democracia no solo permitió ir a las urnas, sino que reconoció que la voz de cada persona tenía el mismo valor político y moral. El voto dejó de ser un privilegio para convertirse en un derecho que no distingue género, ideología ni clase social, aunque su universalidad plena siga siendo una tarea pendiente. De hecho, no ha sido hasta 2019 cuando las personas con discapacidad intelectual o psicosocial han podido votar por primera vez, al eliminarse una restricción anacrónica sostenida por el paternalismo capacitista. Sin embargo, esa democracia, que nació para devolver la voz a quienes no la tenían, sigue debiendo reconocimientos políticos, entre otras a quienes ya forman parte de nuestra comunidad, a cientos de miles de personas migradas a nuestro país que viven y trabajan en España y que siguen excluidas de ese derecho fundamental.

La democracia no solo recuperó derechos políticos, también ha ido transformando la vida privada. Y fueron las mujeres quienes, al reclamar derechos de igualdad y autonomía, convirtieron esa libertad recién estrenada en una revolución que ha ido cambiando el país desde dentro. Durante los 40 años de dictadura franquista, el Estado y la Iglesia habían decidido por ellas: el cuerpo, la moral, la educación, el trabajo y el deseo. Al avanzar la democracia, dejaron de necesitar el permiso del varón para trabajar o abrir una cuenta, y empezaron a firmar sus propias decisiones. Cada conquista (el divorcio, el aborto, la igualdad laboral...) ha sido una conquista real, pero también simbólica: el derecho a decidir sobre la propia vida y los propios cuerpos, derechos que todavía se niegan a reconocer y respetar los movimientos más reaccionarios que anhelan recuperar el control sobre las mujeres, para gobernar sus vidas. Sin embargo, la igualdad que empezó a escribirse en el Código Civil, ha ido cambiando también la manera en la que el país mira a las mujeres. Sin embargo, aquel impulso de cambio que marcó los primeros tiempos de la democracia no siempre ha mantenido su fuerza y a fecha de hoy, persisten desigualdades estructurales (en el empleo, en los cuidados, en la representación política o en la violencia machista) que

recuerdan que la igualdad legal no basta si no se traduce en igualdad efectiva, un recordatorio que no cae en saco roto gracias al movimiento feminista.

El camino de las mujeres abrió otras puertas. De la mano del feminismo, la democracia comenzó a reconocer otras realidades que habían sido silenciadas, reprimidas, tortuosa y encarceladas. Las personas LGTBIQ+ pasaron de ser perseguidas por la Ley de Peligrosidad Social (heredera de la de Vagos y Maleantes) a tener un lugar en la calle, la cultura y las leyes. En 1977, mientras los presos políticos salían de las cárceles, las personas homosexuales seguían dentro de ellas lo que provocó que centenares de personas marcharan en Barcelona reclamando "amnistía sexual". La historia había empezado a cambiar con aquel primer Orgullo. En 1979 se despenalizó la homosexualidad, en 1982 la reasignación sexual dejó de ser delito y en 2005 España reconoció el matrimonio igualitario, afirmando que el amor y la familia no tienen una sola forma posible. En 2007 se aprobó la Ley de Identidad de Género, que permitió por primera vez el cambio registral de nombre y sexo sin necesidad de autorización judicial, si bien no permitía el cambio sin necesidad de autorización médica. No ha sido hasta el 2023 cuando se aprobó la Ley para la Igualdad Real y Efectiva de las Personas Trans que ha reconocido el derecho a la identidad y a la libre autodeterminación de género, incluyendo a la infancia y la adolescencia.

A lo largo de esas décadas, la protección de las personas LGTBIQ+ se ha ido extendiendo también al ámbito laboral, educativo y penal. Desde la reforma del Código Penal que incorporó los delitos de odio como agravante por motivos de orientación sexual o identidad de género, hasta las leyes autonómicas que prohíben expresamente la discriminación en el trabajo, en la atención sanitaria o en la educación. España ha ido tejiendo un marco de igualdad que, aunque imperfecto, nos sitúa entre las democracias más avanzadas en equiparación de derechos entre las personas que son LGTBIQ+ y la que no lo son.

Sustituir tutela por autonomía

Esa misma lógica de igualar y equiparar los derechos de todas y todos ha guiado también los cambios en la respuesta social, que pasó de la beneficencia, el estigma y el castigo a un sistema de protección y de derechos. Los servicios sociales, la atención a la infancia, a las personas mayores y a las personas con discapacidad sustituyeron la vigilancia por el acompañamiento y la tutela por la autonomía. Supuso reconocer que la vulnerabilidad no es un fallo individual, sino una responsabilidad colectiva ante una vulneración de derechos. Las inclusas, los reformatorios y el Patronato de Protección de la Mujer –instituciones que durante décadas



MarSenses Hotels & Homes

“No quieras tanto a tu equipo, quiérelo mejor”

Cuando hablamos de equipo, no hablamos de cifras ni de recursos humanos abstractos. Hablamos de personas con nombre, historia, sueños y talento. Personas que aportan desde lo profesional, pero también desde lo humano. Que hacen que cada día sea posible gracias a su compromiso, esfuerzo y vocación.

Creemos en una forma de trabajar que pone el foco en las relaciones genuinas, en el respeto mutuo y en el cuidado. Cuidado que pasa también por cuidar a las personas trabajadoras a conseguir una mejor, y real, conciliación familiar, personal y laboral. En este aspecto, fuimos pioneras en reducir la jornada laboral a 38,5 horas, dando pasos hacia una mejora en las condiciones de trabajo.

Sabemos que no es suficiente y nos comprometemos a una nueva mejora; a partir del 15 de junio oficializamos una nueva reducción hasta las 37,5 horas. Los derechos y libertades de nuestro equipo son una prioridad.

En MarSenses no buscamos engranajes, buscamos personas. Personas que se sientan valoradas, escuchadas y libres para ser quienes son. Por ello, gracias al bienestar de nuestros equipos, en 2024

nos convertimos en la primera cadena hotelera balear en conseguir la certificación internacional Great Place to Work, y en 2025 nos posicionamos en cuarta posición en la categoría de 251-500 trabajadores del prestigioso reconocimiento Best Work Places.

Por eso, invertimos tiempo, energía y recursos en crear equipos cohesionados, en fomentar la comunicación abierta y en reconocer el esfuerzo y la dedicación de cada miembro del equipo. Cada esfuerzo cuenta, no solo en la satisfacción de nuestros clientes, que es uno de los pilares básicos en MarSenses, sino en la forma en la que nos cuidamos entre todos.

El valor, el potencial, la calidad humana de todas y cada una de las personas que conforman esta empresa es la clave de nuestro éxito. Y eso, nunca podemos, ni debemos ni queremos perderlo. Es nuestra identidad. Nos basamos en el concepto de amar a través de los actos y que amar también es cuidar con responsabilidad. Por ello, nuestros valores son inamovibles.

Contenido ofrecido por

sirvieron para disciplinar la pobreza, la maternidad fuera del matrimonio o la disidencia moral- fueron desapareciendo a medida que la democracia se hacía cargo de sus sombras.

Sin embargo, ahora que es tiempo de memoria y de reparación, se echa en falta que durante todos estos años apenas se haya prestado atención a quienes pasaron por esos lugares. Las víctimas de aquellas instituciones (niñas, niños, adolescentes, mujeres, personas con discapacidad, todas ellas pobres o marginadas) siguen siendo invisibles, no solo por el silencio de la historia, sino por el de las propias instituciones y administraciones que, en base a los mismos sesgos de entonces, perpetúan hoy una forma de violencia institucional difícilmente justificable en una lógica de derechos humanos.

En los años ochenta y noventa, España construyó un sistema público de salud, educación y servicios sociales que situó a las personas en el centro. Se crearon las becas que permitieron a hijas e hijos de familias obreras llegar a la universidad. En 2006, la Ley de Dependencia reconoció que cuidar y ser cuidado también es un derecho. La ratificación de la Convención sobre los Derechos de las Personas con Discapacidad (2008) y la de la Convención sobre los Derechos del Niño (1990) marcaron un cambio de paradigma: todas las personas, sin distinción de edad o capacidad, debían ser reconocidas como sujetos de derechos. Ese mismo principio de autonomía y dignidad, se extendió también a el tramo final de la vida con la aprobación de la Ley Orgánica de Regulación de la Eutanasia (2021), que ha ampliado el horizonte de la libertad individual al reconocer el derecho a decidir sobre el propio final de vida.

Sin democracia no hay derechos

Sin embargo, la democracia que derribó en las leyes tantas jerarquías mantiene abiertas las heridas del racismo estructural y del legado colonial a través de una ley de Extranjería que funciona como un muro interior y penaliza la irregularidad, precariza la vida y convierte la falta de papeles en una forma contemporánea de esclavitud y sometimiento. Ningún país es libre mientras niegue derechos a quienes ya forman parte de él.

España es hoy un país plural, hecho de muchas procedencias, lenguas, acentos y memorias. Pero también es cierto que la democracia no ha logrado traducir esa diversidad en igualdad de derechos. Sin embargo, en los últimos años, la desigualdad económica, el descrédito institucional y la expansión de discursos de odio están erosionando nuestra confianza en la necesidad de un sistema democrático. La crisis de 2008 y las políticas de austeridad recortaron derechos sociales y la pandemia puso a prueba la fortaleza de los servicios públicos y la fragilidad de las

CINCO DÉCADAS EN 12 DATOS

Divorcios en España

El número de divorcios se mantuvo con un crecimiento bastante estable desde 1998, pero es en el 2006 cuando hay un mayor repunte probablemente debido a la "Ley del Divorcio Exprés" del 2005. Después de ese repunte, se asienta como una práctica habitual, pero en descenso en los últimos años.



FUENTE: ESTADÍSTICA DE NULIDADES, SEPARACIONES Y DIVORCIOS (ENSD)

vidas sostenidas por los cuidados. El auge de la extrema derecha ha devuelto al debate público discursos que creímos superados: el cuestionamiento de la violencia machista, la negación del cambio climático, la criminalización del feminismo o del movimiento LGTBI. Frente a esa ofensiva, conviene recordar que los derechos humanos son el esqueleto invisible de la democracia.

La historia demuestra que el retroceso empieza siempre en los márgenes: cuando se cuestiona el derecho de las mujeres a decidir, el de las personas migrantes a ser protegidas o el de las minorías a existir, lo que se debilita no es solo su libertad, sino la de todos. La gran paradoja es que muchos de quienes hoy desconfían de la democracia lo hacen gracias a los derechos que ella les da: la libertad de expresión, la educación que los formó, la sanidad a la que acceden y el dinero público que les sostiene, no solo a través de ayudas sino pagando los sueldos de las y los funcionarios o a través de la financiación de colaboraciones público-privadas. Celebrar la democracia es señalar no solo los fallos sino también reconocer que el camino recorrido es fruto de luchas colectivas y que los derechos no se heredan, se ejercen.

La excelencia académica te espera

Estudia en la universidad en línea nº1 en español

Escanea y
encuentra
la titulación
que buscas



Un sistema excelente cada vez más en peligro

En 1986 se universalizó la sanidad pública española. Un sistema que destaca por su eficiencia y la amplitud de sus prestaciones, pero que lleva años sufriendo la falta de personal, la precarización de las plantillas y el crecimiento de las listas de espera



Esther Samper

Médica, comunicadora y técnica superior en el Ministerio de Sanidad

Hace tan solo 39 años, el 19 de mayo de 1986, entró en vigor una ley transformadora en nuestro país que se convertiría en el pilar fundamental de nuestra actual sanidad pública: La Ley General de Sanidad. Su objetivo principal era hacer realidad el artículo 43 de la Constitución Española: el reconocimiento del derecho a la protección de la salud, con la responsabilidad de los poderes públicos.

A diferencia de sistemas sanitarios previos, que solo garantizaban la cobertura de ciertos colectivos de la población española (trabajadores cotizantes, familiares y estudiantes), la citada ley marcaba una hoja de ruta ambiciosa para alcanzar la sanidad pública universal, “reconociendo el derecho a obtener las prestaciones del sistema sanitario a todos los ciudadanos y a los extranjeros residentes en España”. Además, dicha ley apostó con fuerza por la Atención Primaria, que se convirtió en la puerta de entrada al Sistema Nacional de Salud (SNS) con la idea de garantizar la globalidad y continuidad de la atención a lo largo de toda la vida mediante una amplia red de centros de salud y médico/as de familia distribuidos por España.



En pie de lucha

Movilización en Madrid del sector sanitario reclamando mejor financiación, sobre todo en Atención Primaria, una mayor estabilidad laboral, reducción de las guardias y el reconocimiento de ciertas profesiones.

Alrededor del 50 % del personal del sistema sanitario público es temporal.

FOTO: OLMO CALVO



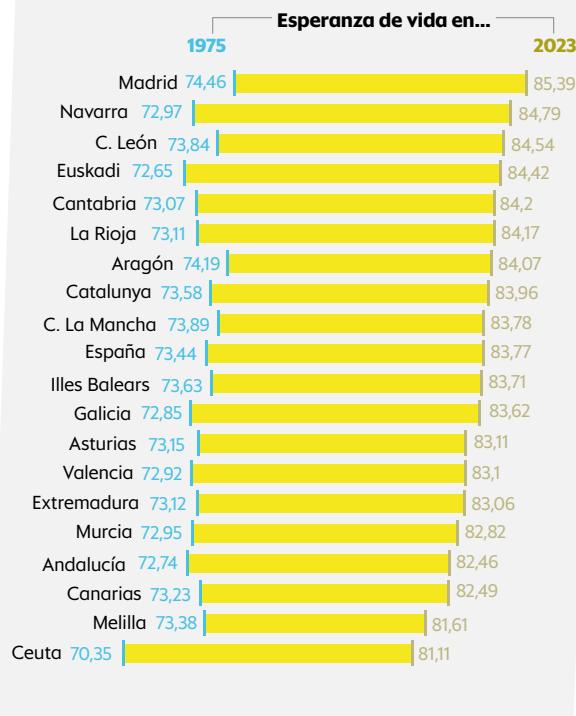
En la actualidad, a pesar de la evolución de los últimos años, nuestro sistema sanitario sigue estando entre los mejores del mundo y destaca por su carácter universal, su calidad y eficiencia. Visto de otra manera, nuestra sanidad pública es tanto una complejísima red de seguridad, como una herramienta de redistribución de riqueza que ofrece una atención sanitaria de alta calidad a las personas, independientemente de su situación socioeconómica. Así, cada día, miles y miles de ciudadanos acuden a los centros de salud y a los hospitales con la plena tranquilidad de saber que podrán asumir sin problemas el coste de sus diagnósticos y tratamientos. Desafortunadamente, lo anterior es todo un privilegio en numerosos países y multitud de personas no consiguen la atención sanitaria que necesitan porque no pueden costearla o terminan arruinados cuando acceden a esta. Es lo que ocurre de forma cotidiana en, por ejemplo, Estados Unidos: allí las deudas médicas son la primera causa de bancarrota y una de las principales causas de pobreza.



CINCO DÉCADAS EN 12 DATOS

Esperanza de vida al nacer en España

En 48 años la esperanza de vida al nacer en España ha aumentado 10 años, salvo el descenso durante la Covid-19, la edad media que se alcanza al nacer ha aumentado de forma constante en todas las comunidades.



FUENTE: INDICADORES CLAVE DEL SISTEMA NACIONAL DE SALUD

Uno de los rasgos destacados de nuestra sanidad pública es su eficiencia. A pesar de que nuestro nivel de inversión en ella se encuentra en la media o por debajo de los países de nuestro entorno, se ofrece una atención sanitaria de calidad y con cada vez más prestaciones. Por ejemplo, en 2023 tan solo se dedicó el 6,5 % del producto interior bruto (PIB) a la sanidad pública: 97.661 millones de euros en total, lo que supone 2.021 de euros por habitante. Si consideramos lo que destinaron en el mismo año países como Alemania (10 % del PIB, 474.100 millones de euros, 5.699 € por habitante) o Francia (9,7 % del PIB, 265.700 millones de euros, 4.015 € por habitante), podemos llegar a la conclusión de que se hacen maravillas con cada euro invertido en la sanidad pública en nuestro país.

¿Y cuáles son las nuevas prestaciones que ha ido incorporando la sanidad pública desde hace décadas? Aunque la lista es demasiado extensa como para detallarla en estas páginas, son ejemplos importantes y recientes la ampliación de la cartera común de servicios de salud bucodental a niños, mayores de 65 años y otros colectivos; la incorporación de nuevos medicamentos revolucionarios como los antivirales que curan en más del 95 % de los casos la hepatitis C; la vacuna contra el virus respiratorio sincitial que disminuyó los ingresos hospitalarios por este virus en un 75 % en bebés menores de 1 año; o la terapia de células CAR-T, que ha logrado curar a pacientes con leucemias y linfomas que eran incurables con los tratamientos convencionales. También se han ampliado las pruebas del talón que se ofrecen en el cribado a bebés (se espera llegar a detectar más de 20 enfermedades diferentes entre 2025 y 2026) y se está implantando poco a poco el cribado de cáncer de cuello de útero por el territorio nacional.

Calendario vacunal y trasplantes

Además de estas nuevas prestaciones, España lleva décadas siendo líder en el mundo en trasplantes, especialmente en donaciones tras parada cardiorrespiratoria. Otros ámbitos, menos conocidos, en los que nuestra sanidad pública es también referente a nivel internacional son, por un lado, nuestro sistema de vacunación: con sólidos programas de inmunización y calendario vacunal, una alta cobertura poblacional y la eliminación/control exhaustivo de múltiples enfermedades infecciosas como el sarampión, el tétanos o la tos ferina. La reproducción asistida también destaca en nuestro sistema, con altas tasas de éxito en fecundación in vitro y en otras técnicas. Y tampoco hay que olvidar el sistema de formación de especialistas sanitarios a través de residencias como el MIR (médico interno residente), que generan profesionales muy capaces y codiciados en otros países como Alemania, Suiza o países nórdicos.



¿Y los problemas?

Si bien la sanidad pública destaca por su eficiencia, esta virtud tiene su lado oscuro: gran parte de esta eficiencia se debe a las malas condiciones laborales y a la sobrecarga de los profesionales sanitarios. El sistema sanitario público es el sector que cuenta con un mayor porcentaje de personal temporal: en torno al 50 % de su personal lo es. Detrás de este frío porcentaje hay infinidad de personas, dedicadas a la atención a nuestra salud, que encadenan contratos de horas, días, semanas o, con suerte, de meses con la incertidumbre de no saber cuándo llegará el siguiente contrato, ni de dónde. Personas como Sandra, Jorge o Alba, que han aparecido en los medios denunciando su situación, han llegado a encadenar entre 300 y 400 contratos de trabajo tras ejercer entre 5 y 14 años. Además, los salarios de los profesionales sanitarios también son especialmente bajos comparado con los países de nuestro entorno. Este hecho se plasma especialmente en las guardias médicas: 24 horas de trabajo continuo a aproximadamente 28,5 € la hora, de media, sin cotizar a la seguridad social.

A su vez, a la elevada temporalidad y bajos salarios se suman unas plantillas de personal raquínicas, infradimensionadas para hacer frente a la demanda asistencial en gran parte del territorio nacional. Este fenómeno se agudiza en los momentos del año en el que los profesionales sanitarios se van de vacaciones y las plantillas quedan bajo mínimos, sin apenas cubrir los huecos. La consecuencia es clara: el peor momento para enfermar en España y tener que recurrir al sistema sanitario es en agosto o en navidades. Los servicios de urgencia se desbordan, los tiempos de espera se alargan, los sanitarios se sobrecargan aún más y, con ello, aumentan las probabilidades de errores en la atención sanitaria. Ante este panorama, cientos de profesionales deciden emigrar cada año a otros países con mejores condiciones laborales o buscan otras salidas fuera del ejercicio de la asistencia clínica en la sanidad pública.

Más allá de agosto y Navidad, en los que se vuelve más evidente que nunca las limitaciones de personal, la sanidad pública lleva mucho tiempo arrastrando un mal crónico: las listas de espera. Desde hace décadas, el tiempo medio de demora para someterse a una operación o acudir al especialista en el SNS ha aumentado progresivamente, así como también el número de personas que se encuentran en listas de espera, con cifras récords en años recientes.

Por ejemplo, en el segundo semestre de 2006 el tiempo medio para una cirugía era de 70 días y para una consulta externa con un especialista médico era de 54 días, con más de 362.700 personas en la lista de espera quirúrgica. En cambio, los datos del segundo semestre de 2024 muestran un panorama mucho más sombrío: los pacientes tenían que

esperar, de media, 126 días para una cirugía y 105 días para una primera consulta con un especialista y había más de 846.500 personas en las listas de espera quirúrgica.

Los ciudadanos son plenamente conscientes de la situación de las listas de espera y ello influye en la valoración que dan a la sanidad pública. En octubre de 2025 el Centro de Investigaciones Sociológicas (CIS) mostró que la sanidad se considera el décimo problema de España y el tercer problema que más afecta personalmente a los ciudadanos. Además, en el último Barómetro Sanitario del CIS la puntuación media de satisfacción general por la sanidad pública era de un 6,02, aunque más del 80% de las personas que habían utilizado la sanidad pública valoraban positivamente la atención recibida.

Las largas listas de espera llevan a numerosas personas a contratar seguros médicos privados para acceder a diversos tratamientos más rápidamente. En la actualidad, el 29,4 % de la población española cuenta ya con uno. Como referencia, en 2006 el 21 % de la población tenía póliza médica privada. A pesar de ello, el 61,4 % de aquellos que cuentan con aseguramiento privado opina que la sanidad pública puede ofrecerle un mejor tratamiento en caso de sufrir un problema de salud grave.

Aunque el presente de nuestra sanidad pública se muestra preocupante, el futuro se presenta aún más: el progresivo y masivo envejecimiento de la población que implicará un gran aumento en la demanda de la asistencia sanitaria y de los cuidados. Si se desea evitar un grave deterioro de la sanidad pública, numerosos expertos consideran necesario incrementar el porcentaje del PIB que se le dedica, reforzar especialmente la Atención Primaria (despachada en las inversiones durante mucho tiempo) y así dar un primer paso para hacer frente a este fenómeno. Si las plantillas de los profesionales sanitarios no se amplían con nuevas contrataciones (que ofrezcan buenas condiciones laborales) para dar respuesta a las necesidades reales de la población, todos, tanto sanitarios como pacientes, resultarán perjudicados.

Sin embargo, pocos técnicos de gestión creen que aumentar la financiación pública, por si solo, será suficiente para garantizar la calidad y la cobertura universal de la sanidad pública. Creen que o se aplican reformas de calado para que se adapte a una realidad muy diferente de la que existía cuando nació el sistema nacional de salud, o su deterioro continuará inexorablemente, como ya se está viendo en la sanidad pública británica, que está en un estado crítico. La calidad de nuestra atención sanitaria futura está en juego y cómo y cuándo se reaccione resultará clave para que la sanidad pública, nuestra joya de la corona, no se convierta en una baratija a la que solo recurran aquellos que no tengan más remedio que hacerlo.



De la escuela para todos al mercado educativo

Los 80 y los 90 trajeron la gran expansión, la universalización y la equidad del sistema, aunque también la concertada; en los 2000 el PP introdujo la competitividad, la privatización y la excelencia, que preparaban el terreno para la lógica del mercado de hoy



Daniel Sánchez Caballero

Redactor de elDiario.es especializado en Educación

Es una realidad que ha habido grandes avances en la educación pública. Pero es igual de incuestionable el deterioro actual". Aurora Ruiz ha estado analizando el mundo educativo durante décadas desde el Colectivo Lorenzo Luzuriaga, lo que le ha permitido ver a la escuela pública crecer, abrazar la universalidad y la equidad, sufrir los recortes y, en los últimos tiempos, convertirse en un mercado, especialmente la universidad, cuenta. Todo en 50 años.



La marea verde

Miles de personas se manifiestan en Madrid por la derogación de la LOMCE y en contra de los recortes en educación en 2017. Los recortes, junto a las reformas del PP en la segunda legislatura de Aznar, marcaron un punto de inflexión y empujaron hacia un giro neoliberal que menoscipa y maltrata a la educación pública frente a la concertada y privada.

FOTO: OLMO CALVO

Hoy, en plena oleada privatizadora, España vuelve a debatir, si es que alguna vez dejó de hacerlo, sobre el papel de la escuela, dice Elena Martín, catedrática de Psicología Evolutiva de la Educación en la Universidad Autónoma de Madrid. "No se ha conseguido un acuerdo sobre la función social de la escuela. Si la educación tiene la función de compensar desigualdades o si la meta es el esfuerzo y la excelencia. Aunque yo no creo que esto sea contrario a la equidad, se pre-

senta así". Para esta experta esa "tensión" es "un reflejo de lo que está pasando en la sociedad. El individualismo, la desrechización, lleva a la gente a considerar la educación como un elemento para su beneficio privado y a discutir la función social de la escuela como un medio de compensación de desigualdades", la función que (teóricamente) se le asignó cuando se democratizó. Y esa dicotomía se ha ido trasladando a las sucesivas leyes y a las aulas.

De la escuela para todos al mercado educativo

La educación postfranquista empezó con Franco, coinciden los expertos. Cojo aún, inicial, pero el libro blanco de la Educación publicado en 1969 –tan crítico con el sistema que “sorprende que se pudiera editar y difundir”, en palabras de Álvaro Marchesi, alto cargo varios años en el Ministerio de Educación– modeló la Ley General de Educación (LGE), primer gran punto de inflexión del sistema educativo español.

Hasta entonces la escuela era segregadora –chicos por un lado, chicas por otro–, controlada por la Iglesia y para unos pocos. El propio libro blanco explica que de cada 100 alumnos que iniciaron la Primaria en 1951, 27 llegaron a la Enseñanza Media, 18 aprobaron la reválida de Bachillerato Elemental, diez el Bachillerato Superior, cinco el Preuniversitario y tres culminaron estudios universitarios en 1967. Ese año había medio millón de niños sin escolarizar.

La LGE rompió con aquello, o al menos sentó las bases para hacerlo. Estableció la obligatoriedad hasta los 14 y reconoció la etapa preescolar (Infantil hoy). Tras la muerte de Franco, los Pactos de La Moncloa impulsaron la educación como un bien común, universal, público y gratuito, como quedaría plasmado en el artículo 27 de la Constitución, incluidas las alusiones a la “libertad” y la “igualdad” que modelan las dos visiones de la escuela que chocan hoy, adelanta Ruiz.

Comenzó entonces la ingente tarea de llevar esos principios a la práctica. El cambio que se iba a llevar a cabo fue una de las mayores transformaciones sociales de la incipiente democracia, coinciden las personas consultadas, y comenzó la construcción masiva de institutos y centros de FP.

“Se ideó una escuela inclusiva, en la que están niños y niñas que no estaban y ahora sí –recuerda Martín–. Se hablaba de inclusión y a un concepto más amplio de inclusión, de la diversidad general del alumnado, de la importancia de incluir como parte de esta diversidad al alumnado con dificultades socioeconómicas. Era una tendencia a hacer un sistema más comprensivo, que el alumnado estuviese junto, que no se separasen en itinerarios”. Una escuela para todos.

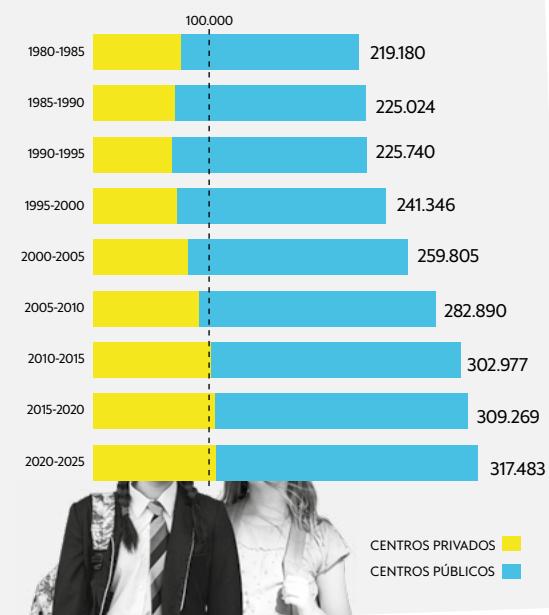
Pero en 1985 hubo un hito que marcaría dónde estamos hoy: para apuntalar esta expansión a bajo coste, el Gobierno de Felipe González aprobó la Ley Orgánica reguladora del Derecho a la Educación (LODE), que estableció el sistema de conciertos para la financiación pública de centros privados. Se abría una puerta de par en par a la escuela concertada.

La gran expansión

Los siguientes años el sistema educativo estuvo recogiendo los frutos de esas grandes reformas. Se continúa ampliando la educación para todos. La LOGSE, de 1990, universalizó la educación obligatoria hasta los 16 años, y la década de los noventa consolidó una amplia red pública.

Oferta de plazas en centros de enseñanza obligatoria (promedio por lustros)

Desde la Transición, las plazas que ofrecen los centros para la enseñanza obligatoria (infantil, primaria y secundaria) han crecido de forma constante a lo largo de los años. El aumento de plazas se da tanto en la privada como en la pública, pero la mayor proporción es cubierta por los servicios públicos.



FUENTE: MINISTERIO DE EDUCACIÓN, FORMACIÓN PROFESIONAL Y DEPORTES Y ANUARIO DEL INE

En paralelo, las universidades públicas vivieron un crecimiento sin precedentes: bajo la misma concepción de un sistema para todos que regía las etapas obligatorias, se llevó la educación superior a casi cada rincón del país abriendo nuevos campus en ciudades medianas (Palma, Cádiz, varias localidades castellanomanchegas, Jaén, Logroño, Almería, Huelva, etc.), y se democratizó el acceso. En 1975 había apenas medio millón de universitarios; en el año 2000, eran ya más de un millón y medio, la inmensa mayoría en instituciones públicas. Para cientos de miles de familias era la primera vez que alguno de sus miembros pisaba un campus.

Con matices, con desigualdad y mucho abandono, pero en apenas 25 años se había alfabetizado a todo un país. La evolución del gasto educativo muestra el esfuerzo: en 1976 el gasto en el sector fue de 912 millones, equivalentes al 1,9% del PIB. En el 87 se había multiplicado por nueve para alcanzar los 8.237 millones (el 3,13% del PIB) y en el 2000 alcanzaba los 27.407 millones de euros (un 4,35% del PIB).

En el cambio de siglo, el sistema público mostraba una madurez “inédita” en la historia de España: cobertura casi universal, profesorado cualificado y una estructura institucional sólida, aunque ya asomaban ciertos elementos (escuela concertada, las primeras universidades privadas) que anticipaban lo que vendría.

Y entonces llegó José María Aznar.

El giro neoliberal

En su segunda legislatura, ya con la mayoría absoluta en la mano, el expresidente empezó a sentar las bases de lo que vendría. Su Gobierno aprobó la Ley Orgánica de Calidad de la Educación (LOCE, 2002), que aunque nunca llegó a aplicarse plenamente ya adelantaba una concepción más competitiva del sistema educativo: rankings, autonomía de centros, y un discurso de “excelencia” que preparaba el terreno para la lógica del mercado.

También se consolidó e impulsó el sistema de conciertos educativos. Como hizo en 1985 Felipe González, muchas comunidades autónomas, ya titulares de las competencias educativas, eligieron esta vía, más barata que construir centros, para hacer frente al crecimiento demográfico e inmigratorio de la década de 2000. La red pública crecía de forma contenida; la concertada se expandía.

La ola ya era imparable y la última estocada la dio la crisis de 2008 y los recortes que vinieron detrás, que dieron paso a la llamada “década perdida” en educación. Al presupuesto educativo se le quitó un 13%, según datos del ministerio, y las familias tuvieron que empezar a poner el dinero que el Gobierno no invertía. “Está más que demostrado por la sociología de la Educación que existe una correlación inversa en cuanto que lo que no gasta el Estado lo hacen las familias”, explica Fernando Trujillo, profesor en la Universidad de Granada. El gasto particular en educación pasó de 7.318 millones de euros en 2004 a 11.417 millones en 2019.

La función social de la escuela

Los recortes, junto a las reformas del PP, marcaron un punto de inflexión y empujaron una nueva visión de la escuela, coinciden Ruiz y Martín. Empieza a coger fuerza la idea de “que mi hijo esté bien educado”, explica la catedrática, “que choca con la tendencia de inclusividad anterior”. “Es una idea que en el fondo remite a ¿qué función social se le da a la escuela? Y esta tendencia dice que ninguna a nivel social, que se le da para cada persona”.

Cuando se une este pensamiento con el hecho de que la diversidad social –el alumnado con necesidades de apoyo, extranjeros con problemas de idioma, niños con discapacidad que entorpecen el buen discurrir de las clases– está mayoritariamente en la pública, el resultado es casi inevitable: “En los últimos años se ha disparado la visión de que la escuela concertada es buena y la pública mala”, remata Martín.

Es la disputa entre “libertad de enseñanza” (libertad de que mi hijo no se mezcle con migrantes o alumnado desfavorecido en general, y eso pasa en la privada, sea subvencionada o no) y la “igualdad” (la escuela debe reflejar la composición social), ambos términos presentes en la Constitución

pero que se interpretan de manera casi contraria, explica Ruiz. Esta dicotomía marca el debate público y la evolución de las leyes: la derecha, capitaneada por el Partido Popular, siempre ha apostado por la primera; la izquierda, PSOE mediante, por la segunda.

“Cuando ir a la pública se convierte en un acto militante, es que la hemos perdido”, se lamenta la catedrática Martín. A ella, cuenta, las familias de su localidad (Tres Cantos, en Madrid) le solían preguntar si era mejor la escuela pública o la concertada. “Hoy lo que me preguntan es si es mejor una concertada u otra”.

¿Campus o mercado?

Pero hablar de privatización hoy es hablar sobre todo de universidad. De nuevo, los números cuentan la historia: en 1975 había 23 universidades en España, de las que solo cuatro eran privadas. Tras la mencionada expansión pública, el balance en 1996 era 47-15; hoy es 50-46 y el sorpasso es ya solo cuestión de tiempo. El alumnado que acude cada día a un campus privado se ha duplicado en apenas diez años, y con él los ingresos.

Esta deriva preocupa en la universidad. “La irrupción del sector privado en el sistema plantea dudas tanto de calidad como de igualdad de oportunidades, dados los elevados precios de sus estudios”, afirma María Fernández Mellizo-Soto, profesora en el departamento de Sociología Aplicada de la Universidad Complutense de Madrid. “Es un disparate”, dicen, menos diplomáticos, algunos rectores de centros públicos, como Manuel Torralba, de la Universidad de Córdoba.

El plan Bolonia, la armonización del espacio europeo de educación superior, puso a principios de los 2000 las bases que facilitaron la expansión privada estableciendo el sistema de grado-máster. Pero el Gobierno de José Luis Rodríguez Zapatero también dejó “una gatera abierta”, según lo define una profesora universitaria, al permitir que el precio de los posgrados –cada vez más importantes para distinguirse en un mercado ultracompetitivo, obligatorios incluso para ciertas profesiones– sea sensiblemente más alto que el de los estudios básicos, una cuestión que no imponía Bolonia.

En cualquier caso, la situación no es homogénea en todo el Estado, y cuando se piensa en universidad privada se piensa sobre todo en Madrid, donde se ha aplicado el guion neoliberal hasta la última coma. La región, gobernada por el Partido Popular desde 1995, aprovechó la crisis de 2008 para pegarle un estocazo a los presupuestos de sus centros públicos del que aún no se han recuperado. Madrid no es la única región que realiza estas políticas, pero sí el epítome de las mismas. ¿El resultado? En los últimos cinco años los créditos para pagar estudios han subido un 60%. “El mercado está invadiendo la educación”, se lamenta Ruiz.



Un puente a la modernidad

El puente de la Constitución de 1812 cruza la bahía de Cádiz y es el de mayor longitud de España (540 m). El proyecto fue redactado por el ingeniero Javier Manterola, se empezó a construir en 2008 y fue inaugurado el 24 de septiembre de 2015.

FOTO: TIM DE WAELE / GETTY IMAGES



Tal como éramos, tal como somos

Antes de la democracia, las carreteras nacionales pasaban por los pueblos y eran de doble sentido e inseguras. El ingreso en la CEE permitió la recepción de fondos estructurales que se invirtieron en mejorar redes de transporte, pero también en puertos, equipamientos ciudadanos, museos, centros deportivos y culturales. Más que un lavado de cara, por fin la ansiada modernización



Enrique Domínguez Uceta

Arquitecto, colaborador de elDiario.es

a España que conocemos es fruto de las reformas que se pusieron en marcha tras finalizar la Transición. Parte de la tolerancia hacia la dictadura de Franco que se extiende entre algunos jóvenes solo es posible por la incapacidad para imaginar los niveles de miseria económica y social en que transcurría la vida de los españoles cuando falleció el dictador. Viendo la calidad de los servicios públicos y de las infraestructuras que nos han llevado a ser actualmente la economía de mayor crecimiento en Europa resulta difícil comprender el cambio drástico producido en nuestro país en las tres décadas largas que siguieron al fallido golpe de estado de 1981.

La democracia temprana no tenía como único objetivo alcanzar la libertad y los derechos, estuvo marcada por la imperiosa necesidad de salir de un espacio vital de asfixiante mediocridad y la necesidad de emprender un camino que acortase la distancia de España con los estados europeos que llevaban treinta años de adelanto. Anteriormente, los negocios privados habían acaparado las ayudas al desarrollo, quedando postergadas las grandes infraestructuras necesarias para la modernización. Con la llegada de los gobiernos progresistas, la manera de invertir el dinero público tomó el camino de la mejora colectiva, y el país renovó su cara ante sí mismo y ante el mundo.

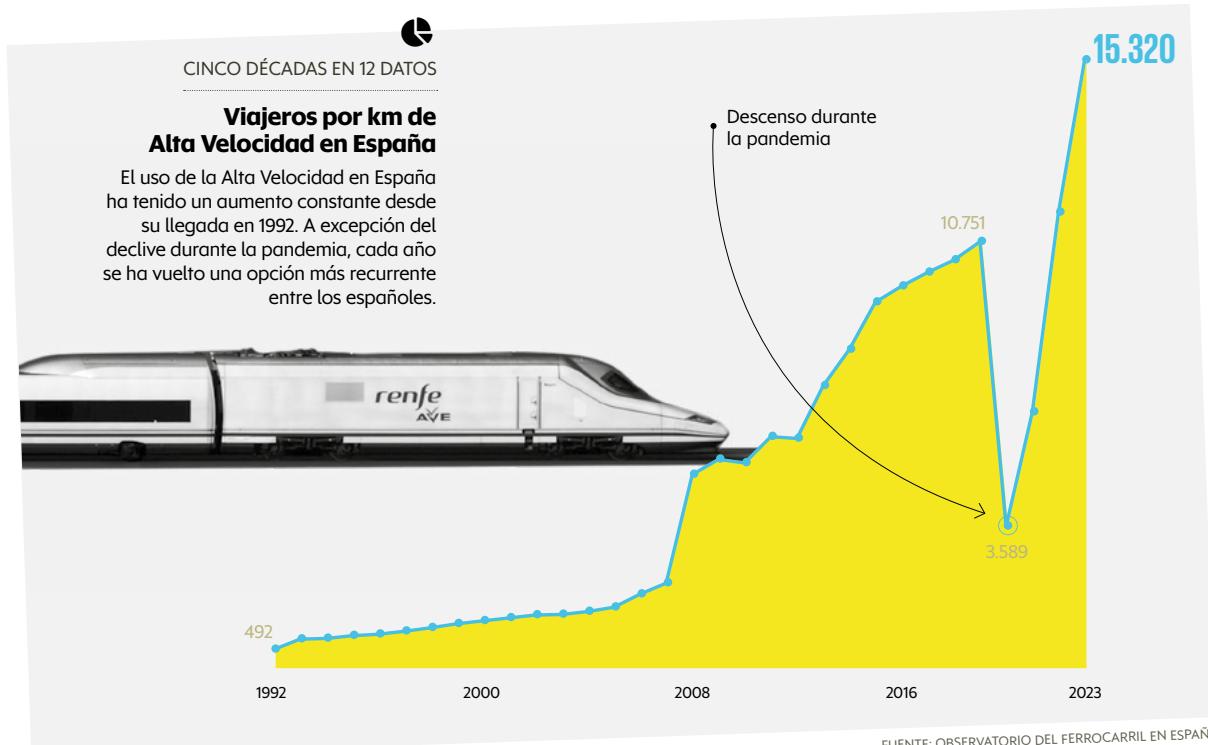
La transformación fue palpable, y, aunque se hizo dentro de los parámetros de un capitalismo liberal bajo la hegemonía de las instituciones bancarias consolidadas, la influencia en la vida de los españoles fue trascendente. La España del último cambio de siglo, dos décadas después del final de la Transición, se convirtió en otro país.

Carreteras, trenes, aeropuertos

Hoy casi nadie recuerda los viajes por carreteras nacionales anteriores a la Transición, atestadas e inseguras, de doble sentido, sin arcenes ni líneas bien pintadas, conduciendo tras camiones humeantes difíciles de adelantar. Las calzadas pasaban por el centro de los pueblos y los desplaza-

mientos a Galicia o a Huelva resultaban interminables. En Almería, faltaban puentes para cruzar en coche las ramblas, el asfalto bajaba al fondo del cauce, y se pasaba solo si el agua lo permitía. Fue el Plan General de Carreteras de 1984 el que generalizó la implantación de un sistema de autovías con el propósito de vincular territorios, facilitar la logística y aminorar las diferencias regionales. Y así surgieron la A-2 que une Madrid con Barcelona, la A-6 con Galicia y la A-4 con Andalucía, que no completó la segunda calzada del peligrosísimo paso de Despeñaperros hasta 1984. En 1993 estaban terminadas todas las autovías radiales. El cambio de gobierno de 1996, con la llegada del PP, implicó una apuesta por las autopistas de peaje, cuyo fracaso condujo al rescate por parte del Estado. De 1980 a 2007 la red de autovías y autopistas pasó de unos cientos de kilómetros a superar los 9.000, situando a España entre los países europeos con mayor densidad de vías de alta capacidad.

Acostumbrados en la etapa preconstitucional a una red ferroviaria envejecida, donde solo el Talgo ofrecía una imagen de modernidad, con algunos trayectos tan largos que el coche-cama era la opción más cómoda, la llegada de las líneas de Alta Velocidad supuso una revolución copernicana. Todo empezó con el AVE Madrid-Sevilla en 1992, en 2008 llegó a Barcelona, en 2009 a Galicia, en 2010 a Valencia, hasta alcanzar los actuales 3.967 kilómetros de la mayor red de Europa.



Antes de las ayudas a la rehabilitación, Madrid estaba cubierto por una capa gris, Bilbao era del color de la herrumbre y el centro de Valencia sufría un abandono de décadas

Hemos olvidado también los modestos aeropuertos que se utilizaban en los años ochenta. Ahora se viaja desde grandes edificios terminales que son joyas arquitectónicas firmadas por profesionales de reputación internacional. Contamos con piezas valiosas en el aeropuerto de Sevilla, de Rafael Moneo (1991); en el de Bilbao (1999), de Santiago Calatrava; en la Terminal 4 de Barajas (2005) ideada por Richard Rogers; o la del Prat de Barcelona (2009), de Ricardo Bofill. Sin duda, la industria turística española debe su éxito en gran medida a la calidad alcanzada por las infraestructuras de transporte.

Los puentes

La inversión de dinero público en infraestructuras antes de 2009 fue la mayor de los principales estados europeos, sumando la aportación estatal, autonómica, local y los presupuestos de Aeropuerto Españos, ADIF y AENA, entre otros. El trabajo se encargó de nuevo a buenos profesionales y estudios de prestigio, que han generado una constelación sin precedente de hitos arquitectónicos y de ingeniería que usamos todos. Moneo diseñó la terminal del AVE en Atocha que conducía a la estación sevillana de Santa Justa proyectada por Cruz y Ortiz. Las nuevas autovías, carreteras y desarrollos urbanos propiciaron obras emblemáticas como el puente Fernández Casado (1983) por el que la autovía León-Asturias cruza el embalse de Barrios de Luna. A otro gran ingeniero, José Antonio Fernández Ordóñez, se le debe otro hito, el del puente del Centenario (1992) en Sevilla.

Nuestro país ha vivido una Edad de Oro de la ingeniería a la que pertenecen otros puentes singulares, el de Rande sobre la ría de Vigo (1981); el sevillano del Alamillo (1992), de Calatrava; el curvo viaducto de Montabliz (2008) en Cantabria; o el de la Constitución de 1812 (2015), el más largo de España, en la Bahía de Cádiz. Para cruzar los ríos principales las nuevas carreteras también precisaban puentes, y así surgieron saltando el Ebro el del Tercer Milenio (2008) y el original Pabellón Puente de Zaha Hadid (2008) en Zaragoza, y en Logroño el Cuarto Puente (2003). Por encima del Guadiana cruzan ahora las pasarelas del Lusitania en Mérida (1991), el Real (1994) en Badajoz, y el Internacional (1991) en Huelva.

La potente inversión monetaria en semejante cúmulo de obras solo fue posible gracias a varios factores determinantes. Por una parte, la reforma fiscal de 1977, consolidada en 1978 con la introducción del IRPF y del IVA para establecer un sistema fiscal más progresista, que permitió el acceso al

estado de bienestar y al crecimiento del país. Por otra, se recibirían fondos estructurales gracias a la integración en Europa, que se iría tejiendo con el juego de adhesiones políticas y militares. En julio de 1977, se solicita el ingreso en la CEE, y en 1981, el Congreso pide la adhesión

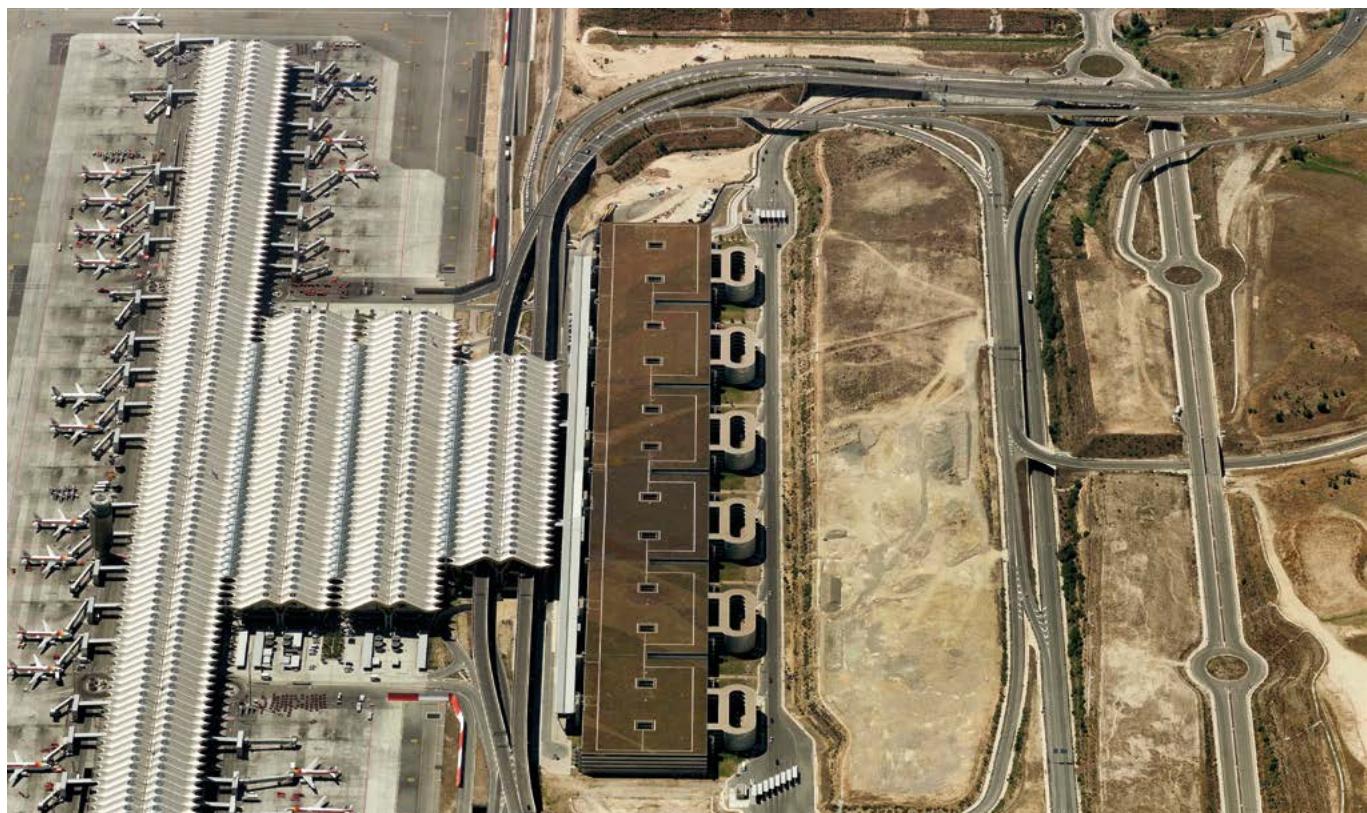
a la OTAN que se admite en 1982 y se ratifica por referéndum en 1986, el mismo año en que entramos en la CEE.

El ingreso en la Comunidad Económica Europea permitió la recepción de fondos estructurales que se invirtieron sobre todo en mejorar redes de transporte, comunicaciones e industria, pero también en equipamientos ciudadanos, museos, centros deportivos y culturales. El acceso a los mercados europeos dinamizó la economía y elevó los estándares de calidad exigibles en todo lo que afecta a la vida cotidiana, desde la alimentación a la vivienda y las medidas de seguridad. Cuando, en 1983, la totalidad del territorio español quedó organizado en 17 Comunidades Autónomas, se consolidó un nuevo reparto del poder político y económico, que facilitó un desarrollo más armónico de los diferentes territorios.

La Expo y los JJ. OO.

El Partido Socialista de Felipe González logra la mayoría en las elecciones de 1982, y repite con éxito en 1985 y en 1989, gobernando hasta 1996. Fue el principal responsable de la profunda labor de modernización que el país mostró al mundo a través de la Exposición Universal de Sevilla y de los Juegos Olímpicos de Barcelona, celebrados en 1992. En el 2002 se sustituye la peseta por el euro, y se alcanza una inserción total en el espacio económico europeo. Entre 1980 y 2007, España vivió una auténtica revolución infraestructural, que contribuyó a la cohesión territorial, a un incremento notable de la riqueza colectiva y a la proyección en el ámbito internacional.

Las reformas tuvieron momentos difíciles, que dan la medida del gigantesco esfuerzo realizado. Los primeros años de la democracia vieron un fuerte declive de la industria pesada, que exigía, por obsoleta, un alto consumo de energía. Fue necesaria una profunda reconversión y reindustrialización que afectaron principalmente a la siderurgia integral y a la del aluminio, a la construcción naval y a la minería del carbón, creando graves problemas sociales a partir de 1984, que culminaron en la huelga general de 1988. La economía evolucionó hacia el sector de servicios, de la misma manera que ha sucedido en muchos países desarrollados. El museo Guggenheim de Bilbao creció sobre las ruinas de la reconversión industrial, y se convirtió en el ícono del proceso.



La Terminal 4 del aeropuerto Adolfo Suárez-Madrid Barajas, vista desde el aire, fue inaugurada el 4 de febrero de 2006 por el presidente Jose Luis Rodríguez Zapatero. FOTO: BLOM UK / GETTY IMAGES

Hoy resulta inimaginable el semblante oscuro y sucio que presentaba el centro de las ciudades antes de los ochenta. Madrid estaba cubierto por una capa gris de suciedad, Bilbao era del color de la herrumbre, el centro de Valencia sufría un abandono de décadas, y algo similar sucedía en la mayoría de las localidades españolas cuando se crearon los planes de ayuda a la rehabilitación. La belleza que ahora encontramos en los centros urbanos era desconocida hasta entonces para los propios residentes. En 1978, la capital aprueba el Plan Especial de la Villa de Madrid, elaborado por Juan López Jaén, para proteger y conservar edificios y conjuntos de interés histórico-arquitectónico del casco antiguo, y en las fachadas se recuperan los revocos a la cal y los colores originales devuelven al espacio cívico un valor que había perdido.

No solo reverdecen los centros históricos, simultáneamente se afronta una intensa labor de atención al patrimonio monumental abandonado o en peligro, restaurando inmuebles históricos en todo el país, con especial extensión en Castilla y León, Cataluña y Andalucía. Renace el Monasterio de Santa María la Real de Aguilar de Campoo de la mano de Peridis, que crea en los años 80 las Escuelas Taller

para formar especialistas en las técnicas de restauración. En Barcelona se repara el Liceu tras su incendio, se invierte en la Alhambra en Granada, en la fortaleza y murallas renacentistas de Ibiza, en Madrid se restaura el Hipódromo y el Matadero; y en Valencia, el Mercado Central y el Teatro Romano de Sagunto. El periodo de trabajo más intenso se produce en la década que sigue a la Ley del Patrimonio Español de 1985, que obliga a reservar el 1% del presupuesto de ejecución de las obras públicas para invertirlo en la conservación y fomento del patrimonio histórico. El mismo año arranca un ambicioso Plan de Catedrales que posibilita trabajos de calidad en sedes tan valiosas como la Mezquita de Córdoba o la Catedral de Salamanca.

La arquitectura moderna también se restaura en el Gobierno Civil de Tarragona de Alejandro de la Sota; en la casa La Ricarda, de Bonet Castellana; en El Prat de Llobregat, ahora en peligro por la intención de ampliar el aeropuerto; y se reconstruyen en Barcelona el Pabellón de Alemania de Mies van der Rohe de 1929 y el de la Exposición de París de 1937 de Sert. La pasión restauradora se extendió al Patrimonio Industrial en los casos de la antigua estación de Canfranc y del Puente Colgante, entre Portugalete y Getxo.

La cara b de las grandes inversiones fue el despilfarro de muchas iniciadas en los 10 años anteriores a la crisis de 2007, con proyectos poco útiles o sobredimensionados

Con los socialistas en el poder, la inversión del Estado se volcó en edificios de uso público y en un intento de ordenar las ciudades para frenar la especulación mediante planes realizados por urbanistas de prestigio. Se promueven innumerables viviendas públicas impecables, se construyen cárceles dignas y se acaba con el chabolismo. Destaca la propuesta de Oriol Bohigas de 1982 para la renovación de Barcelona, que amplía en 1986 para acoger los Juegos Olímpicos de 1992. El resultado es magnífico, se completa el espacio urbano y se abren nuevos elementos de relación con el litoral en torno al Puerto Olímpico. Madrid, desde 1979, inicia un amplio programa de vivienda social en los nuevos barrios del Sur a partir de Palomeras, realizados por especialistas tan acreditados como Junquera y Pérez Pita; así como los hermanos Manuel e Ignacio de las Casas.

Espacios públicos

La arquitectura de calidad alcanza un admirable protagonismo en la creación de espacios públicos, sedes institucionales y deportivas. Cataluña toma la iniciativa con las plazas de la estación de Sants (1983), y la de Paret del Vallés (1985) de Miralles y Pinós. En Mérida surge el Museo de Arte Romano (1985) de Moneo, y en Madrid destaca la Biblioteca de Puerta de Toledo (1989), de Navarro Baldeweg. Los edificios de la Expo de Sevilla y de los Juegos Olímpicos de Barcelona alcanzan un gran nivel y su éxito internacional incita a las comunidades autónomas a hacer sus propios proyectos buscando visibilidad mundial. Bilbao lo logra en 1997 con el Museo Guggenheim de Frank Gehry. Santiago de Compostela acierta con diversas intervenciones; Mérida también, y Valencia completa la Ciudad de las Ciencias y las Artes en 1998.

A principios de este siglo XXI, nuestra arquitectura era la más atractiva del mundo, con iniciativas singulares repartidas por todo el país, con presencia de estudios locales junto a las firmas internacionales más reputadas. Los mejores diseños se concentran en instalaciones culturales. Entre otros, los museos de Mansilla y Tuñón, en el de Castellón (2000) y en el colorido MUSAC (2004) de León. Moneo completa el Auditorio y palacio de congresos Kursaal (1999) en San Sebastián, la ampliación del Museo del Prado (2007) y el Museo del Teatro Romano (2008) de Cartagena. La crisis de 2008 detuvo muchos proyectos y obras en marcha, pero en ese tiempo construyeron en España premios Pritzker tan prestigiosos como Frank Gehry, Norman Foster, Zaha Hadid, Oscar Niemeyer, Álvaro Siza, Jean Nouvel, Richard Rogers o Herzog & de Meuron.

Más alejadas de la mirada de los ciudadanos se encuentran otras acciones costosas e imprescindibles. Es el caso de la Presa de Llauset (1983) en Huesca, o la enorme de La Serena (1990) en Badajoz. Los puertos españoles se modernizan para responder a los flujos comerciales

dependientes del transporte marítimo. El de Algeciras creció rápidamente para convertirse uno de los grandes 'hubs' logísticos del Mediterráneo, y el de Valencia se transformó para ser principal puerto de España en tráfico de contenedores. Sin olvidar la depuración de aguas y las redes de saneamiento que se mejoraron de manera drástica, con enorme repercusión positiva en los ecosistemas.

La Ley General de Sanidad de abril de 1986, que preveía la extensión de la asistencia al conjunto de la población y la creación de un Sistema Nacional de la Salud, contribuyó a una importante reestructuración y progreso de la sanidad pública. En 1989 el gobierno decretó la revalorización de las pensiones, el aumento de la cobertura del seguro de desempleo, de la protección a los parados de larga duración y a los mayores de 45 años, y la ley de pensiones no contributivas. Esto consolidaba el modelo de protección social que beneficiaba a los afectados por la reconversión, los parados y las personas mayores, y logró extender la cobertura sanitaria al 99% de la población.

El despilfarro

La otra cara de la moneda de las grandes inversiones en infraestructuras ha sido el despilfarro de muchas de las iniciadas en los diez años anteriores a la crisis de 2007, con proyectos poco útiles o sobredimensionados, que pudieron llegar a suponer un 20 % del PIB en ese tiempo. Las Comunidades Autónomas acumulan fracasos recientes notables en la Ciudad de la Justicia de Madrid, la Ciudad de las Artes y las Ciencias de Valencia, Terra Mítica o la Ciudad de la Cultura de Galicia. Hoy vemos aeropuertos vacíos en Ciudad Real, puertos desproporcionados en A Coruña o en la ampliación del puerto de Gijón, conocido como El Musel; y la quiebra de las autopistas de peaje que tuvieron que ser rescatadas por el Estado. Todos ellos ejemplos que muestran la diferencia entre una gestión ambiciosa y prudente en los primeros tiempos de la democracia, y una falta de sensatez posterior en la administración de los buenos resultados de los ejercicios anteriores. Nadie que haya conocido la España de los ochenta podrá negar que las tres primeras décadas de gobiernos democráticos han sido el periodo de más rápida transformación, modernización y avance en la historia de nuestro país.

Los "ángeles del hogar" que sacudieron los cimientos de un país

Las sucesivas olas feministas y la lucha individual y colectiva de las mujeres para convertirse en un sujeto político con igualdad de derechos ha supuesto una auténtica revolución, pero todavía no se ha logrado todo y hay riesgo de involución



Ariadna Martínez

Periodista, colaboradora
de elDiario.es

Si a los 30 no te has casado y tenido hijos, eres un fracaso como mujer. Eso es lo que te llena como hembra". "Si [...] el hogar no tuviese ya razón de ser, a las mujeres les quedarían muy pocas y tristes comisiones que ejercer sobre la tierra". Estas frases podrían ser parte del pasado, pero solo una lo es. La segunda fue escrita en una revista de la Sección Femenina de la Falange en 1939. La primera es un comentario que alguien dejó

Una lucha intergeneracional e interseccional

Dos mujeres de distintas generaciones sostienen una misma pancarta durante la manifestación del 8 de marzo de 2024 en Madrid. Hasta 1978 una mujer podía ir a la cárcel por adulterio. En 1979 solo el 5 % de los diputados eran mujeres. Hasta 1981 no se legalizó el divorcio y hasta 2010 no hubo una ley de aborto por plazos.

Hoy las luchas feministas son cada vez más interseccionales y reconocen que la opresión y la violencia patriarcal se cruza con otras formas de discriminación como la raza, la clase, la orientación sexual y la identidad de género. FOTO: OLMO CALVO



en el pasado mes de octubre en el vídeo de una joven.

Pero entre una afirmación y otra permanecen casi nueve décadas de una lucha cuya importancia y dificultad, explica Mary Nash, catedrática emérita de Historia Contemporánea, parece que aún no ha sido del todo reconocida. "Y, si se piensa que conseguirlo fue tan fácil, pues evidentemente tan fácil es eliminar esos logros", señala, visiblemente preocupada por la deriva antifeminista.

Justa Montero, activista feminista desde los 70, rememora esos años: "Los hombres venían de una socialización basada en el poder absoluto sobre nosotras, porque se lo daba la propia ley y la ideología nacionalcatólica". Pese a lo que creen algunos, las conquistas no llegaron por generación espontánea con la Transición. "Hubo batallas durísimas".

El franquismo cercenó la "primera ola", que había comenzado a desarrollarse a finales del siglo XIX y principios del

Los ángeles del hogar que sacudieron los cimientos de un país

XX con la lucha de mujeres como Concepción Arenal y Emilia Pardo Bazán. Aquellas ideas –y otras muchas– se cristalizaron durante la II República: “A nivel jurídico [la Constitución de 1931] era ejemplar para su época. Considera a la mujer como sujeto político y social, con agencia propia”, explica Nash. Trajo avances como el voto femenino (gracias a Clara Campoamor) y el derecho a ser elegidas como representantes políticas; el divorcio; la igualdad ante la ley sin distinción de sexo (que propició cuestiones como la despenalización del adulterio femenino); o la tolerancia a la información y venta (muy restringida) de anticonceptivos.

Pero apenas se tradujo en cambios sociales. No dio tiempo. “La dictadura supuso un regreso al código civil y a posiciones ideológicas y prácticas de finales del XIX”, apunta Rosa María Capel, catedrática de Historia Moderna. “Vuelve al modelo de la eterna menor de edad, del ángel del hogar, la mujer piadosa y bajo tutela masculina”, explica Nash.

Lo personal es político

Pese a que el ideario feminista continuó –desarticulado– en la clandestinidad, no fue hasta dos semanas después de la muerte del dictador Franco cuando, con décadas de evidente retraso respecto a otros países, logra irrumpir con fuerza en España. Las jornadas celebradas –semi clandestinamente– por el primer Año Internacional de la Mujer marcaron un punto de inflexión.

Comenzaron a darse cuenta de que sus frustraciones no eran un fracaso personal, sino colectivo, sistémico. “Los temas claves en esos primeros años eran la sexualidad, el empleo y la familia. Exigimos métodos anticonceptivos, el derecho al aborto, empezamos a denunciar la violencia sexual y vimos que teníamos derecho a algo más que la maternidad: al deseo y al placer”, cuenta Montero.

Entre 1975 y 1978 se elimina la licencia marital, el delito de adulterio y amancebamiento, y se despenaliza la venta y propaganda de anticonceptivos (aunque continuaron siendo poco accesibles hasta finales de los 80).

Pese a esos primeros logros, la Transición fue, en cierta medida, frustrante para ellas, pues veían desinterés por parte de sus compañeros hacia sus reivindicaciones. La Ley de Amnistía del 77, que en principio no abordaba los “delitos específicos femeninos” (aborto, prostitución...), y la Constitución del 78, fueron dos momentos en los que notaron que “las grandes formulaciones” las estaban “dejando a un lado”, según la activista Montero.

La presión de las mujeres obligó a que la redacción final de la Carta Magna incluyera en el artículo 14: “[...] sin que pueda prevalecer discriminación alguna por [...] sexo [...]”. No obstante, dejó fuera otras referencias fundamentales (control de la natalidad, aborto...).

En 1979, debido a esta desilusión con las organizaciones políticas, intensificada por el hecho de que ellas apenas representaban el 5 % de los escaños del Congreso, las diferentes corrientes se distanciaron. Muchas empezaron a apostar de forma decidida por un feminismo alejado de la militancia en los partidos. Otras se quedan. “Se vivió con pena, pero yo creo que esa escisión llevó a un debate que enriqueció al feminismo”, opina Capel. Paralelamente, los sindicatos comenzaron a diseñar secretarías específicas.

En 1981 se aprueba la Ley del Divorcio. “Supuso un revulsivo porque cuestionaba la idea nacionalcatólica. Fue muy polémica”, explica la activista. Y en 1982 se celebra el juicio por aborto a las ‘11 de Basauri’, que marca un antes y un después en la lucha por la interrupción voluntaria del embarazo. “Las movilizaciones se mantuvieron durante años y en ellas nos encontramos todas en las calles”.

En 1983 se crea el Instituto de la Mujer, que lanza la primera campaña contra los malos tratos (“No llores, habla”). En 1985, finalmente se logra la primera Ley del Aborto (por tres supuestos definidos por la ley).

La lucha también fue apoyada desde diferentes profesiones: las abogadas comenzaron a denunciar las arbitrariedades en la interpretación y aplicación de la Ley del Aborto, las médicas promovieron la creación de centros de planificación familiar, etc.

A las puertas de los años 90 comienza la tercera etapa del movimiento. El feminismo académico toma vuelo y lleva a cabo una labor crítica en los diversos campos de estudio. Trata de recuperar (y de continuar) las aportaciones de la otra mitad de la población.

“Otra de las cosas más importantes fue la institucionalización del feminismo. Fue un impulso desde abajo para que quedaran estructuras políticas que defendieran los derechos de las mujeres”, explica Nash.

Entonces, las reivindicaciones ya estaban comenzando a tener una fuerte filtración en las realidades privadas. Las mujeres se rebelaban ante el trato desigual de profesores, padres, compañeros. No obstante, persistía la figura de “mujer-ama de casa”: En 1986 solo el 28% de las mujeres en edad de trabajar eran población activa.

En 1997 asesinan a Ana Orantes, un hecho que lo cambia todo. Las feministas despliegan toda una serie de movilizaciones para impulsar medidas políticas. Consiguen el primer plan contra la violencia doméstica, se incluye como delito la violencia psíquica, y se introduce la orden de alejamiento y la protección a la excónyuge.

Con el nuevo siglo se empiezan a contabilizar los crímenes machistas y llega la Ley Integral de Violencia de Género (2004), con la que se inicia la consolidación de la atención específica y se reconoce que es estructural.

En 2007-2008 llega la Ley de Igualdad y el Ministerio.

R I E S
G O S
I N V I S I B L E S



El cáncer laboral es la primera causa de muerte en el trabajo. Cada año, más de 160.000 personas en España desarrollan un cáncer debido a exposiciones laborales. Menos del 1% de los casos son reconocidos oficialmente.

R I E S
G O S
I N V I S I B L E S



El 78% de las enfermedades profesionales se deben a trastornos musculoesqueléticos. Aun así, a muchas mujeres que reclaman se les dice que lo que sufren no lo causa el trabajo.

PROTEGE LA VIDA, VISIBILIZA EL RIESGO



El 70% de las mujeres trabajadoras no logra conciliar vida laboral y familiar. Una de cada siete se ve obligada a tomar tranquilizantes o somníferos.

Descubre las historias que ponen rostro a la falta de prevención.

Visita www.1mayo.ccoo.es



En España se producen cada día 76 accidentes laborales por caídas de altura, de los cuales 2 provocan lesiones graves. Cada 5 días, una persona muere por esta causa.

CON LA FINANCIACIÓN DE

E12024-0010



GOBIERNO
DE ESPAÑA

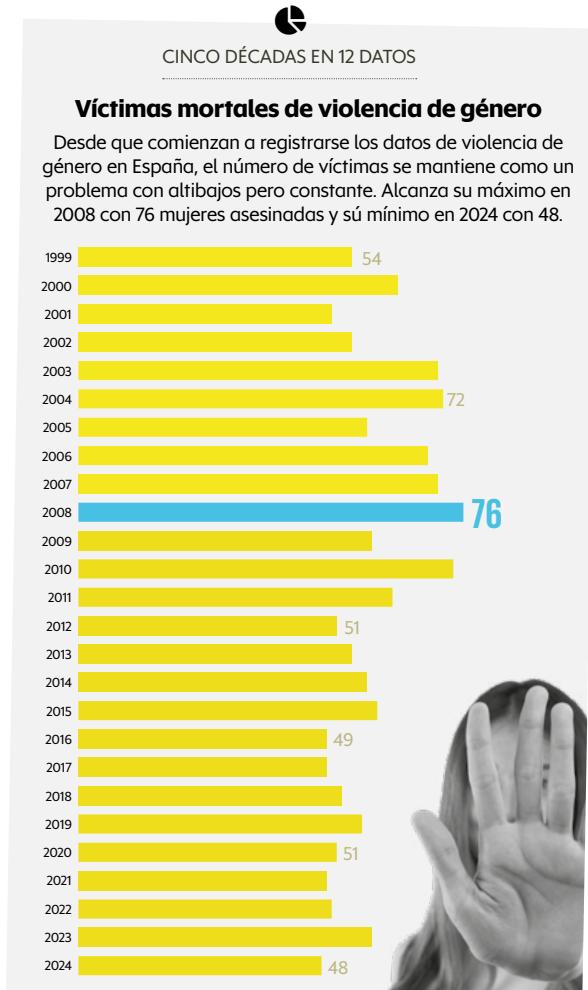
MINISTERIO
DE TRABAJO
Y ECONOMÍA SOCIAL



FUNDACIÓN
ESTATAL PARA
LA PREVENCIÓN
DE RIESGOS
LABORALES, F.S.P.



Los ángeles del hogar que sacudieron los cimientos de un país



FUENTE: INE (DATOS DEL INSTITUTO DE LAS MUJERES Y DE LA DELEGACIÓN DEL GOBIERNO CONTRA LA VIOLENCIA DE GÉNERO)

Se trata de pasar de la igualdad formal a la real, obligando a las administraciones y a las empresas a adoptar planes de igualdad, y se empieza a poner el foco en el objetivo de ir equilibrando los permisos de paternidad y maternidad.

En 2010 se logra la Ley del Aborto por plazos, una de las conquistas más costosas. “Lo más polémico siempre ha sido principalmente todo lo relativo a la sexualidad”, asegura Montero. A partir de este año irrumpen un nuevo escenario que impulsa el movimiento hasta convertirlo, en palabras de Beatriz Ranea, doctora en Sociología, en “un tsunami”: las redes sociales. Pero lo que realmente determinó ese “tsunami” fueron los años 2016-2017, en los que se produjo la desaparición de Diana Quer (cuyo cuerpo fue localizado un año después), el caso La Manada, y la mediatisación de la historia de Juana Rivas. “Fue una acumulación de brutalidades. La respuesta social se cataliza el 8 de marzo de 2018, con la primera huelga feminista de España”, señala Montero.

Es una ola cuyo alarido ha estado centralizado, sobre todo, en las violencias sexuales y el consentimiento, en la justicia, y en los cuidados. Las nuevas generaciones han continuado el camino que allanaron las compañeras más veteranas, y no es para menos: en 2024 una mujer fue asesinada cada 7,6 días en España, y una de cada siete (mayores de 16 años) reporta haber sufrido violencia física o sexual de alguna pareja/expareja.

Además, corrientes como la interseccional y la LGTBIQ+, que venían desarrollándose en el país desde los años 80-90, han llegado para quedarse. “Independientemente de si somos autóctonas, migradas, lesbianas, heterosexuales, trans, de clase social baja, de si tenemos discapacidad o no, la socialización en el miedo a la violencia nos atraviesa a todas”, afirma la socióloga.

Sin embargo, “el concepto de ‘identidad de género’ ha sido –y sigue siendo– otro de los temas más polémicos”, resalta Montero. Debido a este debate, que explotó definitivamente con la “Ley Trans y LGTB” de 2023, las corrientes se han polarizado como nunca.

“La prostitución, por ejemplo, genera disenso, pero hemos conseguido llegar a confluir en otras cuestiones. Sin embargo, la cuestión actual es si incluir o no a las mujeres trans dentro de la agenda feminista. Cuando estoy más optimista pienso que conseguiremos salir de esto. Cuando no, que es irreconciliable”, expresa Ranea.

A todas les preocupa esta fragmentación. Especialmente, por el escenario actual del auge de la extrema derecha y a que el respaldo al feminismo ha caído en los hombres jóvenes 15 puntos desde 2019, situándose en el 40,9 %. “Los jóvenes se están comiendo una imagen idealizada de lo que eran esos tiempos, y, quizás porque lo viví, no lo puedo entender”, lamenta Capel.

Ahora, por un lado, explican, es necesario que las diversas corrientes se involucren decididamente en la tarea de lograr “tender puentes” entre sí y, por otro, en abordar la cuestión de que el nuevo ideal de “masculinidad” no ha evolucionado al ritmo que lo ha hecho el de “feminidad”, y ello ha dejado un “vacío” que está llenando la extrema derecha.

¿Cómo involucrar aún más a los hombres en este camino hacia sociedades más igualitarias? “En épocas previas la confrontación era una herramienta válida, pero creo que ahora las estrategias de acercamiento tienen que diversificarse”, responde Ranea. “Otro de los retos tiene que ver con reconocer la amenaza pero sin situarnos simplemente a la defensiva. No dejar a nadie atrás y seguir avanzando”, propone la activista. “Es algo urgente porque tiene que ver también con el auge de ideas autoritarias y con el peligro de los sistemas democráticos, pero si algo nos ha enseñado el feminismo es que somos ampliamente capaces de luchar contra gigantes”, concluye la socióloga.



Trivial de actualidad

¿Te atreves?
Pon a prueba cada
día tu conocimiento
de la actualidad

JUEGOS



Inténtalo en
eldiario.es/trivial
o en este QR

Corrupción, un mal sin cura

PSOE y PP se repartieron el Gobierno durante 32 de los 39 años de reinado de Juan Carlos I. Los dos partidos repitieron la mala costumbre del monarca. Y no han sido los únicos



José Manuel Romero

Director adjunto de elDiario.es

La democracia no cura el mal de la corrupción, pero lo hace transparente. España ha sufrido en los últimos cincuenta años las consecuencias de ese virus perverso sin que ningún colectivo se libre de sus efectos. Autoridades de la iglesia ocultaron durante décadas los abusos sexuales a menores y protegieron a curas pederastas; empresarios corrompieron a cargos públicos con amaños dispares y sobornos groseros para engordar su cuenta de resultados; políticos delinquieron por dinero, ambición de poder o sexo; medios de comunicación usaron la mentira para fines obscenos enterrando la verdad, materia prima de su razón de ser; comisarios de policía usaron tácticas terroristas para acabar con el terrorismo en los años ochenta del pasado siglo; otros comisarios de policía persiguieron a inocentes entre 2012 y 2018 atreviéndose a fabricar pruebas falsas que difundieron a través de periodistas poco rigurosos; comisionistas sin escrúpulos se



Adiós al rey campechano

Los privilegios constitucionales, la tibieza en la actuación de los encargados de perseguir el crimen y las normas de la prescripción han permitido a Juan Carlos I escapar de sus delitos con Hacienda. Desde 2020 el rey emérito vive en Abu Dabi, aunque regresa ocasionalmente para navegar en Sanxenxo. En la imagen, a bordo del Bribón, su barco de regatas. FOTO: LAVANDEIRA JR/EFE





CINCO DÉCADAS EN 12 DATOS

Percepción de la corrupción en España como un problema

Entre finales de los 90 y principios de los 2000 se dan los niveles más bajos de preocupación. El punto álgido se registra en noviembre de 2014, ese año un 63,68% considera que la corrupción es uno de los principales problemas de España, coincidiendo con las detenciones de los ERE.

Final del caso Banesto



Caso Bárcenas



Detenciones ERE



Rajoy testifica por el caso Gürtel



Caso Koldo



1992

2000

2005

2010

2015

2020

2025

FUENTE: CIS

lucraron como nunca con la venta de las mascarillas necesarias en la emergencia sanitaria del Covid 19 y engañaron a Hacienda con el fin de ahorrarse impuestos tras su negocio desalmado; jueces y fiscales miraron para otro lado protegiendo a culpables o acusaron sin pruebas a inocentes... Y quien debía ser ejemplo supremo de honestidad, Juan Carlos I, rey de España durante 39 años, resultó ser uno de los mayores símbolos del pillaje.

El monarca borbón robó dinero de todos para vivir por encima de sus posibilidades. El peligro era él. Incapaz de soportar las secuelas de su traición cuando fue descubierto, abandonó su país para instalarse en Abu Dabi. El rey abdicó en 2014 zarandeado por diversos escándalos y huyó en 2020 acorralado por la corrupción.

Los privilegios constitucionales de la inviolabilidad –interpretada a favor del monarca–, la tibieza en la actuación de los encargados de perseguir el delito y las normas de la prescripción permitieron a Juan Carlos I escapar ilesa de sus felonías. Otros no tuvieron tanta suerte y acabaron en la cárcel: alcaldes y concejales; presidentes autonómicos y consejeros; ministros y secretarios de Estado, tesoreros y comisionistas, comisarios y policías, empresarios y sindicalistas, jueces y abogados... y hasta curas. El catálogo del mal es inagotable; la corrupción es un problema que sigue amenazando a la democracia española 50 años después.

1. Suiza, soleada cueva de los ladrones reales

El inspector de policía Manuel Morocho es un sabueso insobornable capaz de encontrar delitos ocultos en los pliegos de condiciones de una obra pública o en los manuscritos de contables imaginativos. Con el paso de los años se convirtió en el agente más odiado de los corruptos. El juez Baltasar Garzón le encargó en mayo de 2009 una misión especial: buscar en Suiza el dinero de la rapiña del caso Gürtel, una extensa trama de corrupción instalada a base de sobornos en numerosas administraciones gobernadas por el PP durante una década.

La policía había detenido aquella primavera por orden del juez a Arturo Gianfranco Fassana, gestor de las fortunas españolas que ocultaban su dinero en Suiza. Morocho entró una mañana en las oficinas de Fassana, situadas en un inmueble monumental a orillas del Ródano, con el mandato de recuperar toda la información posible sobre los delitos de la trama corrupta. El trabajo se complicó porque la fiscalía suiza había impuesto algunas restricciones al registro: el policía solo podría llevarse documentación relacionada con los investigados en el caso Gürtel: Francisco Correa, sus socios, amigos y sobornados. Pero nada más.

El material requisado en las oficinas de Fassana llegó censurado al juzgado de Garzón. Se trataba de un listado

La Fiscalía General del Estado no quiso interpretar, como defienden hoy muchos fiscalistas, que el rey saldó sus deudas con Hacienda mediante regularizaciones ilegales

de millonarios españoles con dinero oculto en Suiza agrupados en una cuenta denominada "Soleado". Decenas de nombres de esa lista –supuestos defraudadores fiscales– fueron tachados porque no tenían relación con la trama investigada.

A Juan Carlos I le debió llenar de inquietud la noticia de aquel registro en el despacho de Fassana, el gestor

suizo que cuidaba desde hacía unos meses de sus 100 millones de dólares, regalo del rey de Arabia Saudí, Abdalá bin Abdulaziz. Si le preocupó aquella operación de Morocho y Garzón fue por poco tiempo pues en abril de 2010 volvió a ingresar en la cueva suiza 1.895.250 dólares, regalo del sultán de Bahréin, Hamad bin Isa Al Jalifa.

Si el Rey Juan Carlos hubiera hecho públicos aquellos generosos donativos –ahora ha confesado que fue un error aceptarlos– tendría que haber pagado a la hacienda pública española más de 50 millones de euros en impuestos.

Las andanzas financieras del monarca siguieron muchos años en la oscuridad hasta que un fiscal suizo, Yves Bertossa, ordenó en 2019 un nuevo registro de las oficinas de Fassana en busca de los tesoros escondidos de Juan Carlos. Pero para entonces el rey ya se había desprendido de su fortuna, probablemente preocupado ante la posibilidad de que Suiza se hiciera de pronto transparente. Firmó en 2012 un documento por el que hacía una "donación irrevocable" a su examante Corinna Larsen por la cantidad total que ocultaba en Suiza. Tras su abdicación en 2014, intentó recuperar, sin éxito, el dinero entregado a la mujer, quien se negó a devolverlo porque sería tanto como reconocer que el rey la utilizó de testaferro.

Al rey Juan Carlos le quedó un sueldo público de casi 200.000 euros, una cantidad insuficiente para mantener su nivel de vida y sus costumbres caras. Hasta que decidió autoexiliarse –agosto de 2020–, el monarca siguió viajando en jets privados cuyo coste millonario asumió la Fundación Zagatka de su primo lejano Álvaro de Orleans. Además, un amigo mexicano, Allen Sanginés-Krause, le regaló en dos años casi un millón para otros gastos. Cuando se sintió acorralado por investigaciones judiciales muy avanzadas, el rey decidió presentar sendas regularizaciones ante Hacienda por los regalos no declarados de su primo lejano (pagó 4.395.901 euros en impuestos) y de su amigo mexicano (678.393 euros). Esas regularizaciones, cuando ya no le protegía la inviolabilidad real, le salvaron de una condena segura a varios años de cárcel por delito fiscal. Una decena de empresarios le prestaron el dinero para escapar del aprieto.

La Fiscalía General del Estado no quiso interpretar, como defienden todavía hoy muchos fiscalistas, que saldó sus

deudas con Hacienda mediante regularizaciones ilegales, pues la norma impide pagar lo defraudado cuando existe una investigación en marcha. Tras varios meses de estudio, decidió archivar las diligencias abiertas al Rey. Un grupo de juristas denunció los hechos meses después ante la sala de lo Penal del Tribunal Supremo. El entonces presidente de ese órgano, el magistrado Manuel Marchena, fue ponente de la resolución que desestimaba la denuncia por entender que la regularización había sido correcta, y el resto de delitos fiscales cometidos por Juan Carlos I estaban protegidos por la inviolabilidad hasta 2014 o por la prescripción.

2. De Filesa a Bárcenas: dos partidos financiados ilegalmente gobiernan España

PSOE y PP se repartieron el Gobierno durante 32 de los 39 años de reinado de Juan Carlos I. Los dos partidos repitieron la mala costumbre del monarca: corromperse para financiar sus actividades. Ambas formaciones sufrieron un grave daño a su imagen por aquellos episodios en los que fueron condenados algunos de sus dirigentes. Pero aquellas conductas impropias de quien administra el dinero de todos no les impidieron seguir ganando elecciones.

El PSOE utilizó a varias empresas (Filesa, Malesa y Time Export) para financiarse ilegalmente ante la campaña de las elecciones generales de 1989. El mecanismo de la corrupción socialista era inmoral: las compañías socialistas facturaban a grandes eléctricas, inmobiliarias o petroleras por servicios no prestados. Con el dinero recaudado por esa vía, Filesa llenó la caja vacía del PSOE para alimentar su maquinaria electoral. Como el delito de financiación ilegal aún no existía, solo fueron condenados varios dirigentes del partido por falsedad documental, asociación ilícita y un delito contra la Hacienda Pública.

Alfonso Guerra, vicepresidente del Gobierno y número dos del PSOE en aquella época, lo explicó así en un libro de memorias: "Llegó el 14 de diciembre de 1988 y los responsables financieros y empresariales se asustaron del resultado de la huelga general que paralizó el país. Hicieron sus cuentas: cuando están en juego los intereses de la nación (salida de la OTAN y sus consecuencias europeas) y cuando el país queda paralizado, solo el PSOE aguanta el envite. La derecha promociona la derrota en el referéndum y alienta y jalea la huelga general. No queda otro sostén que garante la estabilidad del país que el Partido Socialista. Ergo "lo tenemos que ayudar, al menos para paliar el estrangulamiento ocasionado por las deudas contraídas en las activi-

dades que exigía la defensa del beneficio general de los españoles. Expresaron su voluntad de apoyo económico, pero no tenían instrumento para hacerlo, dado que no podían informar a sus accionistas de que ayudaban a los socialistas; sí lo habían hecho y reiteradamente y con cifras astronómicas a los intentos de la derecha para desbancar al PSOE. La propuesta, encabezada por Alfonso Escámez (presidente del Banco Central), fue: proporcionenme una empresa con

la que podamos contratar algunas actividades que les reporten unos beneficios. El PSOE no contaba con empresa alguna. Alguien, tal vez Carlos Navarro, que se ocupaba de los asuntos económicos del Grupo Parlamentario, debió de susurrar: el PSOE no, pero el PSC sí. Y así aparece Filesa en escena, a la que se encargan unos estudios dudosamente necesarios para el contratante, que se elaboran, se entregan y a veces se los hace desaparecer por inaplicables. Así, los banqueros hacen pagar proyectos y análisis por valor de 400 millones de pesetas, una bagatela en comparación con las ayudas entregadas a la derecha".

A finales de los ochenta, el PP también financiaba parte de sus actividades con métodos parecidos a los juzgados en el caso Filesa. Pero nadie lo descubrió entonces y aún hoy siguen impunes. La formación que presidía Manuel Fraga creó varias empresas en los años ochenta (Sipsa, Opisa, Hermógenes...) con las que facturaban por falsos servicios, según la documentación en poder de Luis Bárcenas, exgerente y extesorero del partido conservador.

El PP liquidó esas sociedades en 1990 para estrenar un nuevo sistema corrupto de captación de fondos con los que financiarse y pagar sobresueldos trimestrales o semestrales a sus principales dirigentes. El mecanismo delictivo era arriesgado, aunque estaba protegido por una Ley de financiación de partidos llena de agujeros.

Empresarios, la mayoría contratistas de la administración pública, entregaban dinero negro en sobres al tesorero, Álvaro Lapuerta, y al gerente, Luis Bárcenas, quienes prometían a cambio un buen trato en las administraciones donde gobernaba el PP.

Con esos fondos opacos se pagaron sobresueldos a los secretarios generales y vicesecretarios del PP, se financiaron obras de reforma en la sede principal del partido y se costearon otros servicios. El sobrante de esas aportaciones opacas se ingresaba en la cuenta de donativos anónimos –la Ley permitía ocultar el nombre de quién daba el dinero– y siempre en cantidades inferiores a 60.000 euros–, el lími-

Entre 1990 y 2009, el PP ingresó ocho millones de euros en una caja b que se usó para pagar reformas en su sede y sobresueldos

te máximo anual permitido por la norma. Esa fue la manera de blanquear aquel dinero negro sin que nadie descubriera la trampa. El Tribunal de Cuentas nunca detectó las irregularidades. La Justicia nunca castigó estas prácticas, salvo en una sentencia que solo pudo investigar los últimos dos años de contabilidad paralela del PP (2008-2009), únicos ejercicios no prescritos cuando estalló el escándalo.

El cabreo del exgerente y extesorero Luis Bárcenas al sentirse

abandonado por los dirigentes a los que cada trimestre entregaba sobres con dinero b permitió destapar el secreto financiero mejor guardado en el Partido Popular. La publicación de los papeles de Bárcenas (31 de enero de 2013) y la apertura de una causa judicial por ese caso acabó de hundir la reputación de un partido que gobernaba en España pero que arrastraba ya una colosal sospecha tras estallar, cuatro años antes, el caso Gürtel.

Entre 1990 y 2009, el PP ingresó casi ocho millones de euros en una caja b que manejaron Lapuerta, ya fallecido, y Bárcenas. El Tribunal Supremo condenó por estos hechos al PP como responsable civil subsidiario al utilizar dinero negro para abonar parte de las obras de reforma de su sede en Génova, 13. Los sobresueldos cobrados por sus principales dirigentes y nunca declarados a Hacienda siguen sin castigo muchos años después.

Los papeles de Bárcenas, que los tribunales han considerado una prueba sólida de la existencia de una caja B con la que el PP se financió ilegalmente durante casi 20 años, simbolizan dos décadas de corrupción en uno de los dos partidos que ha gobernado España en los últimos 43 años. Un cuarto de siglo después de la condena al PSOE por el caso Filesa, el Supremo confirmó la sentencia contra el PP por el caso Bárcenas. Ambos partidos gobernaban cuando el escándalo les atropelló.

3. Pillaje en la España de las autonomías

La España de las autonomías se llenó de corrupción en ese cuarto de siglo que pasó entre el caso Filesa (sentenciado en 1997) y el caso Bárcenas (2023). Dos políticos conservadores, Esperanza Aguirre (Madrid) y Francisco Camps (Comunidad Valenciana), se convirtieron en los presidentes de los gobiernos autonómicos más corruptos de la democracia, a juzgar por el número de consejeros de ambos ejecutivos que fueron condenados a penas de cárcel y al número de causas judiciales abiertas en los tribunales. Sin embargo, ni

aumenta tu cuota e invierte en periodismo independiente

Tu apoyo nos blinda frente a las presiones del poder. Un pequeño aumento en tu cuota refuerza nuestra capacidad para seguir contando aquello que otros quieren acallar.

usuarios.eldiario.es/perfil/cuota

socios@eldiario.es

Telf. 91 368 88 62

Aguirre ni Camps sufrieron rasguños en las numerosas causas penales abiertas a sus gobiernos desde 2009. Ambos abandonaron la política activa hace tiempo por la corrupción que enriqueció a sus equipos. Camps quiere regresar ahora como candidato del PP a las próximas elecciones autonómicas. Aguirre, mientras tanto, difunde sus mensajes en algunas tertulias y medios de comunicación.

La trama Gürtel se hizo rica gracias a la contratos millonarios adjudicados por esas dos autonomías, donde el píllaje siguió muchos años después con otras empresas y el mismo partido en el Gobierno. La Comunidad Valenciana y Madrid acumulan numerosos escándalos que investigan todavía los tribunales de justicia: Púnica, Lezo, Emarsa, Brugal, Ciudad de la Justicia, Taula, Azud, Canal de Isabel II... Hay decenas de altos cargos del PP imputados en estos procesos de grave corrupción.

La familia del expresidente Jordi Pujol, que gobernó ininterrumpidamente durante 23 años en Catalunya, está pendiente de juicio por asociación ilícita, blanqueo de capitales, fraude fiscal y falsedad documental. El grupo familiar amasó un patrimonio millonario por actividades corruptas vinculadas al poder que Jordi Pujol acumuló durante varias décadas, según el auto de procesamiento.

En Andalucía, la crisis económica puso a numerosas empresas al borde de la quiebra a comienzos de este siglo y el Gobierno autonómico (PSOE) salió al rescate mediante un programa de ayudas sociolaborales para costear los expedientes de regulación de empleo. De los más de 800 millones de euros de dinero público invertido en aquel proyecto durante una década, casi 120 millones se quedaron en el bolsillo de falsos prejubilados y de empresas que se aprovecharon del presupuesto público para inflar sus costes ante la falta de control de ese gasto.

La ejecución de aquel plan para ayudar a empresas en crisis dejó a medio Ejecutivo andaluz enfangado en una causa judicial interminable por la que algunos, como el expresidente José Antonio Griñán, fueron condenados a penas de cárcel por malversación de fondos públicos. El Tribunal Constitucional anuló parte de la sentencia que había validado previamente el Supremo. Griñán, enfermo, y otros consejeros, evitaron así la prisión.

4. Policías contra la ley

Los encargados de perseguir al delincuente y aplicar la ley se dedicaron en diversos momentos de la reciente etapa democrática a proteger a delincuentes y trabajar contra la Ley. Efectivos empoderados de la policía y la guardia civil emprendieron la guerra sucia contra el terrorismo en la década de los ochenta del siglo pasado, antes y durante el primer gobierno de Felipe González (PSOE). Algunos agen-

tes usaron métodos terroristas (secuestros, asesinatos...) sin ningún amparo legal para intentar acabar con el terrorismo de ETA. El Tribunal Supremo condenó en 1997 al exministro del Interior, José Barrionuevo, al ex secretario de Estado de Seguridad, Rafael Vera y al ex gobernador civil de Vizcaya, Julián Sancristóbal, a 10 años de cárcel por el secuestro de Segundo Marey, al que la policía confundió con un etarra. Fue solo una de las operaciones de la guerra sucia que durante años se utilizó contra la banda terrorista.

Treinta años después de aquellos hechos, y con ETA desaparecida, el Gobierno de Mariano Rajoy (2012-2018) inauguró nuevos métodos de guerra sucia contra el adversario. Un grupo de comisarios, amparado por sus jefes políticos en el ministerio de Interior, puso en marcha operaciones contra los partidos de la oposición al PP fabricando pruebas falsas que filtraban a determinados medios de comunicación para hundir la reputación de los afectados y abrir causas judiciales contra los mismos. Aquellos hechos delictivos perjudicaron gravemente a políticos catalanes independentistas, a dirigentes de Podemos y al actual presidente del Gobierno, Pedro Sánchez, todos ellos espiados por la policía patriótica del PP sin ningún aval judicial. Esa misma policía se afanó en eliminar pruebas de la corrupción del partido que estaba en el Gobierno, en la denominada Operación Kitchen, que será juzgada en los próximos meses. La Fiscalía pide altísimas penas de cárcel para quien fue ministro del Interior, Jorge Fernández; su mano derecha, el secretario de Estado Francisco Martínez, y media docena de comisarios de policía que participó en la conjura.

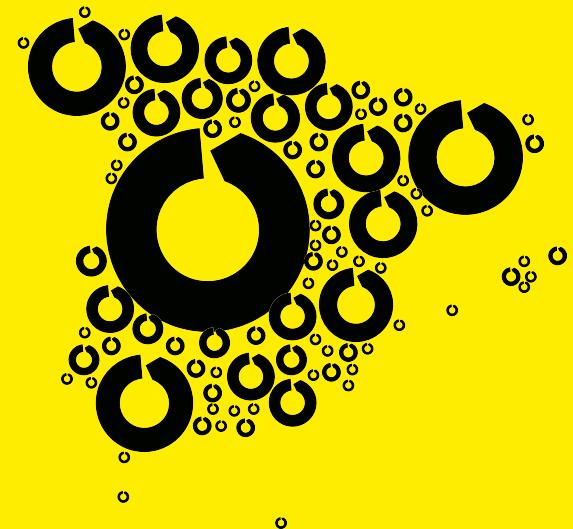
Uno de esos comisarios, José Manuel Villarejo, grabó sus andanzas de aquella época oscura. Por eso hay infinitas pruebas de sus fechorías en un proceso judicial gigantesco que comenzó a instruirse en 2017 y que acumula más de 30 piezas separadas. Con ese sumario se puede redactar una enciclopedia de la corrupción en España porque no hay escándalo político o empresarial en el que no enredara Villarejo. Empoderado por sus relaciones con la cúpula del PP, se embarcó en numerosas operaciones mafiosas sin amparo judicial, algunas conocidas e impulsadas por los responsables políticos del ministerio del Interior, pero otras de iniciativa propia para engordar su negocio privado para solucionar problemas de otros mediante métodos ilegales.

Muchas de esas actividades se investigan todavía en la Audiencia Nacional, algunas han sido ya sentenciadas y otras están pendientes de juicio. Medios de comunicación, empresarios, jueces y políticos participaron en esos planes delictivos: pagando a Villarejo por sus servicios ilegales, difundiendo las pruebas falsas que filtraba el comisario contra los adversarios políticos del Gobierno, o simplemente conociendo los manejos sin denunciarlos. Y es que la democracia no cura el mal de la corrupción pero lo hace transparente.

La cobertura local es una prioridad para **elDiario.es**. Desde nuestra fundación en 2012, y mientras la mayoría de diarios convencionales cerraban sus ediciones locales, ha invertido en redacciones por toda España.

En el periodismo local es especialmente crucial depender más de los lectores. Incorpora una aportación adicional a tu cuota de socio o socia.

Apoya a tu
edición local



usuarios.eldiario.es/apoyolocal
socias@eldiario.es / socios@eldiario.es
Telf. 91 368 88 62



elDiario.es
Periodismo a pesar de todo

Por fin sin caspa ni gualdrapa ni sacristía

Itinerario errabundo y caprichoso por medio siglo de cultura, desde Carmen Martín Gaite, Pedro Almodóvar o Héroes del Silencio, a Rosalía, 'El Ministerio del tiempo', Los Javis, Marta Sanz, Javier Cercas o Elisabeth Duval





Lo raro es vivir

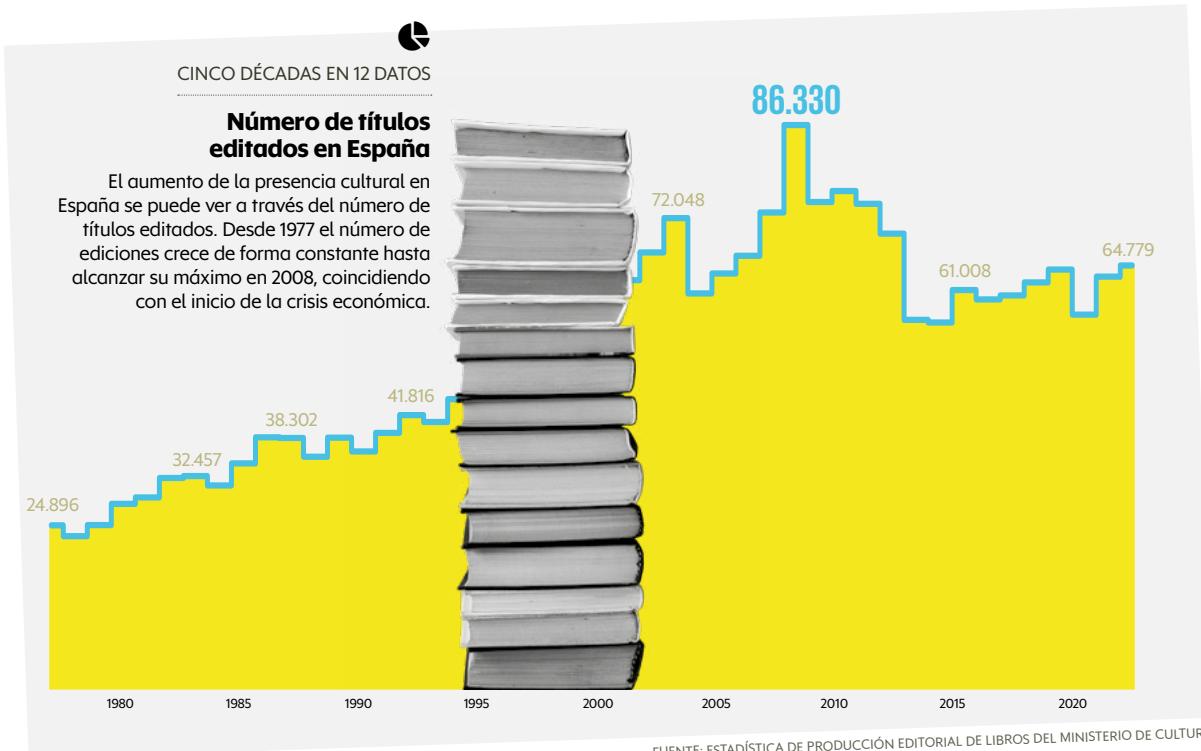
Las escritoras Ana María Matute, Carmen Martín Gaite y Josefina Aldecoa, fotografiadas por Chema Conesa en 1996 en el desaparecido Colegio Estilo de Madrid, fundado por Aldecoa en 1959.



Jordi Gracia

Catedrático de Literatura Española en la Universidad de Barcelona, escritor y crítico literario

La mitificación del pasado cultural es una patología común entre las élites intelectuales, y las nuestras no escapan a esa propensión, pero caen de cuatro patas cuando se trata de hablar de la Transición. Ahí se concitan todos los demonios contra el presente porque aquel pasado, ay, aquel pasado sí era de verdad exhibente, dialogante, pacífico, exigente y perdurable. En realidad, los protagonistas de la Transición no lo veían nada claro, o más bien muy oscuro, cuando la vivieron en directo: consideraban que la cultura española postfranquista entraba en una barrena abismal, incapaz de generar nada de valor, ensimismada, noqueada, estéril e impotente. Eso vale cuando menos para la cultura literaria, la novela, la poesía, etc., como si Eduardo Mendoza o Ángel González, Carmen Martín Gaite, Jaime Gil de Biedma, Juan Benet o Juan Marsé, no estuviesen por entonces escribiendo cosas que están vivísimas hoy mismo y que se habían desprendido sin miedo ni pesar de los restos de las sotanas y las



casacas militares. Pero la percepción de la élite cultural era esa, desencantada porque la muerte del generalísimo Franco no había sido capaz de cuajar todavía en una producción cultural a la altura del ensueño, la expectativa o la ilusión del antifranquismo. Eran diagnósticos ampliamente compartidos por quienes llegaban a la fábrica de la democracia en la plenitud de su madurez, entre los cuarenta y los cincuenta, y a lo mejor ese es un factor clave para entender su desánimo.

A lo mejor es que la expresión cultural de la democracia se iba a dejar ver mejor en otros formatos, en otras artes por inventar (como la calidad destacadísima de muchas de las series españolas recientes) y quizá incluso segregada o imaginada por quienes no tenían memoria franquista o eran tan jóvenes en los setenta y ochenta que nada los ataba a la mugre castrense y eclesiástica (pero quizá tampoco a la disciplina comunista ni a los arrebatos revolucionarios). Las radios españolas y las calles de capitales y pueblos iban a poblar en seguida de una banda sonora de grupos con nombres exóticos, letras provocadoras, surfeos con las drogas, acidez variable y mucho humor, no solo blanco o inocuo. Estaban dando su propia batalla sin mirar en ningún caso al pasado y hasta huyendo a toda velocidad de cualquier sombra o alusión a la tenebrosa dictadura: a unos les gustaría gritar cantando con el grupo No me pises que llevo chanclas y a otros con la languidez de Héroes del silencio, o enternecerse con Coque Malla o pringarse con el ma-

quillaje de Alaska o con el rocabilly sentimental de Loquillo. Tampoco callaban voces rotas o casi rotas como la de Joaquín Sabina, o las que venían de algo más atrás, como Joan Manuel Serrat o Jaume Sisa o Miguel Ríos, y algunos han saltado directamente a El último de la fila o a los Estopa.

Pero lo que nadie dejó de ver fue el rojo pasión de las películas de Pedro Almodóvar, de colores saturadísimos, aunque el origen de todo estuviese en la pura y fría desolación de Carmen Maura, estampándole benditamente a su marido una pata mondada de jamón en '¿Qué he hecho yo para merecer esto?'. En las primeras películas hasta 'Mujeres al borde de un ataque de nervios' es imposible no ver el resplandor feliz de una cosa nueva que late, que vibra, que divierte y que casi parece ir por delante de la mayoría de la sociedad española: todo está lleno de mujeres, de homosexuales, de consumidores compulsivos u ocasionales de drogas y hasta de enamorados perdidos como Antonio Banderas (aunque es lógico que lo estuviese de Victoria Abril en 'Átame', como su propio nombre indica). Es verdad que hoy sigue existiendo ese culto hipersensible a 'Arrebato' (Iván Zulueta), que no fue más que un experimento o síntoma de época, pero no exactamente la mejor película de los últimos 50 años según creen tantos.

Lo innegable es que hasta los más viejos del lugar, pero también los jóvenes, tienen identificado como propio un 'starsystem' español de popularidad y autoridad artística, y en ese cuadro estelar están muchos de los nombres ma-

Ya no hay clase intelectual mandarina: la ha mandado a paseo la horizontalidad compulsiva de las redes sociales y la rapidez de la opinión y el sartenazo digital

yores y más internacionales de un cine que ha hecho grandes cabriolas felices y caídas ternuristas o toscas, sí, pero que ha contado con la más absoluta actriz de nuestra historia, Penélope Cruz, y su gigante pareja, Javier Bardem. De ambos las retinas sentimentales de la ciudadanía

retratarán decenas de instantes icónicos: desde que eran niños en 'Jamón, jamón', de Bigas Luna, hasta que están a punto de ser padres de familia y a ellos se acerca apaciblemente Woody Allen para hacer una película menor. Pero la rotundidad de la escena de Bardem en 'Antes que anochezca' haciendo de Reinaldo Arenas o en 'Los lunes al sol' haciendo de parado o en 'El buen patrón' haciendo de tarado, está a la altura, aunque sea tan diferente, de la inaudita plasticidad de Penélope Cruz en manos de Almodóvar con papeles insuperables (siempre).

No se acuerda ya nadie pero medio siglo da para mucho, y dio también para adaptar al cine y a la televisión magníficamente algunos títulos mayores de la novela española, y esas adaptaciones las vimos todos, quizás más niños y quizás menos, pero las vimos con resultados tan extraordinarios como 'Los santos inocentes', de Mario Camus, o las 'Cañas y barro' que adaptaba la novela de Blasco Ibáñez con una turbadora presencia liberadora de mujeres protagonistas. Aunque quizás ninguna como 'La Regenta', que encarnó Aitana Sánchez-Gijón, y entre ellas estuvo 'El Quijote', en una magnífica adaptación de Manuel Gutiérrez Aragón; u otro deslumbrante experimento como el que legó a la posteridad Pilar Miró muy poco antes de morir en 1997: 'El perro del hortelano', de Lope de Vega, con dos arrebatadores Emma Suárez y Carmelo Gómez.

Cero caspa, cero gualdrapa, cero sacristía, pese a quedar todo en casa: españoles adaptando cosas de españoles. Pero parecen otros, nacidos de otro tiempo, encauzados con otros raíles, hechos de otra pasta, y esa es seguramente parte de la ruta que explica que la era de las series haya pillado a España en un punto óptimo para que nuevas cabezas, más jóvenes todavía, y más libres de prejuicios y más atrevidas se hayan puesto a fabular a su aire, y muy destacadamente la impagable 'La Mesías', de Los Javis (¡o 'La Veneno'!) como intrusión sin secretos en el mundo de la fe sectaria. Pero hubo muchas más series antes, y no todas nacidas del talento de Álex Pina ('La casa de papel'): la creatividad y la intencionalidad hasta política de 'El Ministerio del tiempo' siguen sin haber sido superadas como serie de la televisión pública, y por supuesto ahí sigue 'La casa de papel' como el mayor éxito global de una producción española que supo entremeter en una trama de robos el sujeto colectivo sublevado en las calles del 15-M. Vale, hay más,

muchas más y muy buenas, como 'Arde Madrid' en manos de Paco León, o 'El Apagón', de varios directores, entre ellos, Rodrigo Sorogoyen, el mismo de la corrosiva 'Anti-disturbios', o como la malvada 'Vida perfecta', de Leticia Dolera, o 'Esto no es Suecia' (como podría decir Finlandia), de Aina Clotet y Mar Coll, o tan raras como 'Autodefensa', de Belén Barenys y Berta Prieto, o la insoportable naturalidad de 'Querer' de Alauda Ruiz de Azúa (con Eduard Sola como su impecable coguionista, como lo fue de 'Casa en flames' y su impresionante Emma Vilarasau).

Ese ha sido parte del regalo central e irreversible de medio siglo de cultura en España: ellas, muchas, se han puesto a contar y a hacerlo en cualquier formato, con imágenes, con voces como las de Rosalía, Rozalén o Silvia Pérez Cruz, o por escrito, como está haciendo en literatura una escuadra desatada e imprevisible, con nombres muy jóvenes como Cristina Araújo o Sara Barquinero. La personalidad de Isabel Coixet es tan magnética en 'Mi vida sin mí' como felizmente desinhibida en la serie 'Foody Love', mientras el coraje restalla en la estremecida 'Tres días con la familia', de Marc Coll, y Carla Simón da su mejor voz en 'Estiu 1993'.

Quizás ha sido la opulencia creciente de las películas de Alejandro Amenábar lo que ha ido dejando atrás la veracidad y el imán moral que había en 'Tesis' o 'Mar adentro', mientras está tan viva como el primer día 'Belle Époque', de Fernando Trueba, tan aviesamente inocente, o la docuficción de David Trueba sobre Jorge Sanz. Ya no son nombres desconocidos ni una nueva hornada de actores, aunque algunos lo sean –Luis Tosar, Sergi López, Candela Peña, Luis Zahera, Antonio de la Torre, Patricia López Arnaiz, Marta Etura, Quim Gutiérrez, Úrsula Corberó, etc–, ni una nueva tanda de directores, no siempre vinculados al afortunado paso de muchos de ellos por la Escac: Alberto Rodríguez y 'La isla mínima', Daniel Sánchez Arévalo y 'Azul oscuro casi negro' o 'El bala' de Achero Mañas; pero pocas películas llevan encima el poder hipnótico de Albert Serra y sus impactantes 'Tardes de soledad', o el aire de Cesc Gay y su burla mate de las aprensiones de la clase media.

Una clase intelectual carbonizada

Por fortuna ya no hay clase intelectual mandarina (que viene de mandarín) ni existe nada parecido a eso: lo ha mandado del todo a paseo la horizontalidad compulsiva de las redes sociales y la ultrarrapidez de la opinión y el sartenazo digital. Pero eso existió durante al menos las tres décadas finales del siglo XX, y entre nosotros había jerarquías ejecutivas que pasaban casi siempre por el diario El País. Eso

50 años de libertad

Por fin sin caspa ni gualdrapa ni sacristía



Bibiana Fernández, Marisa Paredes, Chus Lampreave, Pedro Almodóvar, Rossy de Palma y Agustín Almodóvar en 1996. FOTO: CHEMA CONESA

también se acabó, por supuesto, pero, ¿os imagináis que tuviésemos que seguir escuchando, viendo y leyendo a las autoridades intelectuales del último tercio del siglo tipo Julián Marías, Camilo José Cela o Pedro Laín Entralgo, todo el día congestionados con la angustia del ser de España?

Es verdad que a algunos de los nuevos autores de por entonces, joviales, hedonistas y explosivos, se les ha ido poniendo con el tiempo cara de congestión moral al estilo de los otros, pero al menos durante décadas fueron auténticas lluvias torrenciales de ideas, desplantes, desvelamientos y arbitrariedades felices. No tuvieron siempre el amarillismo que los tiene hoy Fernando Savater o Félix de Azúa, y algunos otros se murieron antes de tener tiempo de ama-

rrilar, como uno de los sabios de la tribu, Rafael Sánchez Ferlosio. Pero nadie debería dejar de meterse en el cuerpo (o poniendo el cuerpo, o como haya que decirlo), algunos libros formidables de estos autores hoy tan reaccionarios pero que fueron de lo mejor que dio de sí durante décadas el pensamiento en España. Y eso fue mucho, y por ahí entran las abreviaturas escépticas y radicales que reservó Ferlosio para su libro 'Vendrán más años malos y nos harán más ciegos' (acertó en todo menos en la profecía histórica), o la pionera meditación sobre el cine de Eugenio Trías en 'Lo bello y lo siniestro', o la irresistible inteligencia irónica de Savater en 'La infancia recuperada', en la valiente 'La tarea del héroe', o en las intermitencias de un 'Diccionario de filosofía' que no tiene nada de diccionario, pero sí de literatura fecunda y adictiva como las mejores breverías de TikTok.

¿Mujeres? ¿Dónde están las mujeres que piensan? Claro que las había, pero eran pocas y con menos impacto público que hoy: estuvieron ahí Victoria Camps y Adela Cortina, y estuvo también María Zambrano aún para disfrutar de algunos años de democracia, pero no fueron muchas. Ha habido que esperar a escucharlas sueltas, libres, cuajadas y desprejuiciadas a los albores del siglo XXI, y es entonces cuando han ido rumiando en público y en voz alta voces como Remedios Zafra, Marina Garcés, Marta Peirano, Clara Serra o Elisabeth Duval, sin que callase nunca Maruja Torres o explotase por cuenta de su 'Olvidado rey Gudú' la gran Ana María Matute.

Era mujer también quien mejor habló de qué nos pasa cuando leemos novelas y por qué nos arrebata que nos cuenten historias: fue Carmen Martín Gaite en un libro escrito durante casi toda la vida, y hecho de la enhebración de su propia biografía de lectora, de escritora y de mujer, 'El cuento de nunca acabar', aunque hemos ido descubriendo que el cuento sí se acaba. Y esa mezcla tan rara y tan suya de confidencia, reflexión, apunte y exploración me trae a la memoria la proliferación por primera vez masiva en nuestras letras de obras dispuestas a contar la vida propia con una veracidad a veces abrumadora, como la que usó Juan Goytisolo en los ochenta para su 'Coto vedado' y 'Los reinos de taifas', o como la a veces azorantes que empleó Carlos Castilla del Pino un poco después en otro tomo como 'Pretérifo imperfecto': gente que intentó contar su biografía mintiendo lo menos posible, como hizo también un hombre orquesta del espectáculo mediático, Terenci Moix, y también memorialista valioso en 'El peso de la paja'; o como hizo un actor de lujo y director, Adolfo Marsillach.

Hasta se habilitó, y ahí sigue, la ruta esquiva y difícil del diario/dietario de escritor, con el ejemplo de un extraordinario pionero, Pere Gimferrer, y la reinvención del género que empujó durante muchos años Francisco Umbral con unas cuantas obras maestras (de 'La noche que llegó al

A algunos de los nuevos autores de entonces –joviales, hedonistas y explosivos– se les ha puesto con el tiempo cara de congestión moral

café Gijón' o 'Diario de un escritor burgués' a 'Un ser de lejanías'), se cundaron Miguel Sánchez-Ostiz, ácido, compulsivo, temerario, o Antonio Martínez Sarrión, tan intencionadamente esquinado y exigente, y estabilizó en una suerte de portaviones un miembro actual de la cofradía del sufrimiento español, Andrés Trapiello. Nada de ese sufrir patriótico lacerante de hoy está en los innumerables tomos de una obra gigante –y burlona, y chismosa, y lírica y valiente– como la serie de sus diarios titulada 'Salón de pasos perdidos'.

La novela se hizo mestiza

La única añoranza que puede ser medio legítima sobre el pasado tiene que ver con la aclimatación española de la excepcional narrativa nacida en América Latina, y esa fue la experiencia literaria más poderosa del tránsito entre la dictadura y la democracia. A nadie se le escurría entre los dedos una novela de García Márquez o unos cuentos de Julio Cortázar, un experimento humorístico de Alfredo Bryce Echenique o una narración queer de Manuel Puig –sin saber que era queer– ni un gigantesco juego de palabras de Guillermo Cabrera Infante ni la infinita piedad que inspiran los diarios de Julio Ramón Ribeyro. Ni por supuesto ninguna de las grandes novelas de Mario Vargas Llosa, a despecho de que muchos de sus lectores identificasen en sus novelas una izquierda que contradecía a rajatabla su articulismo de derechas, y entonces les explotara la cabeza.

Todo eso estaba, estuvo (está) en las librerías y en las tablets a la vez que brotaba un ecosistema editorial y literario (Anagrama, Tusquets, Alfaguara, Seix Barral, y más tarde Asteroide, Periférica, etc), capaz de inventarse lectores para nuevos autores que apenas sonaban a nadie pero fueron cuajando hasta hoy como testigos veraces de un tiempo nuevo. La densidad emocional y moral de Antonio Muñoz Molina era distinta de la elevación especulativa de Javier Marías o de la ansiedad analítica de Álvaro Pombo, y apenas nada tenían que ver la metaliteratura autoficticia de Enrique Vila-Matas o las averiguaciones de Ignacio Martínez de Pisón con la frescura primero y la reconstrucción histórica después de Almudena Grandes, o el impulso de denuncia que empuja a Elvira Lindo, Belén Gopegui y Marta Sanz, y que anidó también en Rafael Chirbes (para mí el mejor está en 'La buena letra' o 'Los dominios del lobo'). E igual que habían habitado entre nosotros algunos de los nombres mayores americanos, lo hicieron también sus herederos, en una curiosa repetición en diferido y diferente del fenómeno, y por aquí anduvieron durante años, y re-

gresan a menudo, nombres mayores de las letras en español como el muy tempranamente desaparecido Roberto Bolaño, Cristina Peri Rossi, Héctor Abad Faciolince, Juan Gabriel Vásquez, Jordi Soler, Sergio Ramírez o Gioconda Belli.

Algunos podían vender mucho y salir a hombros de las portadas del Babelia, pero ninguno o casi ninguno pudo hacerlo como la continuidad de la buena literatura comercial, y nadie la ha hecho mejor que otro fallecido prematuro como Carlos Ruiz Zafón o como Arturo Pérez-Reverte, con variación histórica o sin ella, y una larga lista de autoras de megaéxitos comerciales que hablan de lo que lee la inmensa mayoría de la gente, no siempre literatura de calidad incontestable, por decirlo así, como María Dueñas, Julia Navarro, Elisabeth Benavent o la derivación española de 'Cincuenta sombras de Grey', Megan Maxwell (aunque la firma parezca extranjera, es española, y vende centenares de miles de ejemplares).

España tuvo por suerte también su versión de la literatura concentracionaria bajo la firma de Jorge Semprún (aunque sus libros los escribiese casi siempre en francés), como tuvo una industria literaria unipersonal detrás del nombre de Manuel Vázquez Montalbán para reinventar la novela de detectives y exportar el modelo de Carvalho, de la misma manera que la democracia ha vivido casi sin darse cuenta la expansión estatal de literatura escrita en catalán, en euskera o en gallego, y por eso resultan familiares novelistas tan obvios como Bernardo Atxaga, como Manuel Rivas o como Carme Riera, Quim Monzó y Sergi Pàmies. Aunque sea amigo hace cuarenta años, nada impide identificar en la publicación en 2001 de 'Soldados de Salamina', de Javier Cercas, el origen de una inflexión genuina en la novela contemporánea española e internacional. Se metía a sí mismo en el libro sin ser él mismo, y casi todo el mundo creyó que era él sin ser él del todo, y de ahí salió el empuje para retar a la novela a buscar el mismo efecto de la ficción con libros que no llevaban ficción, y eso hizo en obras maestras como 'Anatomía de un instante' o 'El impostor'.

A la cultura en España la democracia le sentó de miedo. Sin esas sacudidas en todos los ámbitos (y muchos que ni he mencionado, como la estrañalaria genialidad de Miquel Barceló, como la contenida lírica de Joan Margarit y de Luis García Montero, como el aplomo de la escultura de Cristina Iglesias, como la aventura interrumpida del arquitecto Enric Miralles o la atrevida imaginación estética de Manuel Borja-Vilella), el estallido prolongado en el siglo XXI en el que andamos hubiera sido más difícil o simplemente imposible: una segunda Edad de Plata de la cultura española, diría sin demasiados remilgos.



Orgullo y tentaciones del éxito deportivo

Los JJOO de Barcelona fueron progreso, normalización democrática y un cambio radical para los deportistas españoles



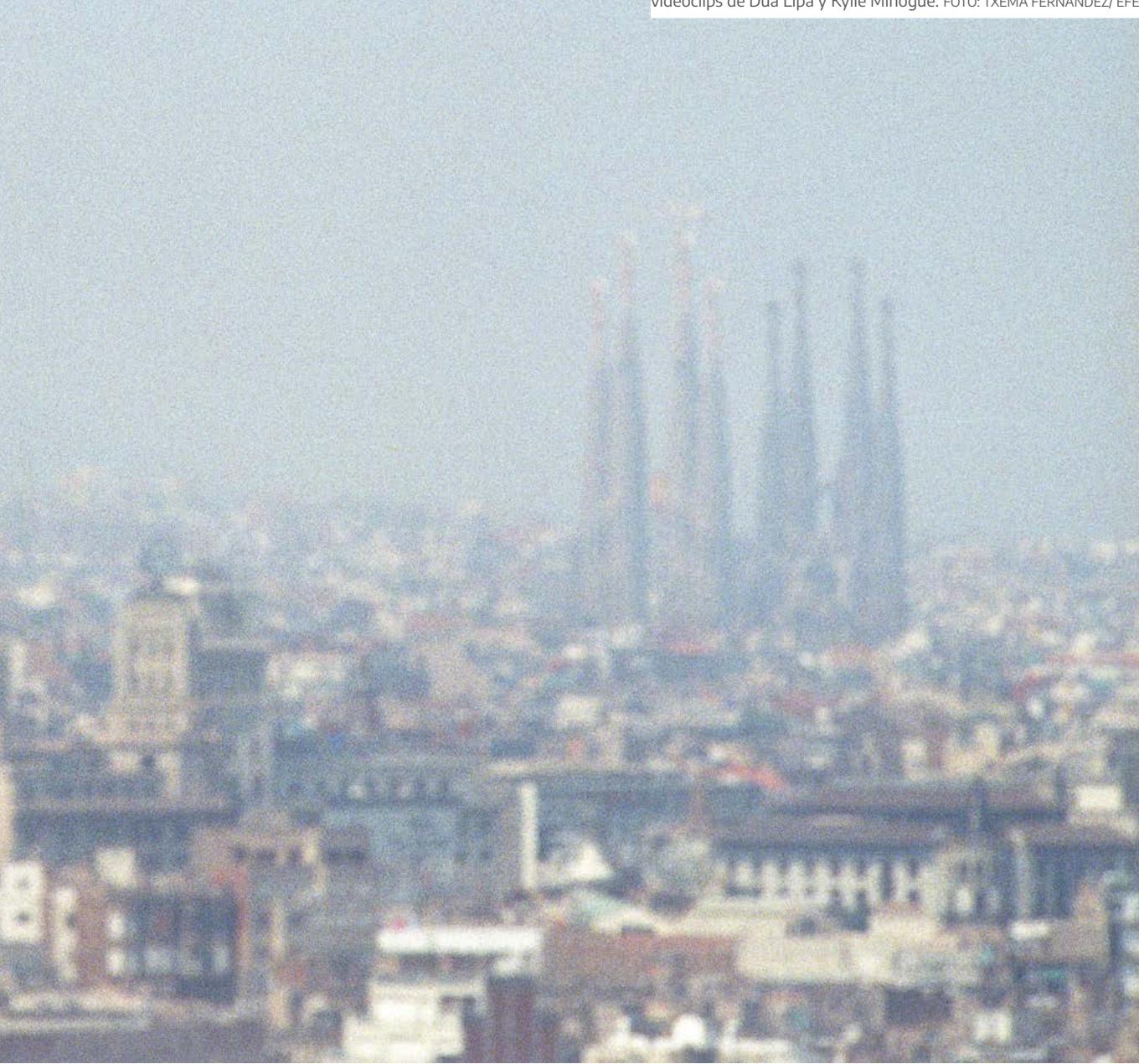
Álvaro Corazón Rural

Periodista y escritor

Hoy, el deporte puede aparecer donde menos te lo esperas, incluso en la Fundación Juan March. Concretamente, en una entrevista que el historiador Santos Juliá le hizo a Álvarez Junco, el gran investigador del mito de la nación española. En un momento de la conversación, preguntándose por la compleja identificación con el país que sienten sus ciudadanos, entre la exaltación, el desapego y el rechazo, Junco sacó a colación el

Una plataforma al mundo

Las piscinas municipales de Montjuic ofrecen el que posiblemente sea el mejor tiro de cámara de la historia del olímpismo. Una perspectiva de la ciudad, con la icónica Sagrada Familia al fondo, que no deja de ofrecer imágenes asombrosas de "vuelos humanos" en cada una de las competiciones de salto y que ha sido incluso utilizada en videoclips de Dua Lipa y Kylie Minogue. FOTO: TXEMA FERNÁNDEZ/ EFE



grito de "yo soy español, español" que, a su juicio, paradójicamente sí había logrado identificar a una importante proporción de la población. Se estaba disertando sobre si en la dictadura al no ser uno ciudadano de un Estado, no podía ser nacional de la nación, pero toda esta serie de abstracciones teóricas quedaron sepultadas bajo una palabra: fútbol.

No tiene sentido engañarse. El fútbol en España es una afición mainstream que toca a todos los miembros de la fa-

milia y es capaz de paralizar el país en fechas señaladas. Si cuando juega la selección se reduce al mínimo el telediario, la última hora sobre Gaza y Ucrania se da en el descanso del encuentro. Y nada de eso es fruto de la dictadura ni de sus continuidades, ha sucedido en democracia.

En los estertores del franquismo y durante la Transición, la situación no era tan boyante para el fútbol en particular y el deporte en general. En las revistas especializadas se

escribían columnas de opinión lamentando los estadios semivacíos y el desinterés de la juventud. Se decía que las gradas, entre nubes de farías y Varón Dandy, estaban envejecidas. Los adolescentes preferían el rock and roll y el cine –escribían– y contra eso poco se podía hacer.

En la actualidad, se escuchan análisis similares, los jóvenes están volviendo a abandonar el deporte, pero ahora se mencionan los videojuegos y las redes sociales. Es curioso, porque desde la Transición, el sector ha atravesado el mayor desarrollo de toda su historia y España se ha colocado, en múltiples disciplinas, en la vanguardia mundial.

Son varios los fenómenos que explican esta explosión en la práctica y la afición deportiva. Por un lado, periclitada la dictadura, emergió un verdadero Estado en tanto en cuanto se empezaron a prestar servicios dignamente financiados. Nada de eso había ocurrido en el franquismo. El artículo 43.3, la Constitución proclamó: "Los poderes públicos fomentarán la educación sanitaria, la educación física y el deporte". Siguió la Ley 13/1980, que tenía como fin "el impulso, la orientación y la coordinación de la Educación Física y del Deporte como factores imprescindibles en la formación y en el desarrollo integral de la persona" y que supuso la obligación de que todos los centros de educación básica contaran con infraestructuras adecuadas. Partiendo de la base de que en los 70 había niños que iban a clase en pisos particulares, con la nueva legislación las instalaciones deportivas pasaron de 19.418 en 1975 a 48.723 en 1986¹.

Sin embargo, no todo se explica por políticas. A veces tiene que surgir lo inesperado, lo mítico, la magia, como se quiera llamar. Si tenemos que explicar la generación de oro del baloncesto español, la que conquista mundiales, platas olímpicas y el Eurobasket de forma recurrente, uno de los mejores equipos de la historia del deporte, tenemos que situarnos a principios de los 80, en tres veranos espectaculares, en los que una selección inesperada cosechó un cuarto puesto en el Mundial del 82, subcampeonato de Europa en el 83 y la plata de los JJ. OO. de Los Ángeles 84. Una generación joven y descarada consiguió derrotar a la URSS y a Yugoslavia, gesta que incluso se coló en la malinterpretada canción de Los Nikis, grupo de La Movida.

La pasión que despertó ese equipo coincidió con la profesionalización de la ACB, que se emitía en la televisión pública y las autonómicas hasta bien entrados los 90. Este nuevo contexto y diferentes inversiones y patrocinios garantizaron cierta igualdad entre Real Madrid, Barça, Estudiantes y Joventut. En consecuencia, se llenaron los pabellones cada semana para ver el basket. Los niños nacidos en los 80 crecieron asistiendo a este espectáculo, un baloncesto de gran calidad física y táctica, con extranjeros carismáticos y de primer nivel. Los clubes españoles podían caer inclementemente ante los equipos balcánicos, primero

CINCO DÉCADAS EN 12 DATOS



FUENTE: WIKIPEDIA

los yugoslavos y luego los griegos, pero tenían presencia permanente en la Final Four de la élite europea.

Barcelona 92

No se puede negar que la eclosión del negocio global de la NBA con la estrategia de marketing más espectacular de toda la historia del deporte, el Dream Team de Barcelona'92, también influyó en esos críos, pero la pujanza de la ACB esos años fue el laboratorio del que surgieron los Gasol, Navarro, Carabajal, Calderón, etc... Una generación de puro talento, pero también fruto de una cultura.

Esos Juegos Olímpicos, los nuestros, fueron quizá el eje que marcó el desarrollo del deporte español. Franco ya había intentado celebrar una cita olímpica en España, pero el fracaso de la candidatura fue el vivo reflejo de lo que era la dictadura. En 1965, Barcelona se postuló para obtener los JJ. OO. de 1972. Cuando el proyecto ya estaba listo, a última hora Arias Navarro, entonces alcalde de Madrid, presentó a la capital y el COE, en Nochebuena, se inclinó por la capital. Barcelona sería una sede secundaria para las competiciones de vela. La charlotada no pudo con la candidatura de Múnich, que tenía una profunda carga simbólica, dejar atrás el pasado nazi de Berlín 36².

En 1992, España se encontraba en una situación parecida a los alemanes. Los JJ. OO. de Barcelona tenían que ser los de la normalización democrática, los del progreso de España, un país que dejaba atrás la dictadura franquista. El COI, a su vez, también quiso que supusieran el símbolo del final de la Guerra Fría. La ciudad catalana, cosmopolita, diversa y milenaria, tenía que soportar semejante peso histórico, que de nuevo se iba a expresar mediante el deporte. Era el proyecto estrella de la estrategia de un gobierno que quería, básica y prosaicamente, atraer capitales extranjeros mostrando un nuevo país en diferentes escaparates durante un mismo verano.

No cabe duda de que el impulso olímpico cambió el deporte español para siempre. El Plan ADO no solo fueron unas becas, como se suele creer. También se crearon centros de alto rendimiento y se fortaleció el papel de la ciencia en el deporte. Nombres de medallistas como Mireia Belmonte (natación), Saul Cravotto (piragüismo), Pedro Aguado (waterpolo), Carolina Martín (bádminton), Joel González (taekwondo), Javier Gómez Noya (triatlón)... han ido desfilando por los pódiums asociados siempre al Plan ADO. Tras obtener 5 y 4 medallas en Los Ángeles y Seúl, respectivamente, se logró la cifra histórica de 22 en Barcelona para continuar con una media de 17 medallas por cita hasta París en 2024.

Sin embargo, hubo una cara B en todos estos años de gloria del deporte español. El médico Eufemiano Fuentes –involucrado en la Operación Puerto que puso de manifiesto un dopaje masivo en el deporte de élite nacional– comentó ante una cámara supuestamente oculta de la televisión alemana ARD que el Gobierno le dio libertad para hacer lo que fuera necesario para conseguir medallas en Barcelona 92. La única condición habría sido que no hubiera positivos ni problemas de salud. Fuentes, según su testimonio, entendió que podía importar el sistema de dopaje de la RDA, para lo cual tuvo que pagar por la información.

El alcance real de sus métodos solo se puede intuir, ya que el juez Antonio Serrano no permitió a los investigadores acceder a toda la documentación incautada. En consecuencia, tanto la prensa internacional como expertos en dopaje llevan años preguntándose por la impunidad de Fuentes y la ausencia de investigación, al menos periodística sobre este fenómeno en España. El plan del doctor, según sus propias palabras, no parecía difícil de rastrear: “Crear un equipo de trabajo, ocho años antes buscar jóvenes de 12 a 15 años que en la Olimpiada tuvieran 22-24 años, captarlos, prepararlos técnicamente, entrenarlos deportivamente y ayudarlos médicaamente para que den el máximo”.

Pero Fuentes no fue el único doctor. Marcos Maynar, autor de informes exculpatorios para casos como el de Carlos Gupergui, positivo por nandrolona en el Athletic de Bil-

bao, o Aitor González, ciclista del Euskaltel-Euskadi, fue sancionado diez años en Portugal por la red de dopaje descubierta en el equipo LA-MSS, donde había fallecido el ciclista Bruno Neves de un paro cardíaco mientras entrenaba.

Tan solo dos años después de este suceso, en 2010, Paco González dijo en la Cadena Cope que, entre el material incautado en la Operación Galgo, había constancia de que el Real Madrid enviaba los análisis internos que le realizaba a sus jugadores al doctor Maynar. La idea “que les dijera si está todo bien”. Lo que nadie preguntó fue el qué: si la limpieza o la administración de productos. Los protocolos de detección son una información preciosa para establecer las pautas de dopaje. Cuando ese mismo año un laboratorio de Colonia introdujo por sorpresa un método experimental más preciso y profundo que el conocido hasta entonces, explotó un caso de dopaje de uno de los niños bonitos del deporte español, Alberto Contador. Positivo por clembuterol, cuyo umbral permitido en sangre es cero.

Quince años después de todos estos sucesos, encuestas anónimas sitúan el dopaje en el atletismo español entre un 28 y un 36%, mientras CELAD (Comisión Española para la Lucha Antidopaje en el Deporte) se ha enfrentado a graves críticas por defectos de forma en los casos que supervisa, es decir, por un posible encubrimiento deliberado.

Al mismo tiempo, y si sirve de consuelo, España está a la vanguardia en investigación y ciencia en el deporte. Los pool de innovación existentes son punteros. Recientemente, un dispositivo español ha sido capaz de calcular el lactato en sangre en tiempo real mediante la medición del sudor, lo que supone una verdadera revolución para la preparación de los deportistas. Igual que los gemelos digitales de los atletas, el lienzo sobre el que se desarrollará la futura medicina deportiva. En España se están llevando a cabo investigaciones muy avanzadas para establecer un modelo homologable en todo el mundo.

Esta es la faceta que debería distinguir el deporte español en la democracia, la inversión en ciencia (legal), ya que se ha demostrado con Induráin, Rafa Nadal, Fernando Alonso, Marc Márquez o unas selecciones de fútbol masculina y femenina –que han dejado boquiabierto más de una vez a todo el planeta–, entre tantos otros, que España cuenta con materia prima de una calidad extraordinaria. Ya no hay motivo para sentirse acomplejados como ocurría en el régimen anterior, pero la exaltación e instrumentalización política del éxito deportivo no se debería permitir nunca que cegase a las instituciones.

¹ “Los españoles y el deporte. Del pódium al banquillo”, de David Moscoso Sánchez.

² “Los Juegos Olímpicos de Franco: Un análisis de la candidatura frustrada de Barcelona'72”, de Juan Antonio Simón.

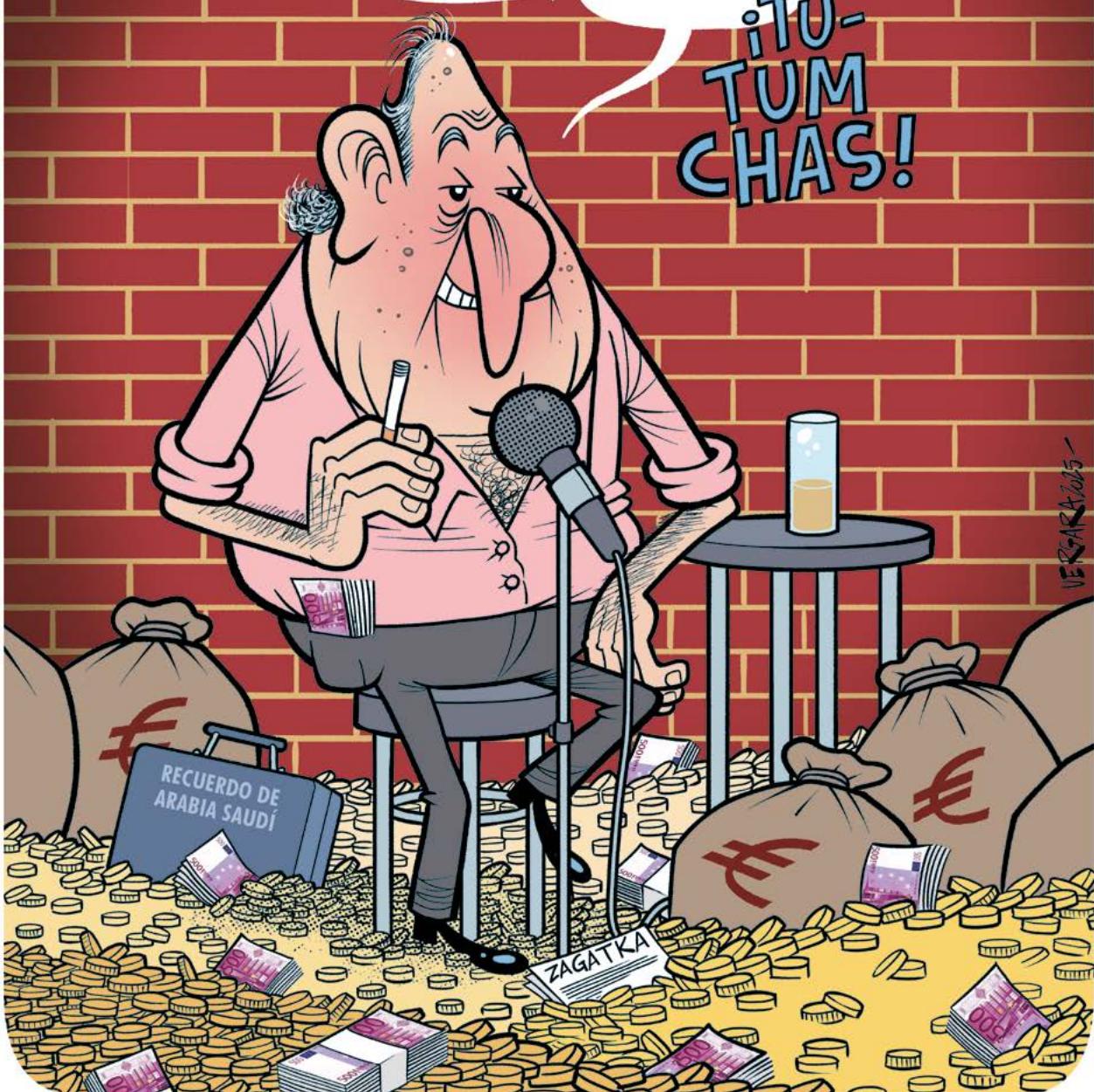


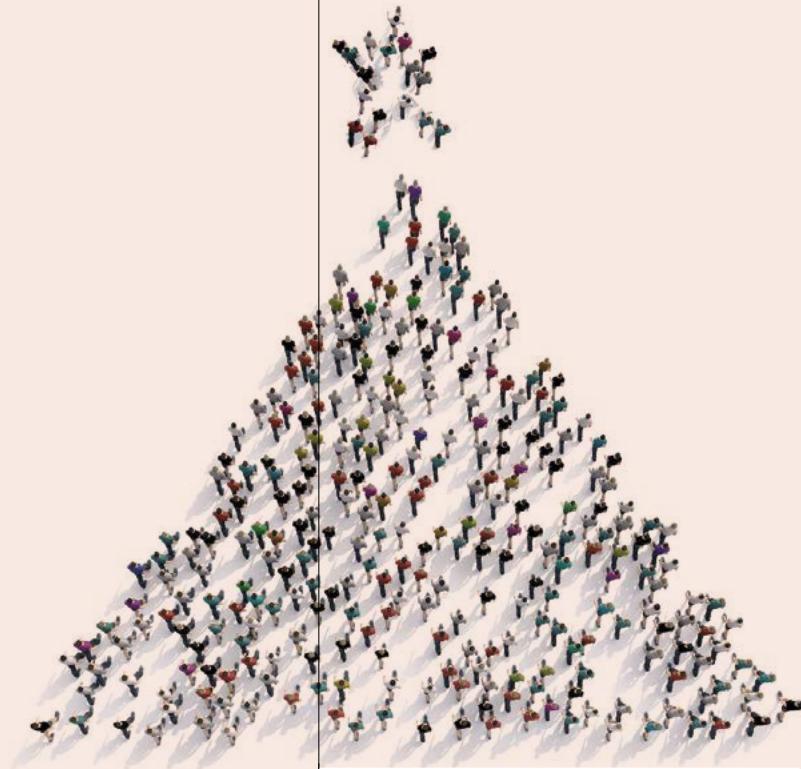
50 AÑOS DE MONARQUÍA

(Y OTROS TANTOS DE
DISCURSOS NAVIDEÑOS
DEL REY DE TURNO)

La justicia
es igual para
todos.

¡TU-
TUM
CHAS!





**Muchas personas,
haciendo pequeñas
cosas, pueden tener
un gran impacto
Regala elDiario.es**

**El periodismo riguroso e independiente
está en juego.**

Ayúdanos a defender nuestro derecho a informar y a ejercer el secreto profesional que garantiza que la prensa pueda investigar al poder.



eldiario.es/regala
socios@eldiario.es
Telf. 91 368 88 62

'Cachitos' de democracia

Apuntes para medio siglo de crónica sentimental



Isaac Rosa

Escritor, columnista de elDiario.es

ILUSTRACIÓN DE PATRICIA BOLINCHES

No sé si existe eso que llamamos memoria sentimental, pues en una sociedad conviven muchas memorias, a veces contrapuestas. Esta es la de alguien que ha nacido en 1974, se ha criado en Extremadura en una familia obrera y de izquierdas, y que llegó a la edad adulta en el Madrid del cambio de siglo. Quienes tengan más o menos años, hayan vivido otras realidades familiares o en otros territorios, seguramente tengan su propia memoria sentimental. Pero creo que hay elementos compartidos por una mayoría social en un tiempo y lugar. Son los que intento recoger aquí, década a década.

1981

¡Chanquete ha muerto!

Españoles, Franco ha muerto. Españoles, Chanquete ha muerto. La Transición se abre con una muerte y se cierra con otra. Las dos anunciadas en televisión, las dos recibidas con gran conmoción. Fin del paralelismo. En términos políticos podemos discutir si la Transición termina en realidad con la aprobación de la Constitución, el golpe de Tejero o la victoria socialista. En términos populares no ofrece discusión: 'Verano





azul' es la bisagra entre dos tiempos. Hasta aquí la Transición, a partir de aquí la democracia. Silba un poquito la sintonía antes de seguir leyendo.

La mítica serie de Antonio Mercero tenía algo de ingeniería social: capítulo tras capítulo sus tramas daban carta de naturaleza a transformaciones que ya estaban en marcha, imparables pero que encontraban todavía fuertes resistencias: voto ciudadano, protesta social, divorcio, madres solteras, emancipación de la mujer, especulación inmobiliaria, enfrentamientos generacionales... Todo en versión suave, para todos los públicos, que nadie se molestase. Una serie donde los policías eran bonachones (aquel entrañable Barrilete); y que reinterpretó y desactivó un clásico canto de la lucha obrera ("No nos moverán").

Con 'Verano azul', estrenada en octubre de 1981, se acabaron las vacaciones políticas como se acaban las vacaciones de la pandilla en Nerja, fin al tiempo de aventura y experimento que fue la Transición. Y con ella empieza la democracia, un tiempo de convivencia pacífica que se quería guiado por el sentido común, la calma y la sabiduría mediadora de un Chanquete.

Los 80 Ni la madre que la parió

A España, tras la victoria socialista del 82, no la iba a conocer ni la madre que la parió, profetizó Alfonso Guerra. Y en efecto la década de los ochenta fue una fuerte sacudida en la España todavía tardofranquista. La década prodigiosa para algunos, el desencanto para otros, arrasó astilleros y siderurgias en la reconversión industrial, barrios enteros con la heroína y más de 400 vidas a manos de ETA. Los obreros levantaban barricadas en carreteras y polígonos, y los estudiantes se enfrentaban a pedradas con la policía mientras el icónico Cojo Manteca rompía mobiliario urbano con la muleta. Los ochenta se llevaron también parte del ideario del PSOE, que una vez en el gobierno moderó sus posiciones ("OTAN, de entrada no"), se tragó sucesivos sapos ideológicos (la educación concertada) y dejó la economía en manos de un neoliberal: Miguel Boyer. Su relación con Isabel Preysler (ex de Julio Iglesias y del Marqués de Grinón) mezcló la política con la prensa rosa, y fue emblema de la 'Beautiful People': el coqueteo del socialismo gobernante con las clases altas y el poder financiero, para estupor de sus votantes más obreristas, que todavía tenían en la pared aquel póster naïf dibujado por José Ramón Sánchez.

Pero las palabras de Guerra se referían a la modernización de un país que se sacudía el atraso de décadas. Nuestros ochenta fueron lo que los sesenta a otros países occidentales, ya que no habíamos tenido revoluciones culturales y sociales en 1968. Había que acelerar para que la histórica entrada en la Comunidad Económica Europea no fuese un mero trámite: decir adiós al 'Spain is different'. Mientras crecía la población universitaria y todavía funcionaba el hoy añorado ascensor social, los jóvenes daban salida a su rebeldía por la vía cultural, sobre todo musical.

La Movida puso la dosis justa de transgresión y radicalidad, pero sin pasarse: centralizada sobre todo en Madrid (con episodios locales), pronto institucionalizada y patrocinada por los socialistas (con el alcalde Tierno diciendo aquello tan loco de "el que no esté colocado, que se coloque"), la Movida excitaba (y despolitizaba) a los jóvenes y espantaba a los viejos, mientras opacaba una contracultura mucho más transgresora y menos publicitada. Ajenos a la Movida eran también quienes se integraban en tribus urbanas, tema habitual de la prensa de la época con su dosis de pánico moral. Por no hablar de los últimos quinquis que dejaron huella en barrios marcados por la heroína.

A la Movida la mayoría la vimos por la tele, como casi todos los grandes cambios. En la televisión pública triunfaban programas musicales como 'Tocata' (más popular que el minoritario 'La Edad de Oro') que renovaban el más rancio 'Aplauso' de los setenta, y cuya finalidad principal, ahora lo sabemos, era alimentar los 'Cachitos' nostálgicos del futuro. Para los no tan jóvenes, los ochenta fueron los años dorados de la canción socialdemócrata: Serrat, Sabina o Miguel Ríos llenaban plazas de toros, mientras 'La puerta de Alcalá' (Víctor y Ana) quedó para toda una generación como himno de la década. Pensaba enumerar grupos del entonces pujante pop español, pero la práctica totalidad siguen en activo cuarenta años después, con la excepción del más popular entonces: Mecano. Si te digo "no hay marcha en Nueva York", tú me contestas "y los jamones son de York". Te vas a pasar el día cantándola, ódiame.

Volviendo a la Movida, mientras copiábamos hombreras y cardados de aquellos artistas radicales 'ma non troppo' (algunos acabarían en la ultraderecha con el correr de los años) y queríamos ser chicas Almodóvar y dedicarnos a trabajos creativos ("¿Estudias o diseñas?", era el chiste), vivíamos una revolución sexual (pese al SIDA), el divorcio y el aborto se normalizaban contra la resistencia de la derecha y de la iglesia

Los 80 son la zona cero de toda la chatarra nostálgica que todavía hoy nos entremece: la generación EGB, 'La Bola de Cristal', Naranjito, el 12-1 a Malta, la muerte de Chanquete...

El fundido a negro de TVE el 14 de diciembre de 1988, en la huelga general, anticipó que bajo los grandes cambios crecía el malestar

católica, la homosexualidad asomaba del armario (a riesgo de recibir una paliza), a nuestras ciudades llegaban las primeras familias inmigrantes y también los primeros hipermercados o los restaurantes chinos. Los jóvenes seguían haciéndose hombres en la mili, las mujeres accedían a profesiones antes vetadas (las primeras policías), contábamos chistes sobre el recién creado IVA, y envidiábamos las vidas de ricos en culebrones como 'Falcon Crest'.

Por aquella televisión pública desfilaban Jesús Hermida, Mercedes Milá, Pedro Ruiz, Rosa María Sardá, la Trinca, Juan Tamariz con su inolvidable "air-violin", Torrebruno, 'Con las manos en la masa' (te has puesto a cantar la sintonía, reconócelo), los "zero points" de Remedios Amaya en Eurovisión, Miguel Bosé con falda, y la mitificada La Clave de José Luis Balbín, donde señores hablaban de cosas serias (nada que ver con los tertulianos de hoy) mientras fumaban sin parar en una España que apestaba a Ducados en cines, autobuses y hospitales.

En aquella tele cohesionadora vimos la muerte de Paquirri y a la Pantoja convertida en viuda de España, la victoria de Perico en el Tour y de Arantxa en Roland Garros, Lola Flores pidiendo una peseta a cada español, Camilo José Cela contando que podía absorber un litro de agua por el año, Montserrat Caballé en extraño dúo con Freddy Mercury, Bárbara Rey y Ángel Cristo, los primeros pasos de un joven triunfador llamado Mario Conde y, por supuesto, a nuestra omnipresente Familia Real encabezada por un rey campechano al que respetábamos y queríamos. Y Felipe González, entonces un líder carismático, popular, de izquierdas y hasta guapo a ojos de unos votantes que le dieron tres mayorías absolutas.

Los ochenta son también la zona cero de toda la chatarra nostálgica que todavía hoy nos entremece: la generación EGB, 'La Bola de Cristal', 'Barrio Sésamo', la SuperPop y la Teleindiscreta, la serie 'V', el 'Un, dos, tres', la teta de Sabrina, las empanadillas de Martes y Trece, los anuncios que hoy seguimos canturreando (Tu primera colonia Chispas, Tenemos chica nueva en la oficina...), Naranjito, el 12-1 a Malta, la vajilla Duralex, el

walkman y el VHS... Una década embellecida en el recuerdo, llena de conflictos sociales pero que hoy queremos recordar como despreocupada y hedonista, y que además remató con la caída del Muro y la promesa de un futuro mejor.

Ya que los ochenta los vimos en televisión, el quiebro de la década prodigiosa no pudo ser más simbólico: el fundido a negro de TVE el 14 de diciembre de 1988, la gran huelga general que paralizó el país como recordatorio de que, bajo esa superficie de grandes cambios, crecía el malestar.

Los 90 **Póntelo, pónselo**

A la sombra de los añorados y coloridos ochenta, los noventa parecen en el recuerdo una década gris. La Expo de Sevilla y los Juegos de Barcelona fueron el canto del cisne de la modernización: ahora sí que éramos del todo europeos, incluso estrenamos el AVE, que nos hacía parecer un país rico. Pero la resaca de los grandes eventos fue tremenda: crisis económica y corrupción con un gobierno socialista en descomposición y una sociedad que parecía agotar su empuje transformador. Hasta la revolución sexual parecía acabada, pese a que los noventa arrancaron con el 'Póntelo, pónselo' con que el gobierno escandalizaba otra vez a derecha e iglesia católica (nunca fallan) repartiendo preservativos a los jóvenes. Unos jóvenes que escuchaban la llamada de la legendaria Ruta del Bakalao, demonizada por los medios. Otros se hacían okupas, movimiento de gran fuerza, o se alistaban en una tribu en auge: los skinheads, nazis rapados que salían de cacería los fines de semana.

La modernidad llegaba por el lado tecnológico: no nos cabían en el bolso los primeros teléfonos móviles (ni podíamos llamar por lo elevado de la factura), y entraban en nuestras casas las prehistóricas conexiones al todavía misterioso Internet (aquellos modems cuyo ruidito tienes ahora en la cabeza, lo sé). Apenas nos servía para enviar correos, Google no existía (teníamos un buscador llamado Olé), ni redes sociales para difundir memes y bulos. Eso no impidió que convirtiésemos en meme cualquier anuncio ("hola, soy Edu, feliz navidad"), o echase a rodar el mayor bulo de nuestra historia reciente, protagonizado por el cantante Ricky Martin, un perro y un tarro de mermelada.

La televisión seguía siendo nuestra ventana, ahora ampliada con las primeras cadenas privadas: Telecinco,

Antena 3 y un Canal Plus al alcance de unos pocos (otros se dejaban los ojos viendo porno codificado). La riqueza y pluralidad de las nuevas teles se confirmaron pronto: las Mama Chicho nos daban las buenas noches, Jesús Gil tenía programa propio, el fútbol era de pago, nos enganchábamos a culebrones latinoamericanos (sí, yo también vi 'Cristal'), y descubrimos la televisión basura: el fundacional 'Tómbola', Pepe Navarro y Javier Sardá compitiendo por escandalizar, la infame "máquina de la verdad" de Julián Lago, o el morbo que alimentó la caza de brujas contra homosexuales famosos del 'Caso Arny', mientras Nieves Herrero cruzaba todas las líneas rojas con la cobertura del asesinato de las niñas de Alcàsser.

Por el lado más amable son los años de Chiquito de la Calzada y Carlos Arguiñano, Rafaella Carrá y el telecupón de Carmen Sevilla, Farmacia de guardia y Médico de familia reuniendo a las audiencias en un tiempo anterior a las plataformas, o los primeros programas del inmortal Jordi Hurtado. Y por supuesto las bodas reales, que prolongaban el idilio entre los españoles y la Familia Real: las infantas se casaban con pompa, una de ellas con un rubio jugador de balonmano de cuyo nombre no quiero acordarme.

Paco Lobatón buscaba a desaparecidos en 'Quién sabe dónde', mientras un terror más cotidiano se asomaba por primera vez a los hogares desde la televisión: la violencia machista, con la confesión de Ana Orantes, quemada viva por su ex marido días después. Su asesinato fue el germe de cambios legales para proteger a las víctimas. La terrible muerte de Orantes, los detalles espeluznantes del triple asesinato de Alcàsser con la fantasmal huida de Antonio Anglés, y la cruel ejecución de Miguel Ángel Blanco por ETA, commocionaron a una España deprimida económica y socialmente. Así llegamos al final del siglo, pidiendo la hora para que acabase la década y llegase el esperadísimo año 2000.

Los 2000 Un euro, 166 pesetas

El siglo XXI empeñó con dos sobresaltos, uno de broma y otro terrible. El primero, el 'Efecto 2000', el fin del mundo que temimos hasta minutos antes de comernos las uvas, y solo respiramos aliviados (y hasta un poco decepcionados) cuando comprobamos que no se apagaban los semáforos, ni se bloqueaban los cajeros ni caían los aviones en vuelo. El segundo susto, inesperado y terrorífico, derribó las Torres Gemelas en

directo (en el telediario, mientras comíamos) e inauguró un tiempo oscuro y violento, que en España tuvo su coletazo mortal el 11-M de 2004. "Pásalo".

Otro mundo se esfumó, un mundo económico pero también popular: la España de la peseta. "Un euro, 166 pesetas", recordamos los que tenemos ya una edad. Nos pasamos la década calculando mentalmente de pesetas a euros, redondeando para facilitar la operación, aunque el verdadero redondeo fue el de unos precios que nos empobrecieron. Tras ser incondicionalmente europeístas, empezábamos a desencantarnos de una Europa que mostraba su rostro más neoliberal.

En esta primera década del siglo echamos muchas cuentas: no solo para pasar a pesetas los nuevos euros, también para tasar mentalmente nuestras viviendas que no dejaban de subir (nos contábamos una y otra vez el cuento de la lechera), recalcular la hipoteca en plena burbuja, o intentar entender cantidades astronómicas con la crisis financiera global que venía.

Mientras no nos alcanzaba la crisis, nos dimos el gusto de conquistar derechos como el matrimonio homosexual (con la oposición, oh sorpresa, de la derecha y la iglesia católica), y una parte de la cultura vivió un romance con el gobierno Zapatero, los artistas de "la ceja": ahí empieza la culturofobia de la derecha. El entonces príncipe Felipe se casó con una periodista, y dejamos de fumar en bares y espacios públicos cerrados. Pocos cambios tan radicales en lo que a usos y costumbres se refiere.

Mientras esperábamos el estallido de la burbuja, nos distraímos con los muchos canales de la TDT. El mundo de ayer se derrumbaba entre la "guerra contra el terrorismo" y la crisis global, y nosotros nos atontábamos con realities y talent shows, formatos triunfantes junto a las nacientes tertulias políticas. Tiempo de 'Gran Hermano' y 'Operación Triunfo', las primeras mañanas de Ana Rosa, fútbol diario y comedias para pasar el mal trago social ('7 vidas', 'Los Serrano' o 'Aquí no hay quien viva'). Además nos acostumbrábamos a algo que durante todo el siglo XX había sido una excentricidad: deportistas españoles triunfando en competiciones internacionales, de Nadal a Fernando Alonso pasando por las selecciones de fútbol y baloncesto.

Algunos se evadían de la fea realidad con atracones de películas pirateadas (quién se acuerda de aquel eMule), en un tiempo en que se nos decía que la gente nunca pagaría por ver cine o series pudiendo conseguirlas gratis. Ah, y en esos años apareció la

En la primera década del siglo echamos muchas cuentas: para pasar a pesetas los euros y para tasar mentalmente nuestras viviendas

Los 10 terminaron con un gesto tardío, pero altamente simbólico para la joven democracia: la salida de Franco del Valle de Cuelgamuros

familia Alcántara en TVE, contándonos una versión edulcorada de nuestra historia reciente, en un tiempo en que el espanto presente (la serie 'Cuéntame' se estrenó el 13 de septiembre de 2001, con las Torres Gemelas humeantes) nos empujaba a refugiarnos en la nostalgia del pasado.

Los 2010 Un país de tertulianos

Crisis era la palabra más repetida en la segunda década del siglo. Todo entró en crisis: la economía, el empleo, numerosos sectores y empresas, la banca, la vivienda, el periodismo, la cultura, el Estado autonómico, el bipartidismo, la democracia y hasta la monarquía, con el rey borboneando a lo loco. El idilio del pueblo español con don Juan Carlos terminó en la mayor de las decepciones, el episodio de Botsuana ("Lo siento, me he equivocado, no volverá a ocurrir") y la posterior abdicación. No solo el rey, también su familia, caída en desgracia desde el caso Noos que afectaba a aquel rubio jugador de balonmano que un día nos enamoró.

La democracia española acusaba fatiga de materiales. Hacía aguas por todos lados, y mirábamos al pasado con otros ojos: hasta la sacrosanta Transición empezó a ser cuestionada, sobre todo por los más jóvenes que se sentían estafados, llamados a ser "generación perdida", "generación de la crisis" o "la primera generación que vivirá peor que sus padres".

Años en que la sociedad parecía sacudirse una modorra de décadas y volver a interesarse por la política (el 15-M, aparecía Podemos, que en pocos años pateó el tablero político pero también la estética democrática. Solo unos años antes habíamos visto al presidente del Congreso (José Bono) regañar a un ministro (Miguel Sebastián) por quitarse la corbata, ahora la política se llenaba de gente corriente con aspecto de venir de la facultad, para felicidad de algunos y espanto de otros. Las mujeres, sobre todo las más jóvenes, convertían el feminismo en el movimiento transformador más fuerte de la década. También los balcones se llenaron de banderas de España.

Normal que las televisiones apostasen por la política-entretenimiento, multiplicando tertulias a primera hora, media mañana, mediodía, tarde, noche y fines de semana, mientras los españoles tertulianábamos en las nacientes redes sociales, que llegaron para transformar la conversación pública: aún esperábamos que Twitter o Facebook se convirtiesen en ágora democrática, plaza pública, espacio de encuentro y diálogo para organizar movilizaciones, compartir la creatividad, hacer amigos... No te rías, anda.

En el televisor ya no nos cabían más canales cuando irrumpieron las plataformas, convirtiendo el ver la tele de toda la vida en un acto cultural y exento de culpa: era la edad de oro de las series, acuédate. Resultado: cada vez pasábamos más horas delante de pantallas, ya fueran de televisión (viendo tertulias y debates electorales pero también 'Masterchef', 'First Dates' o 'Amar en tiempos revueltos'), plataformas ('La casa de papel' entre nosotros) o redes sociales. O en Tinder y otras apps de citas que transformaron también nuestra manera de ligar.

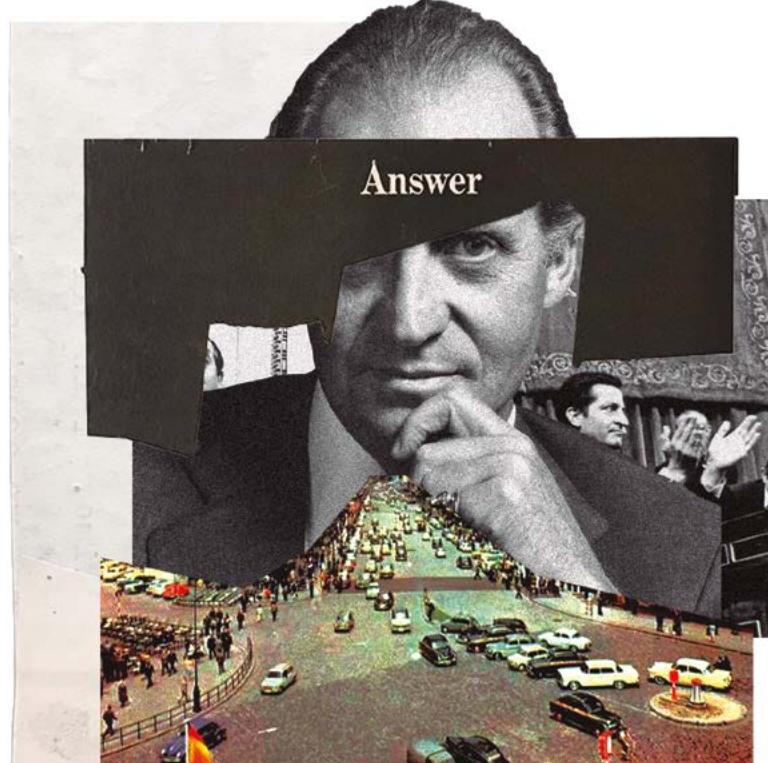
La década terminó con un gesto tardío pero altamente simbólico para la joven democracia: la salida de Franco del Valle de Cuelgamuros.

Los 2020 ¿Qué quedará de esta década?

Y así llegamos a la década actual, cuya memoria sentimental todavía no podemos atesorar por falta de distancia. Dentro de unos años seguramente recordaremos la pandemia, los aplausos en el balcón, o a Fernando Simón. Contaremos los maratones de series que nos metíamos cada fin de semana, la locura de los grandes conciertos y festivales, la turismofobia y la crisis de vivienda que obliga a los divorciados a seguir conviviendo. Veremos en qué queda el "nuevo punk" de los jóvenes seducidos por la ultraderecha. No sabremos a dónde mirar para señalar referencias musicales compartidas, en tiempos de fragmentación de audiencias y consumo bulímico en Spotify. Hablaremos de youtubers y tiktokers, de adicciones digitales, del porno generalizado, de algún fenómeno social que no haya sido el enésimo vaticinio de suplemento dominical. Haremos recuento de monstruos y juguetes rotos. Recopilaremos memes y bulos, y señalaremos el miedo a la Inteligencia Artificial. Pero mira, este artículo no lo podría haber escrito una IA, porque en eso tampoco es inteligente: no tiene memoria sentimental. Yo sí, y tú también.



¿Qué es para ti la democracia?



PATRICIA BOLINCHES

Siempre me hizo gracia ese concurso que todavía hacen en las escuelas y que pregunta '¿Qué es un rey para ti?'. De pequeña deseaba que lo hiciesen en mi clase porque habría respondido que era aquel señor al que mi abuela esperaba cada día para darle las buenas noches cuando salía de madrugada en la tele. De mayor, mi respuesta sería muy distinta y me temo que ella me reprendería aunque sé por qué, inocentemente, mi abuela lo hacía: era su manera de asegurarse que no había pasado nada, que podía acostarse tranquila porque no había novedad, no retrocedía otra vez a la miseria del franquismo. Pero eso nunca fue mérito de un rey que la tuvo engañada a ella y a millones de españoles durante décadas.

Si la pregunta fuese otra, '¿Qué es para ti la democracia?', contestaría que es un régimen que debe regirse por el principio de igualdad, a menudo más aspiracional que real, y que a mí, como a tantos otros hijos de obreros, me permitió ser la primera universitaria de mi familia. Pero es también un sistema que necesita una reforma en profundidad para no estar cada vez más al servicio de un modelo económico que siega la equidad y favorece el nepotismo.

Libertad, justicia e igualdad. Eso es lo que nos enseñaron que es o debe ser una democracia. Y la española, que saltó del franquismo a una monarquía constitucional a una velocidad vertiginosa, sin hacerse demasiadas preguntas no fuese que las respuestas diesen

al traste con el camino emprendido en la Transición, ha aprobado. Eso no significa que como todas las democracias consolidadas, y más con los vientos que soplan ahora mismo, no tenga problemas. Los tiene y no son pocos.

El sistema educativo, que es el pilar básico para combatir las discriminaciones sociales, se ha convertido en un instrumento ideológico al servicio del gobierno de turno. En los últimos años, con una desvergüenza sonrojante y con la Comunidad de Madrid como abanderada, no para de recortar la inversión en los centros públicos para favorecer a los privados y los más elitistas. El resultado es una mayor segregación que reduce, todavía más, las oportunidades de los alumnos más vulnerables. **La segregación escolar va de la mano de la urbanística y esta incluye el acceso a la sanidad o a la cultura. La educación, como la vivienda, es un derecho que se ha convertido en negocio. De todos los desafíos que tiene la democracia española, estos dos, deberían ser prioritarios. Súmenle unas condiciones laborales mejores, una mayor transparencia por parte de las administraciones y una justicia menos politizada y completarán buena parte de los deberes que tiene este país.**

El otro gran reto de España, no resuelto pese a que ya lleve más de cuatro décadas en democracia, son las dificultades para reconocer su plurinacionalidad.

Sí, los pesados de los catalanes y los vascos, cuyo encaje sigue sin estar bien resuelto. Ojo, que igual no tiene solución y a lo único a lo que hay que aspirar es a no hacerse demasiado daño. A estas alturas ya debería entenderse que una cosa es descentralizar decisiones y competencias y otra reconocer que en España conviven territorios con sentimientos nacionales distintos. No por molestar sino porque son los nuestros.

Este año los conflictos han provocado dos hambrunas.

2025 - 19:57 CEST
Las peticiones para procesar el crimen de guerra han aumentado
vez más intensas y frecuentes. (Foto: Unicef/UN022019/International)

NOS DA IGUAL



**MÁS GANAS
DE ACTUAR
QUE NUNCA**

Colabora



*Sin ti, no
soy nada.
Hazte socio/a.*



cruzroja.es
900 104 971

